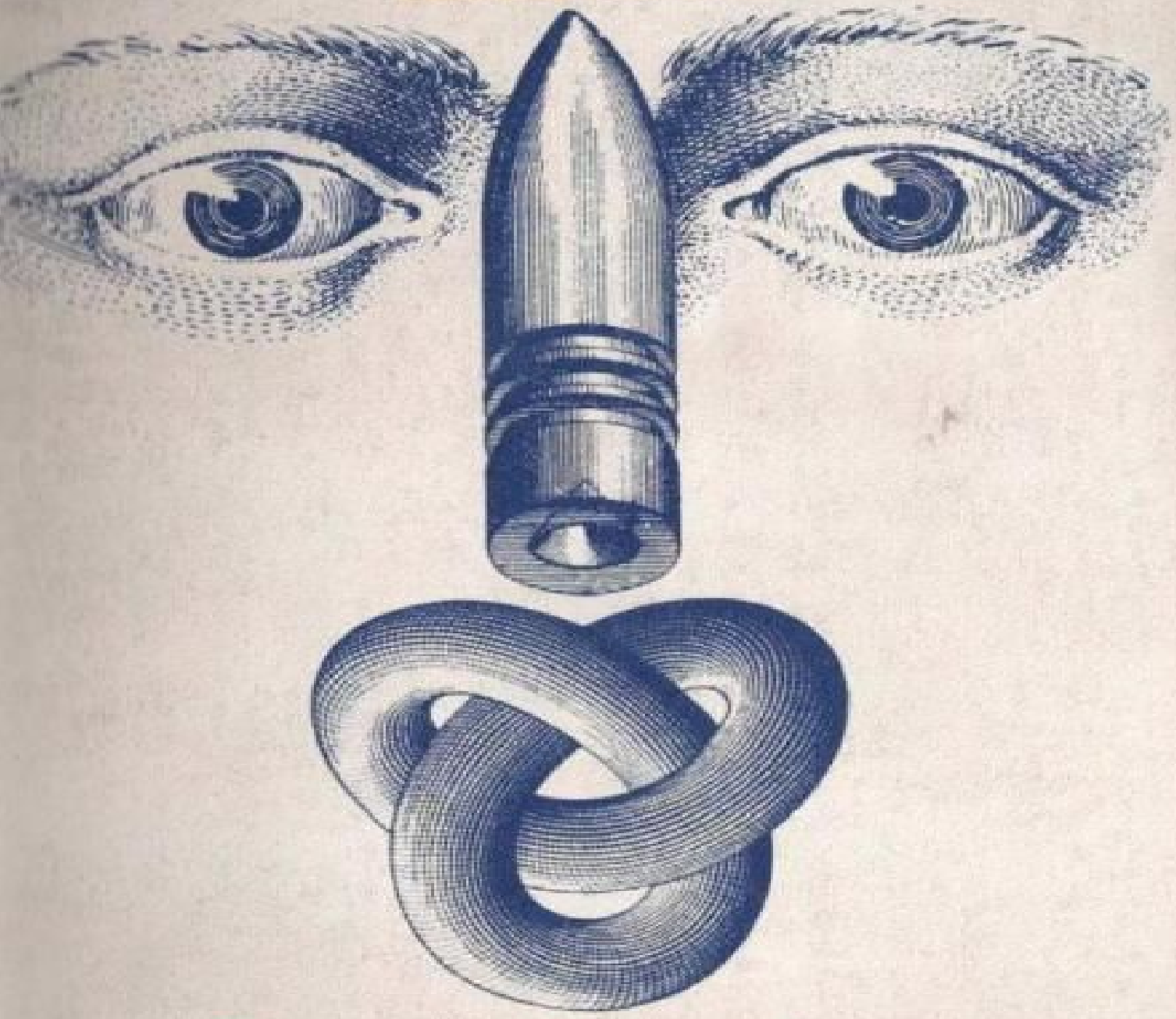
nebulae
ciencia ficcion



La máquina PRESERVADORA

PHILIP K. DICK

edhasa

www.todocoleccion.net

Annotation

El escritor de ciencia ficción más consistentemente brillante del mundo es sin duda Philip K. Dick, autor de innumerables buenos cuentos. Presenta de tal modo a los caracteres subsidiarios que parecen vivir fuera de las páginas; crea terrores obsesivos, casi paranoides, cuando la acción lo requiere; une las distintas líneas argumentales por medio de nudos, y luego retira meticulosamente hasta el último hilo. Si quiere usted ver a un maestro de la ciencia ficción haciendo lo que el resto nunca ha soñado siquiera, lea a Philip K. Dick." — John Brunner

- Philip K. Dick
  -
  - LA MAQUINA PRESERVADORA
  - JUEGO DE GUERRA
  - SI NO EXISTIERA BENNY CEMOLI
  - VIAJE DURO UNA DECADA.
  - POLICIA NUEVA YORK INFORMA
  - RUG
  - VETERANO DE GUERRA
  - EL COMPROMISO ES ACTITUD DE TRAIDORES
  - CARGO DE SUPLENTE MAXIMO

    - MAS ALLA YACE EL WUB
    - RECUERDOS AL POR MAYOR
    - CORPORACION REK-ORDAR
- notes
    -

Philip K. Dick

La máquina preservadora

Titulo del original en inglés:
THE PRESERVING MACHINE
Traducción de Norma B. de López
Diseño Nelson Leiva
© 1969 by Philip K. Dick
© 1977 Editora y Distribuidora Hispano Americana, S. A. (EDHASA)
Avda. Infanta Carlota, 129, Barcelona • 29 Telfs. 239 39 30 — 230 18 51

IMPRESO EN ESPAÑA

Depósito legal: B. 16.277-1978
ISBN: 84-350-0199-7

LA MAQUINA PRESERV ADORA

Reclinándose en la hamaca de lona, Doc Labyrinth cerró melancólicamente los ojos y acomodó la manta para que le cubriera bien las rodillas.

—¿Y bien? —le pregunté, mientras me calentaba las manos junto a la barbacoa.

Era un día de sol, claro y fresco; no se veía una nube en el cielo de los Ángeles. Un espacio verde, suavemente ondulado, se extendía tras la modesta casa de Labyrinth y llegaba al pie de la montaña, pequeña selva confinada que

daba la ilusión de un paraje salvaje dentro de los límites de la ciudad.

—¿Y bien? —repetí— ¿Entonces la máquina funcionó como usted esperaba?

Labyrinth no respondió. Al volverme hacia él vi que el anciano tenía la vista fija en un escarabajo pardo oscuro que trepaba lentamente por la manta. Había cierta tristeza en la expresión de Labyrinth. El escarabajo ascendía-metódicamente, con movimientos llenos de dignidad e indiferencia ante lo que le rodeaba; llegó al tope y después desapareció por el otro costado. Nos habíamos quedado solos.

Labyrinth me miró, el pecho

agitado por un leve suspiro.

—¡Oh!, funcionó bastante bien —dijo.

Busqué al escarabajo, pero había desaparecido. Bajo las últimas luces del crepúsculo una brisa leve, fría y cortante se arremolinó en torno nuestro. Me acerqué más a la barbacoa.

—Explíqueme lo que pasó —le dije.

Al igual que otra gente que lee demasiado y tiene mucho tiempo libre, el doctor Labyrinth estaba convencido de que nuestra civilización terminaría como Roma había terminado. Según creo, veta en nuestro mundo, las mismas fallas que habían causado la ruina del antiguo, el de Grecia y Roma. Estaba

convencido de que llegaría el momento en que nuestro mundo, nuestra sociedad y el modo de vida que habíamos conocido moriría como aquéllos y que un período de sombras seguiría a su desaparición.

Habiendo llegado a esa conclusión, Labyrinth empezó a preocuparse por todas las cosas hermosas que se perderían irremediablemente en el trastrueque de los tiempos. Pensó en el arte, la literatura, la música, las costumbres; todo se perdería. Y entre todas esas cosas nobles y grandes, pensó que la música sería la primera en quedar olvidada.

Frágil y delicada, abstracta por su misma naturaleza, la música es una de

las artes más perecedera y más susceptible de destrucción.

El hecho preocupaba a Labyrinth porque, siendo un amante de la música, le espantaba la idea de que algún día no quedara nada de Brahms, ni de Mozart; que se perdiera la suave música de cámara que él, románticamente, identificaba con pelucas empolvadas, cejas relucientes de resina, y velas largas consumiéndose lentamente en la penumbra.

¡Qué infortunado y estéril sería un mundo sin música! ¡Cuán insoportable la vida en él!

Fue así como llegó a pensar en la máquina preservado— ra. Una noche, sentado en el cómodo sillón de la sala,

mientras en el gramófono sonaba suavemente la música tuvo una extraña visión; imaginó la única partitura de un trío de Schubert, el último ejemplar manoseado, con las esquinas dobladas, tirado en el suelo de algún lugar olvidado, un museo, probablemente.

Entre las nubes se acercaba un bombardero que arrojaba poderosas bombas que daban de pleno en el museo, destruyendo el edificio en medio del polvo y una estruendosa caída de ladrillos y mampostería. La última partitura se perdía así entre los escombros, destinada quizás a llenarse de moho y pudrirse.

Pero Doc Labyrinth imaginó la partitura emergiendo de entre las ruinas

como un topo que sale de la cueva; convertido, en realidad, en un topo provisto de garras, dientes filosos y una furiosa energía vital.

Todo sería muy distinto si la música tuviera esa vulgar cualidad, el común instinto de supervivencia que posee un gusano, o un topo. Si la música pudiera convertirse en criaturas vivas, en animales con garras y dientes, sería posible hacerla sobrevivir. Empezó a jugar con la idea de construir una máquina para procesar partituras musicales transformándolas en seres vivientes.

Pero Doc Labyrinth no poseía ningún conocimiento mecánico; se limitó a esbozar algunos esquemas y los envió

a ciertos laboratorios de investigación. Casi todos estaban muy ocupados cumpliendo con contratos de armamentos, pero al fin encontró a la gente que andaba buscando. Una pequeña universidad del oeste medio quedó encantada con los planos y empezó a trabajar en la máquina con entusiasmo.

Pasaron algunas semanas. Labyrinth recibió, por fin, una tarjeta de la universidad. La construcción de la máquina se estaba llevando a cabo sin inconvenientes; la pieza estaba a punto de quedar terminada. La habían sometido ya a una prueba, introduciéndole un par de canciones populares. ¿Y cuál había sido el

resultado? Dos animalitos, semejantes a ratones, saltaron por el suelo del laboratorio hasta que el gato se los comió. Pero la máquina había sido un éxito.

Poco después, cuidadosamente embalada, la recibió en su casa dentro de un huacal de tablas sujeto con alambres y cubierta por un buen seguro. Después de quitar las tablillas comenzó a trabajar con la máquina, muy excitado. ¡Cuántas ideas habrían pasado por su mente mientras hacía los ajustes de control necesarios y se aprestaba a efectuar la primera transformación! Había seleccionado, para empezar, una partitura muy valiosa: el quinteto de Mozart. Durante algunos minutos se

limitó a volver las páginas, absorto en sus pensamientos. Por último la llevó hasta la máquina y la introdujo en ella.

Pasó un tiempo. Labyrinth esperaba nervioso, de pie ante la máquina, sin saber realmente con qué sorpresa se encontraría al abrir el último compartimiento. A su criterio, se había impuesto una tarea importante, no exenta de cierto tono trágico, al tratar de conservar la música de los grandes genios para toda la eternidad.

¿Qué formas adoptaría aquello que estaba haciendo?

¿Qué encontraría? ¿Cómo sería acogido su trabajo? Esas preguntas, entre muchas otras, tendrían respuestas muy pronto. Mientras seguía distraído en

esas disquisiciones, la luz roja de la máquina empezó a parpadear. El proceso estaba terminado; ya había ocurrido la transformación. Abrió la puertecilla de la máquina.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa extraña! — un pájaro y no la clase de animal que él esperaba salió volando de la máquina.

El ave Mozart era pequeña, esbelta y muy hermosa; poseía el plumaje ornamentado a la manera de un pequeño pavo real. Dio algunos pequeños saltos por la habitación y, lleno de curiosidad volvió hacia donde él estaba en amistosa actitud. Doc Labyrinth se inclinó tembloroso, y extendió la mano. El ave Mozart se acercó, pero luego echó el vuelo.

—¡Fantástico! —murmuró él.

Suavemente trató de atraer al pájaro, empleando toda la paciencia de que era capaz. Al fin logró que aleteara otra vez hacia él. Labyrinth lo acarició varias veces suavemente, pero enseguida pensó: "¿Cómo serán los demás?" Le costaba imaginarlo. Con mucha dulzura cogió al ave Mozart y la introdujo en una caja.

Al día siguiente tuvo una sorpresa aún mayor cuando el escarabajo Beethoven salió de la máquina preservadora, digno y severo. Era el mismo animalito que yo había visto trepar por la manta; introvertido e intenso, absorto en sus propios asuntos.

Salió después el animal Schubert;

un cordero que corría de un lugar a otro con ganas de jugar, como un adolescente impetuoso.

Labyrinth se sentó y empezó a pensar seriamente en lo que estaba ocurriendo.

¿En qué consistía realmente el factor de supervivencia? ¿Acaso una ligera pluma era mejor que un par de fuertes garras o un juego de dientes afilados? Labyrinth estaba perplejo. Había imaginado que vería un desfile de criaturas fuertes y macizas, provistas de garras, de fuertes escamas, decididas a cavar y diestras en la lucha, dispuestas a dar mordiscos y coces si fuera necesario. Se preguntó si lo que estaba obteniendo era el resultado más

adecuado a sus propósitos.

¿Quién podía asegurar en última instancia, qué resultaba más conveniente para poder sobrevivir? Los dinosaurios habían sido criaturas enormes, poderosas, bien protegidas por la naturaleza y, sin embargo, no quedaban ejemplares de la especie. De todos modos, la máquina ya estaba construida y era demasiado tarde para volverse atrás.

Labyrinth continuó con sus planes e introdujo en la máquina la música de diversos compositores, una tras otra. El bosque detrás de su casa se pobló con criaturas palpitantes que gritaban y gemían de noche y, a veces, chocaban entre sí. Había muchas rarezas y ciertas

creaciones lo llenaban de sorpresa y asombro. El insecto Brahms tenía varias patas que salían en todas direcciones. Era un enorme ciempiés en forma de disco achatado y cubierto de una densa pelambre. Gustaba de la soledad y salió presuroso, tratando de no encontrarse con el animal Wagner que había salido un rato antes.

El animal Wagner era enorme y estaba salpicado de motas de diversos colores; evidentemente tenía mal carácter y Doc Labyrinth sentía cierto temor por él. Ocurría lo mismo con los insectos Bach, criaturas redondeadas, semejantes a bolitas, de las que había un verdadero enjambre, unos más grandes, otros más pequeños, resultado de los

cuarenta y ocho preludios y fugas. Salió después el pájaro Stravinski, con plumas de diversos colores, y muchos otros.

Los dejó refugiarse en el bosque y a los brincos se fueron, a los saltos o arrastrándose como mejor podían. Pero no podía evitar cierto sentimiento de fracaso. Cada animal que salía era una sorpresa para él; carecía de control sobre los resultados de la operación. Todo parecía escapársele de las manos, producto de alguna ley invisible e implacable que no dejaba de preocuparlo. Salían los animales, transformados por alguna fuerza extraña, profunda e impersonal, que Labyrinth no alcanzaba a ver y menos aún a comprender. Todo ello le causaba un

profundo temor.

Labyrinth permaneció en silencio. Esperé un rato, para darle oportunidad de continuar con su relato, pero no parecía tener intención de hacerlo. Lo miré largamente; el anciano me miraba con una expresión extraña, casi suplicante.

—Es todo lo que sé —declaró—. Hace tiempo que no me aventuro por el bosque. Tengo miedo. Presiento que algo está sucediendo, pero...

—¿Desea que lo acompañe a ver qué pasa?

Sonrió aliviado.

—¿No es una molestia para usted? Estaba deseando que me lo sugiriera; este asunto está empezando a

deprimirme —dijo, y recogiendo la manta se puso de pie y se cepilló la ropa con la mano—. Vamos entonces.

Caminamos en torno a la casa y luego seguimos un estrecho sendero que llevaba hasta el bosque. El lugar tenía un aspecto salvaje y desordenado; se había convertido en un mar de hierbas altas, espesas y entremezcladas. Haciendo a un lado las ramas para abrirse paso, Doc Labyrinth avanzaba delante; a veces tenía que agacharse; otras, contorsionaba el cuerpo para seguir caminando.

—¡Este lugar se las trae! —comenté.

Seguimos andando por un tiempo. El sol casi se había puesto; la oscuridad

reinaba ya en el bosque y una densa humedad, transformada en niebla, caía sobre nosotros, penetrando entre las hojas.

—Demasiado solitario —observó el doctor deteniéndose de súbito y mirando en tomo—. Creo que será mejor que vaya a buscar el rifle. Quiero evitar problemas.

—Teme que las cosas estén fuera de control —le dije, poniéndome a la par—. Tal vez no sea tan terrible como usted supone.

Labyrinth miró alrededor mientras aplastaba con el pie algunos matorrales.

—Están por todas partes, nos rodean, ¿o acaso no los siente? —preguntó.

Asentí distraído.

—¿Qué es esto? —pregunté, levantando una rama pesada y semipodrida de la que se desprendieron algunos hongos.

La arrojé al costado del camino; en el lugar donde cayó se formó un montículo informe, apenas perceptible y medio hundido.

—¿Qué es eso? —repetí.

Labyrinth miró hacia abajo, con el rostro contraído en una expresión miserable. Dio puntapiés al montículo, sin saber lo que hacía. Me sentí muy incómodo.

—En nombre del cielo —le dije— ¿Qué es? ¿Sabe qué es?

Lentamente Labyrinth levantó la

mirada hacia mí.

—El animal Schubert —susurró—, o lo que queda de él; no es mucho.

Recordé que el animal Schubert era el que había salido corriendo y retozando como un cachorro que sólo deseaba jugar. Me puse en cuclillas para observar más de cerca el montículo; aparté algunas hojas y ramitas. Estaba muerto. Tenía la boca abierta y el cuerpo abierto de parte a parte. Ya los gusanos se movían dentro de la carcasa, ocupados en su lúgubre trabajo. Empezaba a heder.

—¿Pero qué pudo haber sucedido? —preguntó Labyrinth desesperado, meneando la cabeza—. ¿Qué puede haber provocado esto?

Hubo un ruido. Nos volvimos rápidamente.

Pasaron algunos segundos sin que lográramos ver nada. De súbito un arbusto se movió y pudimos distinguir su forma; debió estar allí observándonos desde hacía un rato Era una bestia grande, larga y huesuda y sus ojos brillaban con intensidad. Me pareció semejante a un coyote, sólo que más corpulento. Su grueso pelaje estaba apelmazado; el hocico entreabierto colgaba babeante mientras nos miraba en silencio, como sorprendido de vernos en ese lugar.

—Es el animal Wagner —dijo Labyrinth, con la voz enronquecida— pero está cambiado, apenas puedo

reconocerlo.

El animal olfateó el aire, hinchando el lomo. Después se volvió hacia las sombras; un minuto después había desaparecido.

Permanecimos quietos algunos minutos, sin decir palabra. Labyrinth fue el primero en reaccionar.

—De manera que de eso se trataba —dijo lentamente—. Apenas puedo creerlo. Pero ¿por qué? Qué...

—Es la ley de la adaptación —le dije—. Si uno arroja al bosque un gato doméstico se convierte en salvaje. Lo mismo ocurre con un perro.

—Sí —asintió—; un perro se convierte en lobo para poder sobrevivir. Es la ley de la selva. Tendría que

haberlo previsto; es inevitable.

Miré primero el cadáver que yacía en el suelo y luego alrededor, hacia los arbustos y la maleza amenazadora. Adaptación, o algo peor, pensé. Una idea acababa de ocurrírseme, pero no quise decir nada, al menos por el momento.

—Quisiera ver algunos otros ejemplares —dije—, para ver qué ha ocurrido con los demás. Miremos un poco a ver que encontramos.

Estuvo de acuerdo conmigo. Empezamos a hurgar entre la maleza, las hierbas, a revisar los troncos de los árboles. Labyrinth se puso de rodillas y apoyándose en las manos, empezó a revisar y palpar cuidadosamente el

suelo en torno suyo, mirando como un miope hacia abajo.

—Hasta los niños se convierten en bestias —dije—. ¿Recuerda los niños lobos de la India? Nadie hubiera creído que eran chicos civilizados.

Labyrinth asintió. Se sentía profundamente desdichado y no era difícil adivinar la causa. Se había equivocado al concebir su idea original y, justo en ese momento, las consecuencias de su error se estaban concretando ante él. Era posible conservar la música encarnándola en criaturas vivientes, pero había olvidado la lección del Paraíso: después que se ha creado algo, eso empieza a adquirir vida propia y, por lo tanto, deja de

pertenecer a su creador que ya no es capaz de seguir moldeándolo y dirigiéndolo de acuerdo a sus deseos. Es posible que Dios, al ver el desarrollo del hombre, haya sentido la misma tristeza y la misma humillación que embargaba a Labyrinth al ver los cambios que habían sufrido sus criaturas para poder satisfacer su necesidad de supervivencia.

No le importaba ya que sus criaturas musicales pudieran sobrevivir, puesto que el mismo fenómeno que había deseado prevenir al crearlas se estaba produciendo *en ellas:* el envilecimiento de las cosas hermosas. Lo tenía ante sus propios ojos. Doc Labyrinth me miró intensamente; nunca se había sentido tan

desgraciado. Es cierto, había logrado la sobrevivencia de sus criaturas, pero al hacerlo les había quitado todo sentido; su obra carecía de valor. Traté de sonreír débilmente, pero él apartó la mirada.

—No se preocupe demasiado —le dije—. En el caso del animal Wagner el cambio no fue tan radical. ¿No era, de todas maneras, un animal rudo y temperamental? ¿No tenía cierta inclinación a la violencia...?

Callé: Doc Labyrinth había dado un salto hacia atrás, retirando rápidamente la mano de entre los arbustos. Se apretó con fuerza la muñeca, mientras temblaba de dolor.

—¿Qué sucede? —le pregunté,

corriendo hacia él.

Sacudido por un temblor irresistible, me tendió su pequeña mano.

—¿Qué es? ¿Qué ha sucedido? —repetí.

Volví la mano que me tendiera para mirar el dorso. Estaba surcado de marcas y tajos cárdenos que se hinchaban rápidamente. Algo que había entre el pasto le había picado o mordido. Mirando hacia abajo di algunos puntapiés entre las matas de hierbas.

Hubo un movimiento. Una bolita dorada salió rodando a toda velocidad y se escondió entre los pastos; estaba cubierta de espinas, como una ortiga.

—¡Cójala! —exclamó Labyrinth—

¡Rápido!

Empecé a perseguirla, con el pañuelo listo para evitar las espinas.

La esfera rodaba velozmente, tratando de escabullirse, pero al fin logré atraparla. Mientras me ponía de pie, Labyrinth observaba el pañuelo que se agitaba.

—No puedo creerlo —dijo—. Mejor volvamos a casa.

—¿Pero qué es?

—Es uno de los insectos Bach, pero ha cambiado...

Volvimos a la casa por el mismo sendero, abriéndonos paso en la oscuridad. Yo iba delante, empujando las ramas hacia un costado, y Labyrinth me seguía en silencio y de mal humor

frotándose la mano de vez en cuando.

Llegamos al patio y subimos los escalones posteriores de la casa. Labyrinth abrió la puerta y entramos en la cocina. Encendió la luz y, sin perder más tiempo, fue hacia el lavabo a enjugarse la mano.

Saqué del armario un frasco vacío y dejé caer en él el insecto Bach. Ya dentro, la bolita dorada siguió rodando tenazmente mientras yo ajustaba la tapa. Me senté a la mesa. Ninguno de los dos dijimos una palabra. Labyrinth continuaba junto al lavabo, haciendo correr agua fría sobre la picadura de la mano; yo, ante la mesa, seguía mirando la bola dorada que trataba de escapar del frasco. Estaba incómodo.

—¿Y bien? —me atreví a preguntar por último.

—No cabe la menor duda —dijo Labyrinth sentándose frente a mí—; ha sufrido cierta metamorfosis. Por cierto, al principio no tenía espinillas venenosas. ¿Sabe una cosa? Tuve suerte en ser precavido al cumplir mi papel de Noé.

—¿Qué quiere decir?

—Todos son neutros, así lo quise; de manera que no pueden reproducirse y, por lo tanto, no habrá una segunda generación. Cuando éstos mueran, será el fin de todo.

—Le confieso de que estoy aliviado de que haya pensado en eso.

—Sin embargo, tengo una

curiosidad —murmuró Labyrinth—. Quisiera saber cómo sonaría ahora, en esta forma.

—¿Qué dice?

—La bolita, el insecto Bach. Esa sería la verdadera prueba, ¿no lo cree? Volverla a pasar por la máquina; entonces veríamos. ¿Acaso no le interesa?

—Lo que usted diga, Doc —le dije —. Queda librado a su criterio; pero no tenga muchas esperanzas.

Tomó con cuidado el frasco y bajamos los inclinados peldaños que conducían al sótano. Pude distinguir una gran columna de metal opaco que se levantaba en un rincón, cerca de los tubos del lavadero. Tuve una extraña

sensación; era la máquina preservadora.

—De modo que ésta es la máquina —dije.

—Sí, es ésta —contestó Labyrinth.

Hizo girar los botones de control y estuvo manejándolos por un rato. Por fin tomó el frasco y lo sostuvo sobre la tolva; con mucho cuidado quitó la tapa y el insecto Bach cayó, contra su voluntad, dentro de la máquina. Labyrinth cerró la tolva.

—Ahora empieza —anunció.

Corrió el botón de control y la máquina empezó a funcionar. Cruzado de brazos, Labyrinth esperaba. La noche caía sofocando la luz, ahogándola lentamente hasta hacerla morir. Por último se encendió un indicador rojo en

el frente de la máquina. Doc hizo girar el control que indicaba "cerrado" y permanecimos en silencio. Ninguno se atrevía a abrir la máquina.

—¿Bien? —dijo al fin— ¿Quién de los dos se encargará de abrirla?

Labyrinth apenas se movió. Hizo deslizar la chapa que tapaba la ranura y metió la mano dentro de la máquina. Al sacarla, sus dedos sostenían una delgada hoja de papel; era una partitura musical. Me la dio a mí.

—Este es el resultado —dijo—. Vamos arriba y así podremos tocarla.

Subimos al cuarto de música. Labyrinth se sentó ante el piano de cola y yo le entregué la partitura. La puso ante sí para estudiarla por unos minutos.

Su rostro no tenía expresión alguna. Después empezó a tocar.

Era la música más espantosa que jamás había escuchado; llena de distorsiones, su diabólica estructura carecía de sentido o tema alguno a no ser, tal vez, por una sensación extraña y desconcertante, completamente fuera de lugar. Por más esfuerzos que hacía no podía creer que eso había sido alguna vez una Fuga de Bach, parte de una obra ordenada, bien organizada, que el mundo había admirado.

—Esto nos da la solución —dijo Labyrinth y, poniéndose de pie, tomó la partitura entre ambas manos y la hizo pedazos.

Mientras íbamos por el sendero

hasta donde estaba mi coche, le dije.

—Pienso que quizá la lucha por la supervivencia sea una fuerza más poderosa que ninguna ética humana. Comparándola con ella, nuestras costumbres y nuestra moral parecen harto débiles.

Labyrinth estuvo de acuerdo.

—Debemos llegar a la conclusión de que nada puede hacerse para salvar esas costumbres y esa moral —concluyó.

—El tiempo tendrá la última palabra —dije—. Si bien es cierto que este método fracasó, algún otro puede triunfar. Es posible que algún día surja algo que ahora no estamos en condiciones de prever.

Lo saludé y subí al coche. La oscuridad era total: había caído la noche.

Encendí los faros y arranqué, internándome en el camino, rodeado de densa penumbra. No había ningún coche a la vista; estaba solo y sentía un intenso frío.

Al llegar a la esquina aminoré, para cambiar la velocidad, De súbito, vi algo que se movía en la calle, cerca del tronco de un plátano gigantesco. Miré hacia afuera, tratando de distinguir lo que era.

En la base del plátano, un escarabajo oscuro trataba de construir algo; colocaba trozos de barro uno encima de otro, formando una estructura

extraña. Por un rato quedé contemplando al escarabajo, hasta que al fin notó mi presencia y cesó de trabajar. Se volvió bruscamente y buscó refugio en el extraño edificio, cerrando tras sí la puerta con un golpe seco y rotundo.

Seguí mi camino.

JUEGO DE GUERRA

El hombre alto recogió del cesto de alambre los recordatorios recibidos por la mañana, se sentó a su escritorio de la Sección Control de Importaciones Terran y los distribuyó para leerlos; luego se colocó los lentes de iris y encendió un cigarrillo.

—Buenos días —saludó a Wiseman la voz metálica y gárrula de la primera memoria cuando pasó el pulgar por la línea de la cinta empastada.

Continuó escuchando, distraído, mientras miraba por la ventana la playa de estacionamiento.

—Escuche, ¿se puede saber qué les pasa a ustedes? Les enviamos ese lote de... (Se produjo una pausa mientras el que hablaba, gerente de ventas de una tienda por secciones de Nueva York, buscaba su referencia)... juguetes ganimedianos. Bien saben que deben estar aprobados antes de la campaña de compras de otoño, a fin de tenerlos en depósito para la época de Navidad —gruñó el gerente de ventas—. Los juguetes bélicos volverán a estar en demanda este año. Tenemos pensado comprar gran cantidad —dijo para concluir.

Wiseman siguió presionando con el pulgar hasta escuchar el nombre y título del que hablaba.

—Joe Hauch —chirrió la voz del memorándum—; sección niños de Appeley.

Ah —pensó Wiseman para sí. Dejó la cinta a un lado y tomó otra en blanco, dispuesto a contestar. De pronto dijo, a media voz.

—¿Qué sucede con esos juguetes ganimedianos?

Creyó recordar que el laboratorio de prueba los había recibido hacía tiempo; por lo menos un par de semanas.

Por esa época se prestaba especial atención a todos los productos ganimedianos. En el último año las lunas habían superado su habitual ambición económica y, de acuerdo a los servicios de inteligencia, habían empezado a

tramar algún tipo de acción militar abierta contra ciertos intereses que competían con los suyos, entre los cuales los Tres Planetas Internos ocupaban el primer lugar. Sin embargo, hasta el momento no había ocurrido nada. Las exportaciones mantenían su calidad habitual; no habían aparecido bromas pesadas, ni pintura tóxica para lamer, ni cápsulas llenas de microbios.

A pesar de eso...

Una comunidad con tanta inventiva como los ganimedianos podían darse el lujo de demostrar su capacidad de creación en el campo que se le antojase. Podían encarar la subversión, por ejemplo, como cualquier otro tipo de actividad, con gran despliegue de

imaginación y cierto sentido del humor.

Wiseman salió de la oficina y se dirigió al edificio anexo en el que funcionaban los laboratorios de prueba.

Rodeado de un montón de productos de consumo se— mi- desarmados, Pinario levantó la vista hacia su jefe, León Wiseman, que acababa de cerrar la última puerta del laboratorio.

—Me alegro que haya venido —dijo Pinario—. Le aconsejaría que se coloque un traje profiláctico: no debemos arriesgarnos.

Wiseman lo miró con expresión adusta, sin dejarse impresionar por el tono placentero de su empleado. Sabía

que Pinario sólo trataba de ganar tiempo, pues su trabajo tenía cinco días de atraso, por lo menos, y presentía, sin duda, que esta reunión con su jefe no sería muy agradable.

—He venido por esas tropas de choque para invadir la ciudadela a seis dólares el juego —dijo Wiseman, caminando entre pilas de artículos de diverso tamaño aún sin desempacar que esperaban su tumo para las pruebas correspondientes y el visto bueno final.

—¡Oh!, ese juego de soldaditos ganimedianos —dijo Pinario, con alivio.

Con respecto a ese artículo tenía la conciencia tranquila. Todos los probadores del laboratorio conocían las instrucciones especiales del gobierno

cheyenne sobre los Peligros de Contaminación para las Poblaciones Urbanas Inocentes por partículas de Culturas Enemigas, un memorándum extremadamente complicado recibido de las esferas oficiales. Siempre le quedaba un último recurso de defensa: consultar los registros y citar el número de la directiva.

—Los he separado del resto explicó, disponiéndose a acompañar a Wiseman —porque los creo muy peligrosos.

—Vamos a ver —dijo Wiseman—. ¿Crees que es una precaución necesaria o es un caso más de paranoia con respecto a un "medio foráneo"?

—Está justificado —afirmó Pinario

—, sobre todo por tratarse de artículos destinados a los niños.

Siguieron el trayecto señalado por algunos carteles hechos a mano hasta llegar a un boquete en la pared que revelaba una habitación lateral.

La extraña escena que vio en el centro del cuarto hizo detener de golpe a Wiseman: un maniquí de plástico, con las medidas de un niño de cinco años y vestido con ropas corrientes, estaba sentado en el suelo, rodeado de juguetes. En ese momento el maniquí estaba hablando.

—Esto me aburre —dijo—. Hagan algo diferente.

Después de una breve pausa, volvía a repetir lo mismo: "Esto me

aburre, hagan algo diferente".

Todos los juguetes esparcidos por el suelo, provistos de mecanismos que respondían a instrucciones verbales, cumplieron el ciclo completo de sus diversas acciones y volvieron a empezar.

—Nos permite ahorrar salarios —explicó Pinario—, Este montón de basura debe cumplir todo un repertorio de funciones para que el comprador quede satisfecho de su inversión. Si nosotros nos encargáramos de hacerlos funcionar no podríamos movernos de aquí.

Frente al maniquí había un grupo de soldados ganimedianos y una ciudadela especialmente construida para rechazar

el ataque de los mismos. Los soldados trataban de acercarse a hurtadillas efectuando diversas maniobras complicadas, pero al oír las palabras del maniquí habían hecho alto. En ese momento se estaban reagrupando.

—¿Registras todo esto en cinta? —preguntó Wiseman.

—Por supuesto —respondió Pinario.

Los soldados, de unos quince centímetros de altura, estaban construidos con el termoplástico casi indestructible que había hecho famosos a los fabricantes ganimedianos. Lucían uniformes de material plástico, una síntesis de varios trajes militares usados en las Lunas y en los planetas vecinos.

En cuanto a la ciudadela, era un bloque de metal oscuro y amenazador, similar a los fuertes tradicionales con las superficies superiores salpicadas de orificios para espiar y un puente levadizo que quedaba oculto. En su torrecilla más elevada ondeaba una bandera de colores charros.

Se oyeron algunos estampidos sibilantes producidos por una serie de proyectiles que arrojaba la ciudadela y que explotaban en medio del grupo de soldados dispuestos al ataque rodeándolos de una nube de humo.

—Está respondiendo al ataque —observó Wiseman. —Sí, pero en última instancia sale perdiendo —explicó Pinario—. Así debe ser. Considerada

desde un punto de vista psicológico, representa la realidad exterior; los doce soldados, por otra parte, representan para el niño sus propios esfuerzos para enfrentar obstáculos. Al participar en el asalto a la ciudadela, el niño desarrolla la capacidad para enfrentarse a un mundo hostil. Eventualmente resultará vencedor, pero sólo después de poner todo su esfuerzo y paciencia en la lucha. Al menos eso indica el folleto de instrucciones —concluyó Pinario, entregando un ejemplar a Wiseman.

Wiseman echó una mirada al folleto.

—Las pautas de asalto ¿varían siempre? —preguntó.

—Hace una semana que lo estamos

probando y todavía no han repetido el mismo tipo de asalto. Bueno, tenemos varias unidades en acción.

Los soldados se arrastraban en torno a la ciudadela, acercándose cada vez más. Varios mecanismos de medición asomaron en las paredes del fuerte para determinar los movimientos de los soldados. Estos usaban, para esconderse, los distintos juguetes que estaban siendo probados.

—Poseen orientación objetiva —explicó Pinario— y pueden aprovechar ciertas características accidentales del terreno. Por ejemplo, si encuentran a su paso una casa de muñecas que estamos probando, trepan por ella como si fueran ratones. Se meten por todas partes.

Para demostrar lo que afirmaba tomó una nave especial de buen tamaño y la sacudió; cayeron dos soldados.

—¿En qué proporción consiguen su objetivo los asaltos? —preguntó Wiseman.

—Hasta ahora han tenido éxito en uno de cada nueve asaltos? —dijo Pinario—; pero en la parte posterior de la ciudadela hay un tornillo que puede regularse para obtener una mayor proporción de intentos logrados.

Los dos se abrieron paso entre los soldados que avanzaban y se inclinaron para examinar la ciudadela de cerca,

—Aquí está la fuente de energía —explicó Pinario—,

Muy ingenioso. Las instrucciones

para los soldados también emanan de aquí. Un polvorín con transmisión de alta frecuencia.

Abrió la parte posterior de la ciudadela para mostrar a su jefe el compartimiento destinado a depósito de proyectiles. Cada bala constituía un elemento de instrucción. Para formar un modelo de asalto las balas, arrojadas al aire, vibraban y volvían a reagruparse en un orden distinto. Así se lograba obtener el factor azar. Pero como había un número finito de balas, debía haber también un número finito de asaltos.

—Estamos tratando de determinar todos los patrones de asalto —dijo Pinario.

—¿No se puede acelerar el

proceso?

—No, hay que darle el tiempo necesario; puede ser que posea mil pautas distintas y entonces...

—... es posible que el siguiente —dijo Wiseman, terminando el pensamiento del otro— describa un ángulo de noventa grados y tire contra la persona que esté más cerca.

—O quizá algo peor —admitió Pinario, sombrío—. Ese paquete de energía posee unos cuantos ergos; está preparado para funcionar durante cinco años, pero si todo saliera simultáneamente...

—Continúe las pruebas —ordenó Wiseman.

Se miraron entre ellos y luego

volvieron la atención a la ciudadela. Para entonces los soldados se habían acercado al fuerte; de súbito, un muro de la ciudadela se bajó parcialmente dejando al descubierto la boca de un cañón; los soldados se tiraron cuerpo a tierra.

—Nunca había visto esto —dijo Pinario.

Hubo un silencio. Transcurridos algunos minutos el maniquí del niño, sentado entre los juguetes, dijo;

—Esto me aburre. Hagan algo diferente.

Los dos hombres se estremecieron mientras los soldados volvían a levantarse para reagruparse.

Dos días después apareció en la oficina el supervisor de Wiseman, un hombre bajo y morrudo, con ojos saltos y expresión iracunda.

—Escuche: tiene que sacarme esos juguetes de la fase de prueba —dijo Fowler—. Tiene tiempo hasta mañana.

Iba a salir de la oficina cuando Wiseman lo detuvo.

—Se trata de algo muy serio —explicó—; venga al laboratorio y verá que está sucediendo.

Fowler lo acompañó, aunque sin dejar de argumentar durante todo el trayecto.

—Parece no tener noción del capital que algunas firmas han invertido en estos artículos —le decía en el

momento de entrar en el laboratorio—. Por cada artículo de muestra que usted tiene aquí hay en la Luna una nave o un depósito con miles de ellos esperando el permiso oficial para entrar aquí.

Como no había rastros de Pinario, Wiseman empleó su propia llave.

Rodeado de juguetes, como antes, el maniquí construido por los hombres del laboratorio continuaba sentado en el suelo. En tomo a él, varios juguetes cumplían con su ciclo mecánico. El ruido ensordecedor de todos los aparatos en funcionamiento hizo dar un respingo a Fowler.

—Este es el artículo en cuestión — dijo Wiseman, inclinándose hacia la ciudadela—. Como puede ver, hay doce

soldados. Considerando ese número, la energía de que disponen y los complejos datos de instrucción...

—Hay sólo once soldados —dijo Fowler interrumpiéndolo.

—Quizá alguno se ha escondido por ahí —dijo Wiseman.

—Tiene razón —dijo, detrás de ellos, una voz.

Era Pinario; su rostro tenía una extraña expresión.

—Ordené que se organizara una búsqueda. Falta uno.

Los tres permanecieron en silencio.

—Quizá fue destruido por la ciudadela —se atrevió a decir Wiseman.

—Pero según las leyes de la materia —dijo Pinario—, si lo destruyó

¿qué hizo con los restos?

—Es posible que los haya transformado en energía —aventuró Fowler mientras examinaba la ciudadela.

—Tuvimos una idea ingeniosa —dijo Pinario—; cuando nos dimos cuenta de que había desaparecido un soldado pesamos la ciudadela y los once restantes. El peso total es exactamente igual al peso del juego completo, es decir a la ciudadela más los doce soldados. Por lo tanto, debemos dar por sentado que está dentro, en alguna parte —concluyó, señalando la ciudadela que en ese momento apuntaba hacia los soldados que avanzaban para atacar.

Al mirarla de cerca, algo dijo a

Wiseman que la ciudadela había cambiado; no estaba como antes.

—Vamos a ver; pasen las cintas —dijo Wiseman.

—¿Qué? —preguntó Pinario ruborizándose— ¡Oh! naturalmente.

Se acercó al maniquí y, después de desconectarlo, sacó el tambor que contenía la cinta de grabación visual. Temblando, la llevó hasta el proyector.

Después de sentarse, los tres hombres observaron las secuencias grabadas iluminándose una tras otra, hasta que se les cansaron los ojos. Los soldados avanzaban, retrocedían, recibían el fuego, se levantaban y volvían a avanzar...

—Paren esa cinta —ordenó

Wiseman súbitamente.

Volvieron a pasar la última secuencia.

Un soldado, con movimientos lentos, se acercaba a la base de la ciudadela; un proyectil, que le estaba destinado, estalló muy cerca del soldado y el humo de la explosión lo ocultó por un momento. Entretanto, el resto de los soldados corrió precipitadamente tratando de escalar las paredes del fuerte. El soldado, que emergió de entre la nube de polvo, continuó su marcha. Cuando llegó junto al muro, una sección de éste se corrió hacia atrás.

El soldado, mimetizado con la mugrienta pared de la ciudadela, usó el extremo de su rifle como destornillador

y se quitó la cabeza, después un brazo y por último ambas piernas. Las partes así separadas pasaron por la apertura de la ciudadela; uno de los brazos y el rifle quedaron para lo último. Cuando todo lo demás hubo pasado, esas partes también se arrastraron dentro de la ciudadela y desaparecieron. La apertura volvió a cerrarse.

Hubo un largo silencio quebrado, al fin, por la voz enronquecida de Fowler.

—El padre del niño creerá que éste ha perdido o destruido uno de los soldados. Al disminuir paulatinamente el número de piezas del juego, el niño parece culpable.

—¿Qué sugiere usted? —dijo

Pinario.

—Manténganlo funcionando —dijo Fowler mientras asentía—. Que cumpla todo su ciclo, pero no lo dejen solo.

—Desde ahora en adelante me encargaré de que siempre haya alguien en la habitación —dijo Pinario.

—Será mejor que se quede usted —observó Fowler. Wiseman pensó, tal vez seria mejor que todos nos quedáramos junto al juego; por lo menos dos: Pinario y yo. Me intriga saber qué hizo con las piezas. ¿Qué pudo hacer?

Al finalizar la semana la ciudadela había absorbido cuatro soldados más.

Observando a través de un monitor, Wiseman no pudo percibir ningún

cambio en la apariencia del fuerte. Naturalmente, el crecimiento era interno y tenía lugar en un sitio oculto.

Continuaban los eternos asaltos; los soldados se arrastraban hasta el fuerte y éste arrojaba una andanada de proyectiles para defenderse.

Mientras tanto, habían seguido recibiendo nuevos productos ganimedianos y juguetes último modelo llegaban a la oficina para ser inspeccionados.

—¿Y ahora qué? —preguntó Wiseman para sí.

El primero era un artículo de apariencia bastante simple: un traje de *cowboy* del lejano oeste americano; al menos así decía la descripción, pero él

prestó al folleto una atención somera. ¡Al diablo con lo que decían los ganimedianos!

Abrió la caja en la que venía el traje y lo desdobló. Hecho con una tela agrisada, tenía una calidad indefinida. ¡Qué trabajo deficiente!. pensó. Apenas se parecía al traje tradicional de *cowboy.* Las costuras eran vagas, indefinidas y cuando lo tomaba entre las manos la tela se estiraba, deformándose. Sin darse cuenta, había tirado hacia afuera el interior de un bolsillo que quedó colgando.

—No entiendo —dijo Wiseman—. Va a ser muy difícil vender este traje.

—Pruébatelo —sugirió Pinario— ya verás.

Wiseman consiguió meterse el traje a duras penas.

—¿Es peligroso?

—No —contestó Pinario—, Ya lo he probado; fue concebido con intención de entretener y creo que puede ser efectivo. Hay que usar la imaginación para hacerlo accionar.

—¿En qué sentido?

—En cualquier forma.

Naturalmente, al ver el traje Wiseman se puso a pensar en *cowboys*. Se imaginó en el rancho, cabalgando por el campo mientras, a los costados del sendero, un rebaño de ovejas negras rumiaba heno con el característico movimiento lento y circular de las quijadas inferiores. Se detuvo junto al

cerco de alambre de púas, sostenido por un poste de vez en cuando, y siguió contemplando las ovejas. En cierto momento, y aparentemente sin motivo alguno, los animales formaron una larga fila y se alejaron hacia una colina sombría, que él no podía ver con claridad.

Había, contra el horizonte, algunos árboles aislados. Un polluelo de gavilán se remontó hacia el cielo, aleteando para darse impulso, como si tratara de llenarse los pulmones de aire para volar más alto, pensó. El halcón planeó vigorosamente por algunos minutos y después se deslizó con suavidad. Wiseman recorrió el paisaje con la vista, tratando de descubrir la posible

presa.

Ante sí, el campo seco, rasurado por las ovejas que habían pastado en él, se extendía bajo el sol estival. Algunas langostas saltarinas salpicaban la planicie; de pronto, en medio del camino, apareció un sapo. Estaba casi enterrado en un montículo de tierra y sólo la parte superior de su cuerpo permanecía al descubierto.

Se inclinó y, armándose de coraje, trató de acariciar la cabeza del sapo, cubierta de verrugas, cuando oyó a sus espaldas la voz, sonora de un hombre.

—¿Te gusta mucho?

—Sí, claro —respondió Wiseman.

Respiró profundamente, aspirando el olor a pasto seco que le llenó los

pulmones.

—¿En qué se distingue el sapo macho de la hembra? ¿Por las manchas, quizá?

—Por qué me lo preguntas? —dijo el hombre que continuaba detrás de él, fuera de su campo visual.

—Aquí hay un sapo.

—¿Podría hacerte algunas preguntas? Curiosidad, simplemente.

—Por supuesto —respondió Wiseman.

—¿Cuántos años tienes?

La pregunta era fácil.

—Diez años y cuatro meses —respondió, orgulloso.

—¿Dónde estás en este momento?

—En el campo; este rancho es del

señor Gaylor. Mi padre nos trae a mamá y a mí todos los fines de semana, siempre que puede.

—Vuélvete y mírame bien —dijo el hombre—, a ver si me conoces.

Apartó la mirada del sapo semienterrado y, al volverse de mala gana, vio a un adulto de rostro alargado y nariz irregular.

—Usted es el que entrega el gas —dijo—; trabaja para la compañía de gas butano.

Miró alrededor y, como era de esperar, el camión estaba estacionado allí cerca.

—Dice mi padre que el butano es muy caro, pero no hay otro...

El hombre lo interrumpió.

—Por curiosidad, solamente. ¿Cómo se llama la compañía de butano?

—Lo dice en el camión —dijo Wiseman mientras leía los grandes caracteres pintados en el costado del vehículo — "Pinario Distribuidora de Butano. Petaluma. California". Usted es el señor Pinario.

—¿Puedes jurar que tienes diez años y estás en un campo cerca de Petaluma, California? —preguntó el señor Pinario.

—Claro —replicó el otro.

Más allá del campo vio algunas colinas arboladas. Sintió deseos de ir hasta ellas y vagabundear; estaba cansado de estar quieto, hablando sin moverse.

—Hasta luego —dijo, mientras empezaba a caminar—. Tengo que hacer un poco de ejercicio.

Salió corriendo por el sendero de grava, dejando solo al señor Pinario. Las langostas, asustadas, saltaban a su paso. Echó a correr, cada vez más rápido hasta que empezó a jadear.

—¡León! —llamó el señor Pinario — deja de correr.-

—Quiero llegar hasta esas colinas —dijo Wiseman con la voz entrecortada, pues aún seguía trotando.

Súbitamente sintió un fuerte golpe; cayó de bruces y trató de levantarse con gran esfuerzo.

Un tenue resplandor se produjo en el aire seco del mediodía. Sintió miedo

y trató de alejarse. Frente a él comenzó a materializarse un objeto; era una pared plana...

—No podrás llegar hasta esas colinas —dijo el señor Pinario a sus espaldas—. Será mejor que te quedes en tu lugar; es peligroso, puedes chocar contra algo.

Wiseman tenía las manos húmedas de sangre; al caer se había cortado.

Miró la sangre, azorado...

Mientras lo ayudaba a quitarse el traje de cowboy, Pinario le decía:

—Es el juguete más malsano que pueda pedirse; al poco tiempo de usarlo, el niño será incapaz de enfrentar la realidad contemporánea. Mire como ha quedado.

Poniéndose de pie con mucha dificultad, Wiseman examinó el traje que Pinario le había quitado a la fuerza.

—No está mal —dijo, temblándole la voz—. Evidentemente estimula cierta tendencia a la enajenación que pueda haber latente. Reconozco haber abrigado siempre cierta añoranza por volver a la niñez, especialmente a ese período en que vivíamos en el campo.

—Fíjate que dentro de la fantasía has logrado incorporar ciertos elementos reales —dijo Pinario—, para prolongarla todo el tiempo posible. De no haberte llamado a la realidad habrías incorporado al sueño la pared del laboratorio para imaginar que se trataba del granero.

—Ya... había empezado a ver el viejo edificio donde se ordeñaba —admitió Wiseman—; donde los granjeros iban a buscar la leche.

—Después de cierto tiempo habría sido imposible sacarte de allí —dijo Pinario.

Si esto le sucede a un adulto, ¿qué pasará con un niño?, pensó Wiseman.

—Eso que ves allí —dijo Pinario — ese juego, es una novedad excéntrica. ¿Quieres verlo? No hay prisa, sin embargo.

—Me encuentro bien —afirmó Wiseman, y tomando el tercer artículo comenzó a desenvolverlo.

—Se llama "Síndrome" —dijo Pinario—; es muy semejante al antiguo

juego de Monopolio.

El juego estaba compuesto de un cartón, dados, piezas que representaban a los jugadores y dinero para jugar. Traía también certificados de acciones.

—Es como todo ese tipo de juegos —dijo Pinario—, sin molestarse en leer las instrucciones—. Obviamente consiste en comprar el mayor número de acciones. Vamos a llamar a Fowler para que participe; se necesitan por lo menos tres participantes.

El jefe de la sección no tardó en reunirse con ellos, y los tres se sentaron a una mesa con el juego de Síndrome en el centro.

—Todos los jugadores empiezan con la misma base —explicó Pinario—

como se acostumbra en este tipo de juego. Durante el desarrollo del mismo la situación de los participantes va cambiando de acuerdo con el valor de las acciones que adquieren en los diversos síndromes económicos.

Los síndromes estaban representados por unos objetos de plástico, de colores vivos y tamaño pequeño, semejantes a las viejas casas y hoteles del juego de Monopolio.

Arrojaban el dado y, según los puntos que sacaban, movían las piezas sobre el cartón; de acuerdo con los puntos obtenidos hacían ofertas para comprar propiedades; compraban, pagaban multas, cobraban multas y a veces volvían por un rato a "las cámaras

de descontaminación".

Mientras tanto, a sus espaldas, los siete soldaditos volvían a atacar la ciudadela, una y otra vez.

—Eso me aburre —dijo el niño maniquí—. Hagan algo diferente.

Los soldados se reagruparon y empezaron un nuevo ataque, acercándose cada vez más a la fortaleza.

Inquieto e irritado, Wiseman exclamó:

—Me pregunto cuánto tiempo tiene que seguir funcionando eso para que podamos descubrir su finalidad.

—No podemos saberlo —dijo Pinario, clavando la mirada en una acción de mercado color púrpura y oro que Fowler acababa de adquirir—. Esa

me viene bien, es de una mina de uranio en Plutón. ¿Cuánto pide por ella?

—Tiene un alto valor —murmuró Fowler, mirando apreciativamente sus otras acciones—. Puede ser que haga un trueque.

¿Cómo puedo concentrarme en el juego —pensó Wiseman— si esa cosa se acerca cada vez más, Dios sabe a qué punto crítico? ¡Ojalá supiera para qué fue construida. Para llegar a un punto critico de masa...

—Un momento — dijo lenta y cautelosamente, dejando sobre la mesa su paco de acciones—. ¿No les parece que esa ciudadela puede ser una pila?

—¿Pila de qué? —preguntó Fowler, ensimismado en el juego.

—Dejen de jugar —ordenó Wiseman en voz alta.

—La idea es interesante —dijo Pinario, dejando a un lado sus fichas—; puede convertirse en una bomba atómica poco a poco. Va agregando masa hasta que... —se interrumpió-... no, ya hemos pensado en eso. No contiene • elementos pesados. Es sólo una batería que dura cinco años, mas una cantidad de pequeños mecanismos manejados mediante instrucciones transmitidas por la misma batería. Con esos elementos no se puede hacer una pila atómica.

—Creo que sería conveniente salir de aquí —dijo Wiseman.

Su reciente experiencia con el traje de *cowboy* le había inspirado gran

respeto por los artífices ganimedianos.

Si el traje era un juguete pacífico...

Mirando por encima del hombro Fowler anunció:

—Ahora quedan. sólo seis soldados.

Wiseman y Pinario se pusieron de pie simultáneamente. Era cierto; sólo quedaba la mitad del grupo de soldados. Otro más había quedado integrado a la ciudadela.

—Llamemos a servicios militares y pidamos un experto en bombas —dijo Wiseman—, para que la examine. Esto no corresponde a nuestro departamento.

Y volviéndose hacia su jefe agregó:

—¿No está de acuerdo?

—Primero terminemos el partido

—dijo Fowler.

—Es mejor estar seguros —dijo Wiseman.

Su expresión distraída denotaba que estaba completamente absorto en el juego y deseaba seguir hasta el final.

—¿Cuánto ofrecen por mi acción de Plutón? —preguntó—. Estoy dispuesto a aceptar ofertas.

Hizo un trueque con Pinario y así, entretenidos, continuaron jugando una hora más. Pasado ese tiempo fue evidente para todos que Fowler estaba ganando control de los diversos tipos de acciones. Había podido acumular cinco síndromes de minas, dos de fábricas de plástico, un monopolio de algas y los siete síndromes de ventas al por menor.

Como consecuencia de haber logrado el control de las acciones, había acumulado casi todo el dinero.

—Yo salgo —dijo Pinario— ¿Alguien quiere comprar lo que me queda? —preguntó, señalando las acciones insignificantes que no le dan control de nada.

Wiseman ofreció el dinero que le quedaba para comprar las últimas acciones y con el producto de la compra reinició el juego, esa vez sólo contra Fowler.

—Es evidente que este juego es una réplica de aventuras económicas típicamente intraculturales —dijo Wiseman—. Los síndromes de ventas minoristas son, sin lugar a dudas,

acciones ganimedianas.

Empezó a entusiasmarse. En dos oportunidades el dado le resultó favorable y eso le permitió agregar algunas acciones a su escaso capital.

—Los niños que participen en este juego —comentó— adquirirán una sana actitud con respecto a la realidad económica. Los preparará para desenvolverse en la vida.

Pero pocos minutos después su marcador cayó sobre un gran recuadro de acciones pertenecientes a Fowler y la multa consiguiente lo despojó de todos sus recursos. Tuvo que renunciar a dos acciones importantes; el fin estaba a la vista;

Pinario echó una mirada a los

soldados que avanzaban contra la ciudadela.

—¿Sabes una cosa, León? —preguntó—. Creo que estoy de acuerdo contigo; esto puede ser una terminal de bomba, una especie de estación receptora. Cuando tenga toda la cuerda acumulada tal vez la energía transmitida desde Ganímedes provoque una explosión.

—¿Creen que eso es posible? —preguntó Fowler mientras distribuía pilas de dinero de acuerdo a su valor.

—¿Quién sabe de lo que son capaces? —dijo Pinario caminando con las manos en los bolsillos—. ¿Terminaron de jugar?

—Falta poco —dijo Wiseman.

—Les digo eso —explicó Pinario — porque ahora sólo quedan cinco soldados. Está actuando con más celeridad

Tardó una semana en incorporar el primer soldado, y para el séptimo sólo necesitó una hora. No me sorprendería que el resto, los cinco que quedan, se fueran en una hora.

—Terminamos —anunció Fowler, que acabó dueño de todas las acciones y hasta el último dólar.

—Llamaré a los servicios militares para que examinen la ciudadela —dijo Wiseman apartándose de Fowler que quedaba solo a la mesa. En cuanto a este juego —agregó—, es sólo una imitación del juego terráqueo de Monopolio.

—Tal vez no han advertido que ya lo tenemos, aunque con otro nombre —dijo Fowler.

Después de estampar el sello de admisibilidad sobre el juego de Síndrome informaron al importador. Wiseman llamó desde su oficina a los servicios militares para pedirles ayuda.

—Enseguida le enviaremos un experto en bombas —dijo una voz suave desde el otro extremo de la línea—. Tal vez convenga dejar el objeto hasta que llegue el técnico.

Wiseman agradeció al empleado y cortó; se sintió inútil. No habían podido descubrir el misterio de la ciudadela y ahora el asunto estaba fuera de sus manos.

El experto en bombas, un joven de pelo muy corto, les sonrió amablemente mientras dejaba su equipo en el suelo. Vestía traje mecánico común, sin ninguna protección especial.

—Mi primera recomendación —dijo después de mirar rápidamente la ciudadela— sería desconectar las tomas de la batería; o, si lo prefieren, podemos dejar que se cumpla todo el ciclo y desconectaremos las cargas antes de que se produzca cualquier reacción. En otras palabras; dejaremos que los últimos elementos móviles penetren en la ciudadela y, en cuanto estén dentro, desconectaremos las tomas, las abriremos y veremos qué es lo que está

pasando.

—¿No es peligroso? —preguntó Wiseman.

—No creo —dijo el experto—; al menos no detecto signos de radioactividad.

Se sentó en el suelo, frente a la parte posterior de la ciudadela, con un alicate cortante.

Quedaban sólo tres soldados.

—Ya no tardará —dijo el joven, entusiasmado.

Quince minutos más tarde, uno de los soldados restantes se arrastró hasta la base de la ciudadela, se quitó la cabeza, un brazo, las piernas, el tronco y desapareció, en trozos, por la apertura que tenia ante sí.

—Ahora quedan dos —anunció Fowler.

Diez minutos después, uno de los dos soldados que quedaba siguió al anterior.

Los presentes se miraron entre sí.

—Estamos llegando al final —sentenció Pinario, con la voz enronquecida.

El último soldado se abrió paso hacia la ciudadela. A pesar de los proyectiles disparados, continuó su camino.

—Desde un punto de vista lógico —dijo Wiseman en voz alta, para romper la tensión—, debería requerir más tiempo a medida que avanza el proceso, puesto que hay menos soldados

en los que concentrar la acción. Tendría que haber empezado rápido para después hacerse menos frecuente, y el último soldado debería haber tardado por lo menos un es para...

—Baje la voz —dijo el experto, amable—. Por favor.

El soldado número doce había llegado a la base del fuerte. Igual que los precedentes empezó a desarticularse.

—Tenga listo el alicate —graznó Pinario.

Las partes del soldado se introdujeron en la ciudadela. La apertura empezó a cerrarse lentamente. Desde adentro se escuchó un zumbido. Hubo signos de actividad.

¡Ya, por el amor de Dios! —gritó

Fowler.

El técnico cortó con las tenacillas la toma positiva de la batería. Una chispa se desprendió de la herramienta y el joven dio un brinco; el alicate saltó de la mano y se deslizó por el suelo.

—¡Jesús! —exclamó—. Parece que di en tierra.

Un poco mareado, se inclinó para recoger el alicate.

—Tenía la mano apoyada sobre el armazón de esa cosa —dijo Pinario, excitado.

El joven recogió el alicate y se puso en cuclillas, buscando a tientas la toma.

—Tal vez si lo envuelvo en un pañuelo —murmuró, tomando el alicate

mientras buscaba un pañuelo en el bolsillo—. ¿Alguien puede darme algo para envolver esto? No quiero que me tire al suelo; quién sabe cuántos.

—Démelo a mí —pidió Wiseman, quitándole el alicate

y, haciendo a un costado a Pinario, cerró las muelas del alicate en torno a la toma.

—Demasiado tarde —dijo Fowler, con calma.

Aturdido por un rumor constante que sentía en la cabeza, Wiseman casi no pudo oír la voz de su jefe; se tapó los oídos con las manos haciendo un esfuerzo inútil por no escuchar el ruido. Parecía pasar directamente de la ciudadela a su cerebro, transmitida por

el hueso. Nos demoramos demasiado —pensó—; nos tiene en su poder. Ganó porque somos muchos y empezamos a discutir entre nosotros...

Escuchó una voz en su cerebro:

—Lo felicito por su fortaleza; usted ha ganado.

Tuvo una agradable sensación de triunfo.

—Había tantas posibilidades en contra —continuó la voz—, que cualquier otro habría fracasado.

Entonces supo que todo estaba bien. Se había equivocado.

—Lo que acabas de lograr —continuó la voz—, puedes repetirlo en cualquier momento de tu vida. Siempre podrás triunfar sobre tus adversarios; si

eres paciente y constante podrás triunfar; el universo, después de todo, no es un lugar apabullante...

Estaba de acuerdo. Es cierto, pensó, irónicamente; tiene razón.

—Son personas comunes —dijo la voz, tranquilizándolo—. Aunque eres uno solo, un individuo contra todos, nada tienes que temer. Deja pasar el tiempo y no te preocupes.

—Así lo haré —dijo en voz alta.

El zumbido disminuyó paulatinamente; la voz se apagó.

—Terminó —dijo Fowler después de una larga pausa.

—No entiendo nada —confesó Pinario.

—Esa es la finalidad —dijo

Wiseman—. Se trata de un juguete de apoyo psicológico; contribuye a darle confianza en sí mismo al niño. La destrucción de los soldados pone fin a la separación que existe entre él y el mundo; se confunde con el medio hostil y, al hacerlo, logra dominarlo.

—Entonces no es perjudicial —dijo Fowler.

—¡Tanto trabajo para nada! —gruñó Pinario y, dirigiéndose al experto en bombas agregó—. Lamento haberlo hecho venir.*-

La ciudadela abrió sus puertas de par en par. Doce soldados, completos e intactos, salieron de adentro. El ciclo se había cumplido; una vez más podía comenzar la serie de asaltos.

—No voy a aprobarlo — anunció repentinamente Wiseman.

—¿Qué dice? —preguntó Pin ario — ¿Por qué?

—No me inspira confianza. Es demasiado complicado para lo que hace.

Explíquese —pidió Fowler.

—No hay nada que explicar — continuó Wiseman—. Tenemos aquí un artefacto muy complicado y todo lo que hace es desarmarse y volverse a armar. Tiene que haber algo más que nosotros no podemos...

—Pero es terapéutico —interpuso Pinario.

—Lo dejo a tu criterio, León — dijo Fowler—, si tienes dudas, no lo apruebes. No están de más ciertas

precauciones.

—Tal vez me equivoque —dijo Wiseman—, pero no puedo menos que pensar una cosa: ¿Para qué fabricaron esto? Creo que aún no lo sabemos.

—¿Tampoco aprobaremos el traje de *cowboy* norteamericano? —dijo Pinario.

—No. Sólo el otro juego —dijo Wiseman— ese... Síndrome, o como se llame.

Se inclinó para ver a los soldados asaltar la ciudadela. Otra vez las bocanadas de humo, más actividad, ataques simulados, cuidadosas retiradas...

—¿En qué estás pensando? —preguntó Pinario, mirándolo

atentamente.

—Tal vez su único objeto sea distraernos —dijo Wiseman—; mantener nuestras mentes ocupadas para que no nos demos cuenta de algún otro hecho.

Tenía una vaga intuición, una inquietud, pero no podía precisarla.

—Un anzuelo —dijo—, mientras sucede algo más en lo que no reparamos. Por eso es tan complicado, para despertar nuestras sospechas. Fue construido con ese fin.

Confundido aún, puso el pie frente a un soldado; éste se refugió detrás del zapato, escondiéndose de los monitores de la ciudadela.

—Debe ser algo que tenemos ante nuestros propios ojos —dijo Fowler—

y no lo percibimos.

—Sí —dijo Wiseman, preguntándose sí lograrían encontrarlo —, De todos modos queda aquí, donde podemos observarlo.

Se sentó cerca, dispuesto a mirar el accionar de los soldados. Se puso lo más cómodo posible, preparándose para esperar mucho, mucho tiempo.

Esa misma tarde, a las seis, loe Hauck, gerente de ventas de la tienda para niños Appeley, paró el coche frente a su casa; bajó y subió rápidamente los escalones.

Llevaba bajo el brazo un paquete grande: era una muestra, de la que se había apropiado.

—¡Hola! —chillaron sus hijos Bobby y Laura cuando entró— ¿Nos trajiste algo, papaito?

Se pusieron a saltar en torno suyo, impidiéndole el paso. Su esposa dejó la revista que estaba leyendo y lo miró desde la cocina.

—Es un nuevo juego que les he traído —dijo Hauck, sintiéndose alegre al desatar el paquete.

No veía por qué razón no podía, de vez en cuando, llevarse alguno de los paquetes con los nuevos juguetes. Había pasado semanas en el teléfono, tratando de que Control de Importaciones aprobara la mercadería. Después de tanto tira y afloja, sólo uno de los tres artículos había sido aprobado.

Mientras los chicos se iban con el juego, su esposa murmuró en voz baja:

—Más corrupción en las altas esferas.

Nunca aprobaba que él trajera a su casa artículos del negocio.

—Tenemos miles de esos juegos —contestó Hauck—: el depósito está lleno, uno más o menos no tiene importancia. Nadie notará que falta.

A la hora de la cena los niños leyeron cuidadosamente las instrucciones, estudiándolas palabra por palabra. Era lo único que les interesaba.

—No leáis mientras coméis —los reprendió la madre.

Recostándose en el respaldo de la silla. loe Hauck comentó sus

experiencias del día.

—Y después de tanto tiempo, ¿sabes qué aprobaron? Un miserable artículo. Con mucha suerte y una campaña

intensa tal vez saquemos alguna ganancia. Lo que se hubiera vendido muy bien es ese invento de las tropas de choque. Pero está estancado indefinidamente.

Encendió un cigarrillo, dispuesto a descansar. Estaba disfrutando de la tranquilidad del hogar, la compañía de su esposa y sus hijos.

—Papá, ¿quieres jugar? —preguntó su hija—. Dice que cuantos más jugadores mejor.

—Por supuesto —replicó Joe

Hauck.

Mientras su mujer retiraba los platos de la mesa, los niños y él extendieron el cartón; sacaron el dado, el facsímil de dinero y las acciones. No tardó en concentrarse en el juego, que absorbió toda su atención. Le volvieron a la mente reminiscencias de juegos de su niñez y, con habilidad y recursos originales, empezó a acumular acciones. Cuando el juego estaba por terminar había logrado apoderarse de casi todos los síndromes.

Se recostó, suspirando satisfecho.

—Eso es todo —dijo a los niños —. Reconozco que tengo un poco de ventaja; después de todo, tengo cierta experiencia en este tipo de juego.

Se puso a levantar del cartón las valiosas acciones; estaba orgulloso y satisfecho.

—Lamento haberles ganado, chicos.

—No has ganado —respondió la niña.

—Has perdido —afirmó el varón.

—¿Queeeé? —exclamó Joe Hauck.

—La persona que termina con más acciones, pierde —aclaró Laura.

—¿Ves? —dijo, mostrándole la hoja de instrucciones—. La finalidad es desprenderte de tus acciones. Papá, estás fuera del juego.

—¡Al diablo con todo! —exclamó, frustrado— ¿Qué clase de juego es este? No es divertido.

—Ahora continuamos el juego nosotros dos —dijo Bobby—; después veremos quién gana.

Mientras se apartaba de la mesa, Joe Hauck murmuró.

—No entiendo. ¿Qué podrá ver la gente en un juego en que el ganador termina sin nada?

Los chicos continuaban con el juego. A medida que el dinero y las acciones pasaban de una mano a otra, el entusiasmo de los niños iba en aumento. Cuando el juego llegó

a su etapa final estaban tan concentrados que era imposible sacarlos de su embeleso.

—No conocen Monopolio — dijo Hauck—, por eso este juego tonto les

gusta.

De todas maneras, lo importante era que Síndrome gustara a los chicos. Eso quería decir que sería fácil venderlo, y eso le bastaba.

Los niños aprendieron con facilidad a entregar su capital; demostraban mucha ansiedad por desprenderse de sus acciones y del dinero, agitados y felices.

Laura levantó la vista un momento, los ojos brillantes de satisfacción.

—Es el mejor juego educativo que has traído a casa, papá —dijo.

SI NO EXISTIERA BENNY CEMOLI

Los tres niños atravesaban a la carrera el campo descuidado; al ver la nave lanzaron un grito de alegría. ¡Por fin había aterrizado! Fueron los primeros en verla y justo en el lugar que habían anticipado.

—¡Oye, es la más grande que he visto! —exclamó el primer niño, con la voz entrecortada—. Esa no viene de Marte, debe venir de más lejos, del otro lado. Te lo aseguro.

Viendo el enorme tamaño del aparato el temor lo volvió silencioso.

Después, mirando hacia el cielo descubrió que había llegado una flota, como todos habían esperado.

—Será mejor que vayamos a avisar —dijo a sus compañeros.

Allá en la colina John LeConte estaba de pie junto a su limousine a vapor esperando, impaciente, que la caldera se calentara. *Los chicos fueron los primeros en llegar* —pensó, furioso — *cuando tendría que haber sido yo.* Para colmo, se trataba de unos chiquitines harapientos, simples hijos de granjeros.

—¿Hoy funciona el teléfono? —preguntó a su secretario.

El señor Fall echó un vistazo al talonario sujeto con el pisapapeles.

—Sí, señor ¿Desea que transmita algún mensaje a la ciudad de Oklahoma? —preguntó.

De todos los empleados que habían sido asignados a la oficina de LeConte, Fall era el más esquelético Evidentemente ese hombre ayunaba, no tenía ningún interés en comer, y era muy eficiente.

—La gente de inmigración tendrá que enterarse de este ultraje —murmuró LeConte,

Soltó un suspiro. Toda había salido mal. Después de diez años de colonización había llegado la flota de Próxima Centauro y ninguno de los artefactos de alarma había anunciado con anticipación el aterrizaje. La ciudad

de Oklahoma se vería ahora obligada a tratar con los invasores en su propio terreno, con la consiguiente desventaja psicológica que LeConte no podía dejar de considerar.

Observó cómo las naves comerciales de la flota empezaban la tarea de descarga con una mezcla de admiración y de envidia. Era inevitable.

Miren el equipo de que disponen —pensó—. A su lado parecemos unos simples provincianos.

Deseó fervientemente que su coche oficial no hubiera requerido veinte minutos para calentarse. Deseó... ¡tantas cosas!

En primer lugar, deseaba que ORUC no existiera. La Oficina de

Renovaciones Urbanas Centauro era un cuerpo constituido con muy buenas intenciones pero, por desgracia, contaba con un pesado aparato de organización interna... Allá en el 2170 se le había informado sobre la Desgracia y se lanzó al espacio como un organismo fototrópico, sensible a la luz física provocada por las explosiones de la bomba de hidrógeno. Pero LeConte estaba al tanto de algo más que eso; en realidad, las organizaciones que regían el sistema Centauro conocían muchos detalles de la tragedia porque habían mantenido constante contacto 'radial con otros planetas del sistema solar. Muy pocas formas de vida habían logrado conservarse en la Tierra. Oriundo de

Marte, siete años atrás él había encabezado una misión de auxilio y, después de un tiempo, decidió quedarse en la Tierra debido a las muchas oportunidades que había, dadas las condiciones actuales.

Estamos en una difícil situación —se dijo mientras esperaba que el coche a vapor se calentara—. Fuimos los primeros en llegar, y sin embargo ORUC nos desplaza. Es un hecho ingrato que debemos enfrentar. Creo que hemos hecho un buen trabajo de reconstrucción. Naturalmente, el planeta no está como antes pero, después de todo, diez años no es mucho tiempo. Es posible que dentro de veinte años más los trenes vuelvan a correr. Además, los últimos

bonos para la reconstrucción de caminos se han vendido muy bien, hasta hubo un exceso de suscripciones.

—Una llamada para usted, señor; de la ciudad de Oklahoma —dijo el señor Fall, pasándole el receptor del teléfono portátil de campaña.

—Habla el representante final de campaña, John LeConte —dijo LeConte en voz alta—. Adelante, repito, adelante.

—Oficina Central del Partido —anunció débilmente desde el otro extremo de la línea una seca voz oficial, entremezclada con interferencias estáticas—. Hemos recibido informes de docenas de ciudadanos alertas en Oklahoma Occidental y Texas, dicen que

una inmensa...

—Se encuentra aquí —dijo LeConte—, Los estoy viendo. En este momento me disponía a ir a parlamentar con los miembros más destacados de la expedición; recibirán mi informe a la hora acostumbrada. No era preciso que me controlaran (el tono de su voz denotó irritación).

—¿La flota trae armamentos pesados?

—No —dijo LeConte—, parece estar compuesta de burócratas, funcionarios de distintos gremios y transportistas oficiales. En otras palabras, cuervos.

El hombre del partido le ordenó desde su escritorio.

—Bien. Preséntese y déles a entender que la población nativa desconfía de su presencia en la zona y que el Consejo Administrativo de Alivio a Zonas destrozadas por la guerra tampoco los mira con beneplácito. Dígales que reuniremos la legislatura para que apruebe una ley protestando por esta intromisión de un cuerpo de otro sistema en nuestros asuntos internos.

—Ya sé, ya sé —dijo LeConte—; todo está decidido, lo sé.

En ese momento lo llamó el chófer.

—Señor, el coche está listo.

El funcionario del partido le dio las últimas instrucciones:

—Deje establecido que usted no

puede negociar con ellos, que carece de autoridad para admitirlos en la Tierra sólo el Consejo tiene poderes para hacerlo aunque, por su puesto, está absolutamente en contra.

LeConte colgó y corrió hacia el coche.

A pesar de la oposición de las autoridades locales, Peter Hood de ORUC, resolvió establecer su cuartel general en las ruinas de la antigua capital terráquea, la ciudad de Nueva York. Eso daría cierto prestigio a los miembros de ORUC, a medida que ampliaran el círculo de influencia de su organización. Al final, como era de esperar, el círculo abarcaría a todo el planeta, pero la tarea requeriría varias

décadas.

Mientras se abría paso entre las ruinas de lo que fuera una vez un importante depósito ferroviario, Peter Hood pensó que cuando la obra estuviera terminada él ya se habría retirado. Poco quedaba de la cultura anterior a la Desgracia y las autoridades locales —los políticos mediocres que habían llegado en bandadas desde Marte y Venus, los planetas vecinos— habían hecho muy poco. A pesar de eso, aplaudía los esfuerzos realizados hasta entonces.

Y ¿Saben una cosa? —dijo a los miembros de su personal que iban tras él —. Han hecho la parte más difícil, y deberíamos estarles agradecidos. No es

fácil llegar a una zona totalmente destruida, como les tocó a ellos.

—Sacaron pingües ganancias —observó uno de los hombres, llamado Fletcher.

—No debemos fijarnos en los motivos —replicó Hood—, sino en los resultados que han obtenido.

Mientras hablaba así recordó al funcionario que fuera a recibirlos en su coche a vapor. Había dado ocasión a una ceremonia formal y solemne. Años atrás, cuando esos funcionarios llegaron al lugar, nadie había salido a recibirlos a no ser, quizá, por algunos sobrevivientes plagados de quemaduras producidas por las radiaciones que salieron a tientas de los sótanos y

abrieron la boca sin pronunciar palabra. Un temblor lo sacudió.

Un miembro de ORUC de escaso rango se le acercó y después de saludarlo dijo:

—Creo que hemos localizado una estructura intacta donde su personal podrá alojarse temporalmente. Está en un subsuelo —agregó, con expresión turbada—. No es lo que hubiéramos deseado pero... para conseguir algo más adecuado habríamos tenido que desalojar a algunos nativos.

—Sí —contestó Hood, han tenido bastante tiempo para explorar. No me opongo. Seguramente se trata de un sótano remodelado; me basta con que sea útil.

El miembro de ORUC siguió hablando.

Y La estructura pertenecía a un gran diario homeostático, el New York Times. Se autoimprimía justo debajo de donde estamos; al menos eso es lo que indican los mapas. Aún no hemos podido encontrar el diario, aunque existía la costumbre de enterrar los periódicos homeostáticos a casi un kilómetro de profundidad. Aún no sabemos cuánto sobrevivió éste.

—Debe ser muy valioso —observó Hood.

—Sí —dijo el miembro de ORUC —, tiene salidas por todo el planeta; debe estar sacando miles de ediciones diarias. Cuántas salidas funcionan...-se

interrumpió—; resulta difícil creer que los políticos locales no hayan hecho ningún esfuerzo para reparar alguno de los diez u once periódicos homeostáticos que había; pero parece que es así.

—Extraño —dijo Hood—, descuidar de esa manera algo que les hubiera facilitado la tarea.

Después de la Desgracia, la misión de mantener el contacto con la gente de una misma cultura dependió en mucho de los periódicos ya que las partículas suspendidas en la atmósfera hacían difíciles, cuando no imposible, la recepción por radio y televisión. Esto me hace sospechar —concluyó, volviéndose hacia sus ayudantes—, que

quizás no ponen el empeño suficiente. ¿No es posible que sólo aparenten trabajar?

Su mujer Joan fue la primera en hablar.

—Tal vez no posean la habilidad suficiente para volver a poner los diarios en funcionamiento.

Tienes razón —pensó Hood—. Debemos darles el beneficio de /a duda.

—La última edición del *Times* —afirmó Fletcher—, fue puesta en las líneas el día de la gran Desgracia. Desde entonces la red de comunicaciones periodísticas no ha vuelto a funcionar, ni tampoco las fuentes de creación correspondientes —y agregó, en tono desdeñoso —. Eso

demuestra lo ignorante que son esos políticos en cuanto a los elementos básicos de una cultura. No siento el menor respeto por ellos. Sólo volviendo a poner en actividad los periódicos homeostáticos haremos más por restablecer la cultura anterior a la tragedia de lo que ellos han logrado a través de miles de proyectos insignificantes.

—Tal vez su interpretación no sea correcta —dijo Hood—; pero bueno, esperemos que el cefalón del periódico esté intacto. Resultaría totalmente imposible reemplazarlo.

Se encontraban ante la entrada que los miembros de ORUC habían conseguido despejar. Se trataba, nada

menos, que del primer paso que iban a dar en el planeta arruinado: restaurar a su antigua jerarquía una poderosa entidad auto* suficiente. Después que el periódico homeostático saliera regularmente estaría libre para dedicarse a otras tareas; entretanto, el diario sería una gran ayuda.

—¡Dios mío! —exclamó un trabajador que estaba despejando todavía los escombros—. Nunca había visto tanta basura amontonada en un solo lugar. Parece que lo hicieron a propósito.

Entretanto, el hornillo succionador que estaba manejando continuaba encendiéndose y avanzando lentamente, absorbiendo sin descanso material que

transformaba en energía, lo que permitía aumentar poco a poco el tamaño de la entrada.

—Deseo un informe rápido sobre su estado actual —dijo Hood al equipo de ingenieros que esperaba para entrar —. Cuánto tiempo demoraríamos en reactivarlo, cuánto... —se interrumpió.

Habían llegado dos policías con uniforme negro, pertenecientes a la nave de seguridad. Reconoció enseguida al principal, Otto Dietrich, el investigador superior que viajaba con la flota desde Centauro y no pudo evitar ponerse tenso. No fue el único en reaccionar de esa manera; vio también que los ingenieros y trabajadores se detenían un momento y después, más lentamente, continuaban lo

que estaban haciendo.

—Sí —dijo a Dietrich—, encantado de verlo. Vayamos a un lugar donde podamos hablar.

No le cabía la menor duda en cuanto a lo que deseaba el investigador; en realidad, lo había estado esperando.

—No le robaré mucho tiempo, Hood. Sé que está muy ocupado. ¿Qué es esto? —preguntó con una expresión alerta y ansiosa en la cara rubicunda y bien rasurada.

Hood atendió a los policías en un pequeño cuarto lateral convertido en oficina temporal.

—Me opongo a cualquier juicio —dijo, con calma—. Ha pasado mucho tiempo; es mejor dejar las cosas como

están.

Dietrich se tironeaba, pensativo, el lóbulo de la oreja.

—Los crímenes de guerra no cambian —dijo—; continúan siendo lo mismo aunque transcurran tres, cuatro décadas. De todas maneras, no podemos basamos en ningún razonamiento lógico. La ley requiere que hagamos un juicio. Alguien debe ser responsable de haber empezado la guerra y es posible que ocupe aún un puesto de autoridad; aunque eso no es lo importante.

—¿Cuántas fuerzas policiales han aterrizado? —preguntó Hood.

—Unos doscientos hombres.

—¿Y están listos para trabajar?

—Estamos dispuestos a iniciar las

investigaciones, a secuestrar los documentos pertinentes y a iniciar juicio en los tribunales locales. Estamos decididos a exigir cooperación, si a eso se refiere. Ya hemos asignado personal especializado en ciertos puntos estratégicos —dijo Dietrich mirándolo detenidamente—. Todo ello es necesario; no veo dónde está el problema. ¿O tiene intención de proteger a los culpables, de emplear sus habilidades para que colaboren con su tarea?

—No —dijo Hood sin vacilar.

—Recuerde —continuó Dietrich— que casi ochenta millones de personas perecieron en la Desgracia. ¿Acaso uno puede olvidar ese hecho? O como se

trata de gente nativa, desconocida para nosotros...

—No se trata de eso, en absoluto —protestó inútilmente Hood, sabiendo que no lograría comunicarse con una mentalidad policial—. Ya le dije mis objeciones. Creo que no sirve a ningún propósito hacer procesos y ejecuciones después de tanto tiempo. No esperen que mi personal colabore con esto, rehusaré ayudarles aduciendo que no puedo prescindir de nadie, ni siquiera de un ordenanza. ¿Me entiende?

—Idealista al fin; son todos iguales —suspiró Dietrich—. La nuestra es una noble tarea, ayudar a la reconstrucción y... prevenir. Lo que usted no entiende, o no quiere entender, es que un día de

estos esa gente puede empezar todo el proceso otra vez, a menos que se lo impidamos desde ahora. Ese es nuestro deber hacia las generaciones futuras; ser terminantes y severos ahora, es a la larga, el método más humano. Dígame, Hood, ¿qué es este lugar? ¿Qué está tratando de reactivar con tanto vigor?

—El *New York Times* —contestó Hood.

—Imagino que cuenta con un archivo. ¿Podríamos consultar los antecedentes, para obtener información? Sería una valiosa ayuda para fundamentar nuestros casos.

—No puedo negarles acceso al material que podamos encontrar —dijo Hood.

—Resultaría muy interesante un resumen diario de los acontecimientos que precipitaron la guerra dijo Dietrich, sonriendo—; por ejemplo, ¿quién ejercía el poder supremo en Estados Unidos en el momento de la Desgracia? Hasta ahora, ninguna de las personas con las que hemos hablado parece recordarlo —concluyó con una sonrisa aún más amplia.

A la mañana siguiente, muy temprano, Hood recibió el informe de los ingenieros en la oficina temporal. Parte de las maquinarias del periódico habían sido destruidas pero el cefalón, la estructura cerebral que dirigía el sistema homeostático, parecía intacta.

Tal vez si acercaban una nave y pudieran pasar su producción de energía a las líneas del periódico, se podría determinar el estado del mismo.

—En otra palabras —dijo Fletcher, mientras desayunaban con Joan— es posible que funcione o que no funcione. No puede negar que usted es muy pragmático; hará la conexión y, si resulta, habrá cumplido con su cometido. ¿Pero qué sucederá si no resulta? ¿Los ingenieros dejarán caer los brazos y dirán que no están capacitados para la reparación?

Hood clavó la mirada en la taza de café.

—Tiene el mismo gusto del café auténtico —dijo, pensativo—. Dígales

que traigan una nave y que hagan funcionar el periódico automático. Si consigue imprimir, tráigame enseguida la primera edición.

Continuó bebiendo el café a pequeños sorbos.

Una hora más tarde, una nave de la línea había aterrizado en la vecindad y su fuente de energía era conectada con el periódico homeostático mediante cinta para inserciones. Se colocaron algunos conductos y los circuitos fueron cuidadosamente cerrados.

Peter Hood podía escuchar, desde su oficina, un sordo retumbar subterráneo a mucha distancia, un chirrido entrecortado y rítmico. ¡Lo habían conseguido! El periódico

volvía a la vida. Un miembro de ORUC dejó sobre su escritorio el primer ejemplar. Lo sorprendió la actualidad de la información. Aún en estado latente el periódico no había dejado de estar al día en los acontecimientos. Era indudable que sus receptores habían continuado en actividad.

“ORUC ATERRIZA DESDE CENTAURO.

VIAJE DURO UNA DECADA.

PROYECTA RECONSTRUIR, ADMINISTRACION CENTRAL."

Diez años después de un holocausto atómico, ORUC, la organización intergaláctica de rehabilitación, había hecho su histórico aterrizaje al llegar con una verdadera flota de aeronaves-espectáculo que los testigos habían descrito como "irresistible, tanto por su boato como por su significado". Nombrado Coordinador Supremo por las

autoridades de Centauro, el miembro de ORUC Peter Hood estableció de inmediato su cuartel general en las ruinas de la ciudad de Nueva York y dirigió unas palabras a sus ayudantes manifestando que "no había venido a castigar a los culpables, sino a restablecer la cultura planetaria por todos los medios disponibles y a reimplantar..."

Es aterrizador —pensó Hood mientras leía el artículo de fondo. Los servicios de noticias del periódico homeostático se habían enterado de detalles de su vida y los habían digerido e insertado en el artículo, incluso su discusión con Dietrich. El diario no solo hacía —o había estado haciendo su

trabajo— sino que nada que fuera de interés, como noticia, se le escapaba, ni siquiera una discreta conversación mantenida sin presencia de testigos. Debería tener mucho cuidado.

Había otro artículo, por supuesto, en tono más grave, que trataba la llegada de los chaquetas negras, la policía. "Agencia de seguridad declara su objetivo "Criminales de Guerra".

Capitán Otto Dietrich, investigador supremo de la policía que llegó con la flota de ORUC desde Próxima Centauro dijo que los responsables de la Desgracia de una década atrás "deberán pagar por sus crímenes" ante el tribunal de justicia de Centauro. Según fuentes del *Times,* unos doscientos policías

uniformados de negro han empezado sus actividades exploratorias para...” Hood no pudo menos que sentir un placer morboso al

ver que el diario prevenía a la Tierra con respecto a Dietrich. Eso demostraba que el *Times* no había sido restablecido para apoyar a las fuerzas de ocupación sino a todos, incluso aquellos a quienes Dietrich tenía intención de juzgar. Sin duda alguna todos los pasos de la actividad policial serían revelados en forma detallada. Dietrich, amigo de trabajar en secreto, no estaría muy de acuerdo con el procedimiento. Pero Hood estaba encargado de mantener el diario.

—no tenía ni la más remota

intención de amordazarlo.

Le llamó la atención otro artículo, también en primera página. Mientras lo leía una vaga inquietud le hizo fruncir el ceño:

"Partidarios de Cemoli alborotan al Norte del Estado. Se han producido algunos choques entre partidarios de Benny Cemoli, agrupados en los característicos campamentos asociados con la pintoresca figura política y algunos ciudadanos de la zona armados con palas, martillos y chapas. Después de un encontronazo de dos horas, ambas partes se declararon victoriosas. Hubo unos veinte heridos y doce hospitalizados en salas improvisadas de primeros auxilios. Vistiendo, como de

costumbre, su clásica túnica roja, Cemoli visitó a los heridos, aparentemente de buen ánimo, dispuesto a bromear mientras afirmaba a sus partidarios que "ya no falta mucho", refiriéndose, evidentemente, a la amenaza de la organización de marchar sobre la ciudad de Nueva York en un futuro próximo, con el fin de establecerlo que Cemoli denomina "justicia social y verdadera igualdad, por primera vez en la historia del mundo". Como se recordará, antes de su encarcelación en San Quintin...

Hood conectó el sistema de intercomunicaciones para dar una orden.

—Fletcher —dijo— haga un control general de actividades en el

Norte del Estado. Averigüe todo lo que pueda con respecto a una insurrección política de carácter popular en la zona.

—Yo también tengo un ejemplar del *Times,* señor —dijo la voz de Fletcher—; he visto el artículo sobre ese agitador Cemoli. Ya hay una nave dirigiéndose a la zona en este momento. Dentro de diez minutos, más o menos, deberíamos recibir su informe — Fletcher hizo una pausa— ¿Cree que sería necesario pedirle refuerzos a Dietrich?

—Esperemos que no —dijo Hood secamente.

Media hora más tarde la nave de ORUC pasaba su informe a Fletcher. Confundido, Hood pidió que le

repitieran el mensaje. Pero no había ninguna duda. El equipo de campaña de ORUC había hecho una exhaustiva investigación. No habían encontrado rastros de ningún campamento ni de formación de grupos. Los ciudadanos de la zona que fueron interrogados dijeron no haber oído hablar nunca de una persona llamada Cemoli. Tampoco encontraron señales de ninguna batalla campal, ni choques, como tampoco de estaciones de primeros auxilios, ni heridos. Había tranquilidad en toda la campiña semirural.

Desconcertado, Hood volvió a leer el artículo del *Times*. No había dudas, estaba ahí, en primera página, junto con la noticia del aterrizaje de la flota

ORUC. ¿Qué podía significar?

Lo que estaba pasando no le gustaba en absoluto.

¿Habría cometido un error al reactivar el viejo y glorioso periódico homeostático?

Esa misma noche, una baraúnda infernal que venía desde gran profundidad despertó a Hood de un sueño pesado. Mientras se sentaba en la cama, pestañeando aturdido, el retintín aumentaba de volumen. Era, sin duda, el rugir de los motores. Escuchó un movimiento retumbante indicando la puesta en su lugar de los circuitos automáticos contestando instrucciones que emanaban del mismo sistema

cerrado.

En la oscuridad escuchó la voz de Fletcher.

—Señor —le dijo, al tiempo que encendía una luz después de encontrar la llave del artefacto temporal—. Creí que debía despertarlo. Disculpe, señora.

—Estoy despierto —dijo Hood, poniéndose las pantuflas y la bata—. ¿Qué hace ahora?

—Está imprimiendo una edición extra.

Joan se incorporó en la cama.

—¡Dios santo! ¿Sobre qué? —preguntó Joan alisándose el rubio cabello desordenado.

Sus ojos asombrados miraron a su marido, primero y después a Fletcher.

—Tendremos que llamar a las autoridades locales —dijo Hood— y hablar con ellos.

Tuvo un presentimiento sobre el motivo del trabajo extra de las prensas.

—Llama a ese LeConte, el político que nos recibió cuantío llegamos. Que lo despierten y lo traigan en una nave. Lo necesitamos.

El ceremonioso y altivo funcionario local tardó casi una hora en aparecer junto con el único miembro de su personal. Vestidos con sus complicados uniformes aparecieron, al fin, en la oficina de Hood, los dos muy indignados. Permanecieron en silencio frente a Hood, esperando lo que éste tenía que decirles.

Todavía en bata y pantuflas, Hood se sentó ante el escritorio con un ejemplar del *Times* a la vista. Cuando entraron LeConte y su secretario, lo leía por décima vez.

POLICIA NUEVA YORK INFORMA

HUESTES CEMOLI AVANZAN HACIA CIUDAD SE LEVANTAN BARRICADAS.

ALERTAN GUARDIA NACIONAL

Volviendo el periódico, mostró los titulares a los dos terráqueos.

—¿Quién es este hombre? —preguntó.

Después de algunas vacilaciones LeConte contestó.

—Yo... no... no sé —dijo.

Y ¡Vamos, señor LeConte! —advirtió Hood.

—Permítame leer el artículo —dijo LeConte un poco nervioso.

Leyó apresuradamente las noticias, mientras la mano que sostenía el periódico le temblaba continuamente.

—Muy interesante —dijo por fin —, pero no tengo nada que comentar; para mí es noticia también. Usted debe comprender que... desde la Desgracia nuestras comunicaciones han sufrido enormes daños; es posible que haya surgido un movimiento político sin nuestro...

—Por favor —exclamó Hood— ¡No sea absurdo!

Ruborizándose LeConte logró tartamudear.

—Estoy ha... haciendo tod... do lo posible. Me despiertan en plena noche y...

Hubo un movimiento; por la puerta de la oficina apareció la silueta rápida de Otto Dietrich que traía una expresión sombría.

—Hood —dijo, sin más preámbulos—, cerca del cuartel hay un quiosco del *Times,* acaba de recibir esto —dijo, dándole un ejemplar de la edición extra del diario—. Esa maldita máquina está imprimiendo esto y lo distribuye por todo el mundo. No

obstante, hemos enviado equipos de rastreo por la zona y dicen que no encuentran nada, no hay barricadas en los caminos, ni milicianos armados, ni ningún tipo de actividad.

—Lo sé —dijo Hood, sintiéndose repentinamente cansado.

Desde la profundidad llegaba el sordo rumor del periódico que continuaba imprimiendo su edición extra para informar al mundo acerca de la marcha de los partidarios de Cemoli sobre la ciudad de Nueva York. Debía ser una fantasía propia del cefalón del periódico. Eso era todo.

—Clausúrelo —ordenó Dietrich.

—No —dijo Hood sacudiendo la cabeza—. Yo,.. quiero saber más.

—No es razón suficiente —protestó Dietrich—, Es evidente que hay algún fallo. El equipo debe estar seriamente averiado, no funciona correctamente. Tendrá que buscar otro medio para establecer su gran cadena de propaganda.

Cuando terminó de hablar arrojó el periódico sobre el escritorio de Hood.

Hood se dirigió a LeConte.

—¿Benny Cemoli estaba en actividad antes de la guerra? —le preguntó.

Hubo un silencio. Tanto LeConte como su ayudante estaban pálidos y muy tensos. Lo miraban sin osar abrir la boca, intercambiando entre ellos algunas miradas silenciosas.

—No soy experto en cuestiones policiales —dijo Hood a Dietrich— pero en este caso sería conveniente que usted se hiciera cargo.

Dietrich no dejó pasar semejante oportunidad.

—De acuerdo —dijo—. Ustedes dos quedan detenidos, a menos que se decidan a dar más información sobre ese agitador, esa aparición de la túnica roja.

Hizo con la cabeza una señal a dos policías que estaban en la puerta de la oficina y éstos dieron un paso adelante.

Cuando los policías se estaban acercando Leconte dijo.

—Ahora que recuerdo, creo que había alguien con esas características. Pero... era muy insignificante.

—¿Antes de la guerra? —preguntó Hood.

—Sí... —respondió lentamente LeConte—. Era un payaso, el hazmerreír de la gente. Según recuerdo... era un tipo gordo e ignorante de algún pueblito perdido. Creo que tenía una pequeña estación de radio que empleaba para transmitir su mensaje. Había inventado una especie de caja antirradiaciones y afirmaba que, instalándola en la casa, ésta estaba a salvo de las radiaciones producidas por las pruebas atómicas.

Fue el turno de su ayudante, el señor Fall, de recordar otro dato.

—Recuerdo que presentó su candidatura para senador de las Naciones Unidas, pero no ganó, por

supuesto.

—¿Esas son las últimas informaciones que hay de él? —preguntó Hood.

—Oh, sí —dijo LeConte—, Murió de gripe asiática poco después de la Desgracia. De esto hace unos quince años.

Hood sobrevolaba lentamente, en un helicóptero,‘por la región descrita en los artículos del *Times* para comprobar, por sí mismo, que no había ninguna actividad de tipo político. Hasta verlo con sus ojos no pudo convencerse que el periódico había perdido contacto con la realidad. Parecía evidente que la realidad no coincidía con los artículos del *Times* y, sin embargo, el sistema

homeostático seguía operando.

Sentada junto a él, Joan había estado revisando la última edición.

—Hay un tercer artículo —dijo—, si quieres leerlo...

—No —respondió Hood.

—Dice que están en los alrededores de la ciudad —dijo ella—; rompieron las barreras policiales y el gobernador pidió asistencia a las Naciones Unidas.

—Se me ocurre una idea —dijo Fletcher, pensativo—. Uno de nosotros, de preferencia tú, Hood, debería escribir una carta al *Times*.

Hood lo miró rápidamente.

Creo que sé cómo debería redactarse —dijo Fletcher— una simple

averiguación. Diles que has seguido las crónicas

del diario con respecto al movimiento de Cemoli. Escríbele al director —dijo Fletcher tras una pausa — que tienes simpatía por las ideas del líder y *te gustaría unirte al movimiento*. Pregúntales a ellos qué debes hacer.

En otras palabras, pedir al diario que me ponga en contacto con Cemoli —pensó Hood para sí—, Reconocía que la idea de Fletcher era brillante, aunque inclinada a la locura. Era como si Fletcher hubiera igualado el desequilibrio del periódico con cierta pérdida del sentido común de su parte; de ese modo podía participar de la

fantasía del diario. Partiendo de la presunción de que existiera un Cemoli, y que estuviera organizando una marcha sobre Nueva York, la pregunta era razonable.

—Pensarán que es una pregunta estúpida —dijo Joan—; después de todo, ¿cómo se despacha una carta a un periódico homeostático?

—Ya lo averigüé —explicó Fletcher—. En todos los quioscos establecidos por el *Times,* junto a la ranura para depositar las monedas al pagar el ejemplar, hay otra ranura para introducir cartas. Fueron puestas por ley, hace varias décadas, cuando se establecieron originalmente los periódicos homeostáticos. Todo lo que

necesito es la firma de su esposo —continuó Fletcher sacando un sobre del bolsillo de la chaqueta—. La carta está lista.

Hood tomó la carta y la leyó. De manera que deseamos formar parte de las míticas multitudes del payaso —pensó.

—¿Y si publican un titular que diga: "Jefe de ORUC se une a la marcha sobre la Capital?" —preguntó a Fletcher, con un dejo de amarga ironía— ¿No crees que un hábil y emprendedor periódico homeostático podría emplear una carta así para una noticia sensacionalista?

La observación tomó a Fletcher por sorpresa; evidentemente no había

pensado en esas probables consecuencias y se sintió desmoralizado.

—Tal vez sea conveniente que la firme otra persona —admitió—; algún funcionario de menor jerarquía. Puedo firmarla yo —dijo para concluir.

—Bien, hazlo —dijo Hood, devolviéndole la carta—. Me interesa saber cómo responden, si es que lo hacen.

Parece una carta al director, pensó; en este caso, carta a un vasto y complejo organismo electrónico enterrado a gran profundidad, que no responde ante nadie, guiado solamente por sus propios circuitos rectores. ¿Cómo reaccionaría un mecanismo tal a

la ratificación exterior de una auto-ilusión? Tal vez lograrían que el periódico volviera a la realidad.

Era como si, durante los largos años de silencio forzoso el diario hubiera estado soñando —reflexionó Hood— y ahora, despierto ya de ese sueño, permitía que partes del mismo se materializaran en sus páginas junto a versiones realistas y exactas de la situación actual. Una mezcla de fantasía y reportajes vividos y directos. ¿Cuál de las dos tendencias se impondría al final? Según las crónicas fraudulentas, no había duda que muy pronto Benny Cemoli, el mago de la túnica, llegaría a Nueva York; la marcha tenía probabilidades de éxito. ¿Qué sucedería

entonces? ¿Cómo compatibilizar la llegada de ORUC y su enorme poderío y autoridad intergaláctica? Con toda seguridad, antes de dejar pasar mucho tiempo, el periódico debería encarar la incongruencia de su posición.

Una de las dos tendencias terminaría por imponerse pero... Hood tuvo la extraña intuición que después de soñar durante toda una década, el periódico homeostático no renunciaría fácilmente a sus fantasías.

Quizá —pensó— las noticias sobre nosotros, ORUC, y su tarea de reconstruir la Tierra recibirán cada día menos cobertura de parte del diario, las relegarán a las últimas páginas, les asignarán menos columnas y después

desaparecerán por completo. Y por último sólo quedarán las hazañas de Benny Cemoli.

No era, en realidad, una perspectiva muy agradable y anticiparse de esta manera a los hechos lo perturbaba profundamente. Siguiendo la misma línea de pensamiento concluyó para sí: *Es como si sólo fuéramos reales si el Times publica algo sobre nosotros: como si nuestra existencia dependiera de él.*

Veinticuatro horas más tarde, en la edición regular, el *Times* publicó la carta de Fletcher. Al verla impresa Hood pensó que había adquirido una característica distinta; parecía endeble y

artificial. No creyó que el diario se engañara con respecto a la carta. Sin embargo, ahí estaba impresa en claros caracteres; había pasado por todo el proceso de impresión del periódico.

"Estimado Director:

Su crónica sobre la heroica marcha contra el decadente bastión plutocrático de la ciudad de Nueva York, me ha llenado de entusiasmo. ¿Qué debe hacer un ciudadano común para participar en este proceso histórico? Le ruego me informe de inmediato; estoy ansioso de unirme a Cemoli y compartir los riesgos y los triunfos con los demás.

Atentamente Rudolf Fletcher."

Debajo de la carta el diario publicaba la respuesta. Hood la leyó rápidamente.

"Los leales de Cemoli tienen una oficina de reclutamiento en el centro de Nueva York. La dirección es el número cuatrocientos sesenta de la calle Bleekman, Nueva York, 23. Allí podrá presentar su solicitud si la policía aún no ha desbaratado esa organización semi ilegal, en vista de la actual crisis."

Hood oprimió un botón de su escritorio que conectaba directamente con los cuarteles de policía. Cuando logró comunicarse con el jefe investigador le dijo:

—Dietrich, quisiera que me envíe un par de hombres; debo hacer un viaje

y puedo tener dificultades.

Después de una pausa Dietrich contestó secamente. —De manera que, después de todo, no se trata sólo de una noble tarea de restauración. Está bien, ya hemos enviado a un agente para que vigile la casa de la calle Bleekman. Ese ardid de la carta me gustó mucho; puede ser que consiga algo —concluyó, con un chasquido.

Poco después, Hood, acompañado por cuatro policías Centauro, uniformados de negro, volaba en helicóptero sobre las ruinas de Nueva York tratando de individualizar lo que fuera antes la calle Bleekman. Consultando un mapa, después de media hora lograron establecer su posición.

—Allí —dijo el oficial de policía a cargo del destacamento, mientras señalaba hacia abajo—. Ahí está; es ese edificio ocupado por el negocio de comestibles.

El helicóptero empezó a descender.

Era un negocio de comestibles, no había dudas. Hood no vió ningún indicio de actividad política, no había gente vagando por allí, ni banderas, ni cartelones. Sin embargo, la escena que estaban viendo parecía esconder algo tétrico.

Quizá fuera el efecto de los cajones de verdura apilados en la acera, o las mujeres harapientas inclinadas eligiendo patatas, o el anciano propietario con su delantal blanco que barría el local...

todo parecía demasiado natural, demasiado fácil. Era *demasiado* ordinario.

—¿Aterrizamos? —preguntó a Hood el capitán de policía.

—Sí —repuso Hood— y estén preparados para cualquier imprevisto.

Viéndolos aterrizar en la calle, frente al negocio, el dueño dejó tranquilamente la escoba y se dirigió hacia ellos. Hood se dio cuenta de que debía ser griego; tenía un espeso bigote y cabello gris ondeado. Los miró con cierta cautela inicial, intuyendo, quizá, que no le traían nada bueno. No obstante, los recibió cortésmente; el hombre nada tenía que temer.

—Señores —dijo el dueño del

negocio con una leve inclinación— ¿En qué puedo servirles?

Dirigió una rápida mirada a los policías uniformados sin cambiar de expresión, sin demostrar ninguna reacción.

—Estamos buscando a un agitador político —explicó Hood—; tranquilícese, nada tiene que temer.

Entró en el negocio de comestibles, seguido por los policías con las armas listas.

—¿Aquí, agitadores políticos? ¡Pero es imposible! —afirmó el griego corriendo tras ellos, ya un poco preocupado— ¿Se puede saber qué he hecho? Nada, en absoluto, pueden mirar todo lo que quieran. Entren —dijo,

abriendo la puerta del negocio para que todos pudieran pasar—. Podrán ver por ustedes mismos.

—Es lo que pensamos hacer —dijo Hood.

Se movió con cierta celeridad y, sin perder tiempo en las partes más visibles del negocio, se dirigió de inmediato a la trastienda.

Allí había un cuarto que servía de depósito, colmado de cajas que contenían envases; había cajas de cartón apiladas en todos los rincones y un muchachito estaba haciendo una lista de inventario. Al verlos los miró con asombro.

Aquí no hay nada —pensó Hood— El hijo del dueño los está ayudando, eso

es todo.

Hood levantó la tapa de una caja y examinó el contenido; eran latas de melocotones, al lado había un cajón lleno

de lechugas, arrancó una hoja. Se sintió inútil y desilusionado.

—No hay nada, señor —le dijo en voz baja el capitán de policía.

—Ya veo —dijo Hood, irritado.

Hacia la derecha había una puerta, perteneciente a un armario; la abrió y encontró algunas escobas, cepillos, una pala de acero galvanizado, algunas cajas con detergente, y...

En el suelo vio algunas gotas de pintura; evidentemente el armario había sido pintado hacía poco. Hood se

inclinó y raspó con la uña un poco de pintura aún fresca.

—Mire esto —dijo al policía indicándole que se acercara.

—¿Qué sucede, caballeros? —preguntó ansioso el griego, acercándose —. Si encuentran que el local está sucio informan al Consejo de Salud, ¿no es cierto? ¿O tal vez se ha quejado algún cliente? Díganme la verdad, por favor. Sí, es pintura fresca; aquí nos gusta mantener todo limpio y en perfecto orden. Cumplimos con nuestro deber hacia el público.

El capitán de policía pasó la mano por la pared del armario para escobas.

—Señor Hood —dijo, en voz queda— Antes hubo una puerta aquí. La

han clausurado muy recientemente.-miró a Hood esperando recibir instrucciones.

—Entremos ya —dijo Hood.

El capitán se volvió hacia sus hombres y les dio unas cuantas órdenes rápidas. Trajeron algunas herramientas de la nave, y cierto equipo más pesado arrastrándolo a través del negocio hasta donde estaba el armario. Cuando la policía empezaba a romper el revoque y cortar la madera se oyó una especie de aullido.

—Esto es un atropello —exclamó el griego, empalideciendo—; les haré un juicio.

—Está bien —dijo Hood—, puede llevamos ante los tribunales.

Una sección de la pared empezó a

ceder; cayó después hacia adentro haciendo mucho estruendo y trozos de material quedaron esparcidos por el suelo. Se levantó una nube blanca de polvo. Luego se asentó.

Iluminado por el resplandor de las linternas policiales Hood descubrió un cuarto más bien pequeño, polvoriento y

sin ventanas, con olor a humedad. Evidentemente hacía mucho tiempo que no se había ocupado. Entró en él y vio que estaba completamente vacío; era un depósito abandonado, con las paredes escamadas y mugrientas. Posiblemente en la época anterior a la Desgracia el negocio había manejado mayor cantidad de mercadería, necesitaba un stock más importante y entonces habían utilizado

ese cuarto. Hood dio algunos pasos en varias direcciones apuntando con la linterna ya hacia el cielorraso, ya hacia el suelo. Vio algunas moscas muertas y... algunas aún con vida, arrastrándose penosamente en el polvo.

—No olvide una cosa —dijo el capitán de policía—, han colocado los tablones hace poco, tal vez en los últimos tres días y habrán pintado también entonces.

—Esas moscas... — dijo Hood, pensativo—. No están muertas todavía.

Era improbable que hubieran pasado tres días; posiblemente habían clausurado esa puerta ayer. *¿Para qué había sido usada esta habitación?* Se volvió hacia el griego que había venido

tras ellos, tenso y pálido miraba de uno a otro a todos sus visitantes, lleno de aprehensión.

Este hombre es muy astuto —admitió para sí Hood—, Poco conseguiremos averiguar a través de él.

Las linternas de los policías revelaron un armario en el extremo opuesto del cuartucho. Tenía varios estantes vacíos de madera tosca. Hood se acercó al mueble.

—Está bien —dijo el griego—; confieso que hemos tenido ginebra ilícita almacenada en este lugar. Tuvimos miedo; ustedes, los de Centauro, no son como nuestras autoridades locales —dijo, mirándolos de reojo—, a ellos los conocemos bien,

nos entienden. Ustedes, en cambio, son demasiado rígidos. Pero de alguna manera hay que ganarse la vida —explicó, separando las manos en un gesto de apelación.

Detrás del armario asomaba algo apenas visible, podía haber pasado desapercibido. Era un trozo de papel que había caído allí, casi oculto y se deslizó hacia abajo. Hood lo tomó entre los dedos y lo retiró con cuidado, llevándolo primero hacia arriba, desde donde había caído.

El griego tembló.

Era una fotografía, por lo que Hood pudo ver. Se trataba de un hombre corpulento, de edad mediana, las mejillas fofas manchadas de negro por

la sombra de una barba incipiente. Tenía el ceño adusto y la boca firme parecía desafiante. Un hombre robusto, vestido con cierto tipo de uniforme. Era posible que esta foto estuviera colgada en la pared y la gente había venido a mirarla, a presentarle sus respetos. Enseguida supo de quién podía tratarse. Ese era Benny Cemoli, en la cumbre de su carrera política. El líder j clavaba su mirada desafiante en los partidarios que venían a reunirse en ese lugar. De manera que ése era el hombre...

No en vano el *Times* estaba tan alarmado.

Hood levantó la fotografía y mostrándosela al griego, dueño del negocio, le preguntó.

—Dígame. ¿Conoce a este hombre?

—No, no —respondió el griego secándose la transpiración de la frente con un enorme pañuelo—. Estoy seguro de que no.

Evidentemente mentía.

—¿Usted es partidario de Cemoli, verdad? —preguntó Hood.

Hubo un silencio.

—Llévenselo —dijo al capitán de policía—. Ya podemos volver.

Salió del cuarto llevando consigo la fotografía.

Diversos pensamientos pasaron por la mente de Hood mientras desplegaba la foto sobre el escritorio.

No se trata de una simple fantasía

del Times. Ahora sabemos la verdad. Este hombre existe, y hasta hace veinticuatro horas una foto de él estaba colgada para que todos pudieran verla. Si ORUC no hubiera llegado a tiempo, todavía estaría en el mismo lugar. Hemos conseguido asustarlos. La gente de la Tierra nos oculta muchas cosas conscientemente; están tomando ciertas medidas con rapidez y efectividad. Podremos considerarnos afortunados si...

Joan lo interrumpió.

—De manera que esa casa en la calle Bleekman era el punto de reunión. Entonces el diario estaba en lo cierto.

—Sí —admitió Hood.

—¿Y ahora dónde está?

Me gustaría saberlo —pensó Hood.

—¿Dietrich vio ya la fotografía?

—Todavía no —contestó Hood.

—Debe ser responsable de la guerra y Dietrich lo descubrirá —dijo Joan.

—Un hombre solo no pudo haber sido el responsable —dijo Hood.

—Pero debe haber sido uno de los principales —insistió Joan— por algo han hecho tantos esfuerzos por borrar toda traza de él.

Hood asintió con un movimiento de cabeza.

—Si no fuera por el *Times* —dijo ella— ¿habríamos sospechado siquiera de que había una figura política de la envergadura de Benny Cemoli? Piensa

en todo lo que le debemos al periódico. Debe habérseles escapado a los jefes del movimiento, o no pudieron pensar en todos los detalles. Tal vez trabajaron con mucho apuro y aún en estos diez años no pudieron pensar en todo. Debe ser muy difícil anular todos los detalles de un movimiento político de alcance planetario, especialmente si en la fase final su líder había alcanzado el poder absoluto.

—Fue imposible anular todo —dijo Hood.

Un depósito clausurado en la trastienda de un negocio de comestibles... fue todo lo que necesitamos para encontrar una pista de lo que andábamos buscando. Los

hombres de Dietrich ya se encargarán del resto. Si Cemoli está vivo, tarde o temprano lo encontrará y si está muerto, será difícil convencerlos. Conozco a Dietrich; pondrá todo su empeño en la búsqueda.

—Todo esto tiene algo de positivo —dijo Joan—; la gente inocente podrá respirar tranquila, Dietrich no perderá tiempo persiguiéndolos, ahora va a estar muy ocupado buscando a Cemoli.

Es cierto, pensó Hood. Eso era importante. La policía de Centauro estaría muy ocupada durante un largo tiempo, y eso convenía a todo el mundo, especialmente a ORUC y a su ambicioso proyecto de reconstrucción.

Si no hubiera existido Benny

Cemoli —pensó Hood— casi habría sido necesario inventarlo. Extraña idea, en realidad. Se preguntó cómo pudo ocurrírsele.

Volvió a mirar la fotografía, tratando de inferir todo lo posible con respecto al hombre a través de su imagen impresa. ¿Cómo sería la voz de Cemoli? ¿Residía su poder en la facilidad de palabra, como sucediera con tantos demagogos anteriores a él? En cuanto a sus escritos... quizás aparecieran algunos, o tal vez cintas grabadas con sus discursos, la voz del hombre de carne y hueso. Era posible que hubiera algunas cintas de video también. Era solo cuestión de tiempo; a su debido tiempo, todo eso iría saliendo

a la luz. Entonces podremos comprobar qué significaba vivir bajo un hombre como ése —concluyó.

La línea directa de Dietrich zumbó y Hood levantó el teléfono.

—Aquí tenemos al griego —dijo Dietrich—, bajo el efecto de las drogas ha admitido varias cosas. Quizá le interese saber.

—Sí, claro —afirmó Hood.

—Según él —explicó Dietrich— hace diecisiete años fue uno de los primeros partidarios del movimiento. En la primera época, cuando el movimiento era insignificante y carecía de poder real, se reunían dos veces por semana en la trastienda de su negocio. Esa foto que usted tiene —y que todavía no he visto

— según Stavros, el señor griego, es una fotografía obsoleta puesto que hay varias más que han estado de moda entre los fieles. Stavros la conservaba por razones sentimentales. Le recordaba los viejos tiempos. Más adelante, cuando el Movimiento adquirió fuerza, Cemoli no apareció más por el negocio y el griego perdió todo contacto personal con él. A pesar de eso continuó siendo leal y pagaba las cuotas; pero para él Cemoli se transformó en un personaje abstracto.

—¿Qué sucedió durante la guerra? —preguntó Hood.

—Poco antes de la guerra Cemoli conquistó el poder mediante un golpe en Norte América que comenzó con una marcha sobre la ciudad de Nueva York,

realizado durante una seria depresión económica. Había millones de desempleados y entre ellos encontró muchos seguidores. Trató de solucionar los problemas económicos desarrollando una política exterior muy agresiva; atacó a varias repúblicas latino-americanas que se hallaban bajo la esfera de influencia china. Se trata de algo así, resumiendo todo, pero Stavros está algo confundido en cuanto al cuadro general. Tendremos que averiguar más detalles de otros partidarios, a medida que avancemos en nuestras investigaciones. Será mejor hablar con gente más joven, después de todo este hombre tiene más de setenta años.

—Espero que no le iniciará un

proceso —dijo Hood.

—De ninguna manera, es sólo una buena fuente de información. Cuando nos diga todo lo que sabe le permitiremos volver a sus patatas y a sus latas de sopa. Es inofensivo.

Y ¿Se sabe si Cemoli salió vivo de la guerra?

—Sí —contestó Dietrich—, pero eso fue hace diez años. Stavros no sabe si aún vive. Yo creo que sí, y basándonos en esa idea seguiremos adelante hasta descubrir si estamos en lo cierto o no. Es lo que debemos hacer.

Hood le agradeció y colgó.

Cuando dejó el auricular pudo escuchar el sordo rugido de la maquinaria. El diario estaba nuevamente

en actividad.

—No es la edición ordinaria —dijo Joan, consultando su reloj—. Debe ser otra extra. ¡Qué interesante es todo el proceso! Estoy impaciente por leer la primera página.

¿Qué habrá hecho ahora Benny Cemoli? —pensó Hood—. De acuerdo a las crónicas atrasadas de la épica del héroe, qué acontecimientos, que en realidad sucedieron hace años están ocurriendo ahora. Debe ser algo espectacular para que el Times saque una edición extra. Sin duda alguna debe ser muy interesante; ese diario sabe distinguir una buena noticia.

El también esperó con intranquilidad.

John LeConte depositó una moneda en la ranura del quiosco que el *Times* había establecido hacía mucho tiempo en la ciudad de Oklahoma. La última edición extra del diario se deslizó hacia afuera. La levantó y leyó rápidamente el titular, sin perder tiempo en verificar los puntos esenciales. Cruzó la vereda y subió a su coche a vapor, guiado por chófer, y se instaló en el asiento posterior.

El señor Fall le dirigió la palabra, muy 'circunspecto.

—Señor, aquí tiene el material original, si desea comparar palabra por palabra.

Le presentó una carpeta que

LeConte tomó en sus manos.

El coche arrancó. El chófer no necesitó instrucción alguna para dirigirse al cuartel general del partido. LeConte se recostó en el asiento, encendió un cigarro y se puso cómodo.

Grandes titulares atravesaban el ejemplar del periódico que tenía sobre las rodillas:

"CEMOLI COMPONE COALICION GOBIERNO NACIONES UNIDAS. CESACION TEMPORARIA HOSTILIDADES."

. LeConte le habló a su secretario.

—El teléfono, por favor.

—Sí, señor —dijo Fall, entregándole el teléfono portátil de campaña—. Pero ya hemos llegado casi

y, si usted no lo toma a mal, quiero señalarle que posiblemente nos han grabado ya.

—En Nueva York están muy ocupados —dijo LeConte— trabajando entre las ruinas, en una zona que carece de importancia desde que tengo uso de razón —pensó para sí.

Pero tal vez Fall tenía razón, y canceló la llamada.

—¿Qué le parece este último artículo? —preguntó a su secretario mostrándole el diario.

—Merece tener éxito —dijo el señor Fall inclinando la cabeza.

LeConte extrajo del portafolios un desgastado libro de texto, sin tapas. Lo habían fabricado hacía una hora y era el

próximo artículo que colocarían de manera de ser "descubierto" por los invasores de Próxima Centauro. Era fruto de su ingenio y se sentía particularmente orgulloso del mismo. El manual describía en lenguaje accesible a escolares, los grandes lineamientos del programa de cambios sociales auspiciados por Cemoli. En una palabra, la revolución al alcance de todos.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo el señor Fall— ¿Las autoridades del partido tienen intención de que se descubra algún cadáver?

—Ya llegaremos a eso —dijo LeConte—; será dentro de algunos meses.

Sacó un lápiz del bolsillo e hizo

algunas anotaciones en el margen del libro, como si fuera un alumno:

"Abajo Cemoli."«

¿No se estaría apresurando? Pensó que no era así; tenía que haber cierta resistencia, especialmente del tipo espontáneo, de un chico de escuela, y agregó:

"¿Dónde están las naranjas?"

El señor Fall miró por sobre el hombro.

—¿Y eso, qué significa? —preguntó.

—Cemoli promete naranjas a la juventud —explicó LeConte—; uno de los vanos alardes que la revolución no

llega a cumplir. Fue una idea de Stavros; no puede negarse que es

almacenero. Es un lindo toque. Esos son ¡os detalles —pensó— que prestan verosimilitud a los hechos. Los pequeños detalles son los que cuentan.

—Ayer, en la sede central del partido —dijo el señor Fall— escuché una audio cinta mientras Cemoli hablaba ante las Naciones Unidas. Es como para dar miedo... si uno no supiera...

—¿A quién se la hicieron grabar? —preguntó LeConte extrañado de que no le hubieran pedido participación.

—A un actor de café concert de Oklahoma City. Un personaje oscuro, por supuesto. Creo que se especializa en toda clase de imitaciones. Me parece que le dio un tono demasiado bombástico, amenazador, un énfasis que

me parece exagerado. Pero no se puede negar que resulta efectivo. Mucho ruido de multitudes... Esa parte me gustó, lo confieso.

Entretanto —pensó LeConte— no hay juicios de guerra. Nosotros, que fuimos lideres durante la guerra, tanto en la Tierra como en Marte, los que tuvimos puestos de responsabilidad, estamos a salvo, al menos por ahora, y quizá podamos seguir así para siempre si nuestra estrategia continúa dando los resultados esperados. Siempre que no descubran el túnel que va hasta el cefalón, que nos llevó cinco años construir. Esperemos que no se derrumbe.

El coche a vapor se detuvo en el

espacio reservado para estacionar los autos ante la sede del partido. El chófer dio la vuelta para abrir la puerta y LeConte salió tranquilamente a la luz del día, sin ningún temor ni ansiedad de ninguna especie. Arrojó el resto del cigarro a la alcantarilla y cruzó la acera con paso elástico para entrar en el familiar edificio.

RUG

—¡Rug! —dijo el perro.

Con las patas apoyadas en el borde del cerco miró en torno. En ese momento el rug entró corriendo en el patio.

Aún no había salido el sol y la mañana empezaba a desperezarse. El aire era gris y frío, una película de humedad cubría las paredes de la casa.

Con las fauces entreabiertas y las negras garras apretadas a la madera, el perro vigilaba.

El rug se detuvo junto a la puerta del patio. Era muy pequeño, delgaducho y blanco y sus patas parecían sostenerlo

apenas. Al ver los dientes filosos del perro parpadeó varias veces.

—¡Rug! —repitió el perro.

El eco reprodujo el sonido en la callada penumbra matinal. Todo estaba inmóvil y silencioso.

El perro se puso en cuatro patas y atravesó el patio, dirigiéndose a la escalera del porche. Se sentó en el primer escalón y siguió mirando al rug. El intruso le devolvió la mirada, luego alargó tímidamente el cuello hasta la altura de la ventana y se puso a husmear.

El perro cruzó el patio a la carrera y se abalanzó con todo el peso contra el cerco, haciendo crujir el portón que tembló peligrosamente. El rug se alejó de prisa por el camino con su ridículo

trote de pasos cortos y saltarines. El guardián se echó entonces junto a los maderos del cerco, la respiración agitada, la lengua roja colgando a un costado, sin apartar la vista del rug que desaparecía.

Los ojos negros brillaban intensamente. Guardó silencio. Una claridad creciente empezó a desteñir el cielo; despuntaba el día. El aire de la mañana se pobló de los ruidos que hacía la gente al levantarse. Algunas luces se encendieron tras los visillos. Una ventana se abrió al frío del alba.

El perro no se movió; seguía vigilando el sendero.

La señora Cardosi vertió agua en la cafetera; se levantó una nube de vapor

que la cegó momentáneamente. Dejó la vasija en el borde de la cocina y fue hasta la alacena; cuando volvió Alf estaba en la puerta de la cocina, colocándose los anteojos.

—¿Tienes el diario? —le preguntó.

—Está afuera.

Alf Cardosi pasó por la cocina y, después de abrir la puerta posterior, salió al porche. Echó un vistazo a la mañana húmeda y gris. Boris, negro y velludo, permanecía junto al cerco, con la lengua afuera.

—Mete la lengua adentro — dijo Alf.

El perro lo miró atentamente y empezó a menear la cola, dando unos golpecitos rítmicos contra el suelo. —La

lengua —insistió Alf—; la lengua adentro.

Se cruzaron las miradas del perro y el amo; Boris gimoteó, tenía los ojos brillantes, afiebrados.

—¡Rug! —dijo suavemente.

—¿Qué? —preguntó Alf mirando en torno— ¿Viene alguien? ¿Está por llegar el vendedor de diarios?

El perro continuaba mirándolo, sin cerrar la boca. —Hace unos días que te noto alterado —dijo Alf—. Será mejor que te tranquilices, tú y yo ya no estamos en edad para excitarnos.

Y entró en la casa.

Salió el sol. La calle se animó de luz y de color. El cartero hacía su

recorrido, cargado de revistas y correspondencia. Pasaron algunos chicos, hablando y riendo entre sí.

A eso de las once la señora Cardosi salió a barrer el porche delantero. Hizo una pausa y olisqueó el aire.

—¡Qué bien huele! —exclamó—. Seguramente hará calor.

Cuando el sol del mediodía fustigaba la calle el perro negro se tiró en el porche, con el cuerpo extendido y el pecho moviéndose al ritmo acompasado de la respiración. En el cerezo, los pájaros jugueteaban, parloteando incansablemente con chirridos de satisfacción. Boris levantaba la cabeza de vez en cuando,

para mirarlos. Después de un rato se enderezó y fue al trote hasta el árbol. Se encontraba a la sombra de la copa cuando vio a los dos rugs sentados sobre el cerco, mirándolo.

—Este es grande —dijo el primer rug— hay muy pocos guardianes grandes como éste.

El otro rug asintió con un breve meneo de cabeza. Boris los miraba inmóvil, los músculos endurecidos por la tensión. Los rugs permanecían en silencio contemplando al perro grande y la blanca golilla de pelo hirsuto que ornaba su cuello.

—¿Cómo está la urna de las ofrendas? —preguntó el primer rug—. ¿Está casi llena?

—Sí —contestó el otro—. Está casi lista.

—¡Eh, tú! —dijo el primer rug levantando la voz—. ¿Me escuchas? Hemos resuelto aceptar las ofrendas y tienes que dejarnos entrar. Nada de tonterías esta vez.

—Ya sabes que no demandará mucho tiempo —agregó el otro.

Los dos rugs saltaron el cerco y juntos fueron hasta el sendero. Uno de ellos sacó un mapa y entre los dos empezaron a estudiarlo.

—Esta zona no es la más adecuada para un primer intento —afirmó el primer rug— Demasiados guardianes; en cambio, en la zona norte...

—No olvides que ellos han tomado

la decisión —dijo el otro rug—. Hay tantos factores...

—Naturalmente.

Echaron una mirada a Boris y se apartaron un poco más del cerco. El perro no pudo escuchar el resto de la conversación.

Después de algunos minutos los rugs guardaron el mapa y se alejaron por el sendero.

Boris se acercó al lugar por donde habían entrado los rugs y husmeó la madera del cerco. El olor enfermizo y hediondo de los rugs le hizo erizar el pelo de la espina dorsal.

Esa noche, cuando Alf Cardosi regresó a su casa, el perro lo esperaba junto al portón, con la mirada perdida en

el sendero. Alf abrió el portón y entró al patio.

—¿Cómo estás? —le dijo, palmeándole el costillar— ¿Sigues siempre preocupado? Últimamente estás muy nervioso.

Boris gimoteó y miró intensamente a su amo, en la cara.

—Eres un buen perro, Boris —dijo Alf—, y has crecido demasiado. Ya no recuerdas cuando eras un cachorrito juguetón.

Boris se restregó contra la pierna de su amo.

—Boris es un buen perro —murmuró Alf— ¡Qué no daría yo por saber qué te tiene preocupado!

Entró en la casa. Su esposa estaba

preparando la mesa para la cena. Alf fue hasta la sala; se quitó la chaqueta, el sombrero y dejó la caja del almuerzo sobre la mesa. Después volvió a la cocina.

¿Qué sucede? —preguntó la señora Cardosi.

—Ese perro tiene que dejar de ladrar y hacer tanta bulla, molesta a los vecinos. Un día de estos volverán a quejarse a la policía.

—Espero que no nos veamos obligados a dárselo a tu hermano —dijo la señora Cardosi cruzándose de brazos —; a veces se vuelve loco, especialmente los viernes, cuando pasan los hombres que recogen la basura.

—Tal vez sea algo pasajero —dijo

Alf encendiendo la pipa—, Antes no era así. Quizá se calme y vuelva a ser como antes.

—Veremos —repuso la señora Cardosi.

Era la mañana del viernes.

El sol salió frío y siniestro. En tomo a los árboles y en los sitios bajos, espesos parches de niebla demoraban en diluirse.

Tendido en el porche, el perro negro continuaba vigilante, el oído alerta, los ojos bien abiertos. Tenía la pelambre endurecida de rocío y al respirar exhalaba pequeñas nubes de vapor que espesaban el aire en torno al hocico. De súbito volvió la cabeza y dio

un salto.

Le llegaba un sonido de lejos, débil aún por la distancia, pero estrepitoso.

—¡Rug! —gritó Boris mirando alrededor.

Corrió hasta el portón y se levantó sobre las patas traseras, apoyando las delanteras sobre el cerco.

Volvió a oír el sonido, más fuerte esta vez. Era un fragor, un ruido metálico, como de algo que rueda o que

alguien estuviera tratando de abrir una puerta enorme.

—¡Rug! —volvió a gritar Boris.

Miró ansiosamente hacia las ventanas que había encima de su cabeza. Nada se movió. Nada.

Los rugs se acercaban por la calle.

Avanzaban, como sus camiones, bamboleándose, dando saltos sobre las toscas piedras, con mucho estrépito y chirridos.

—¡Rug! —gritó Boris y dio un salto. Los ojos le brillaban intensamente.

Luego volvió a calmarse. Se echó en el suelo y permaneció quieto, a la espera, atento a los ruidos.

Los rugs detuvieron el camión frente a la casa. Pudo oír cómo abrían las puertas y bajaban a la calzada. Boris empezó a corretear en pequeños círculos. Gimoteó, levantando el hocico hacia la casa.

El señor* Cardosi se incorporó en la cama, en la tibia oscuridad del

dormitorio, y miró de soslayo el reloj.

—¡Ese maldito perro! —murmuró — ¡Ese maldito perro!

Después hundió la cara en la almohada y cerró los ojos.

Los rugs avanzaban por el sendero. El primero dio un empujón a la portezuela y ésta se abrió. Los rugs entraron en el patio y el perro retrocedió.

—¡Rug! ¡Rug! —gritó.

El olor inconfundible de los rugs lo enloquecía y el perro les volvió el lomo.

—La urna de la ofrenda —dijo el primer rug—; creo que esta vez está repleta. ¡Qué bueno eres! —dijo mirando al perro que permanecía tieso de furia.

Los rugs se acercaron al cubo de metal; uno de ellos le quitó la tapa.

—¡Rug! ¡Rug! —volvió a gritar Boris, junto al primer escalón del porche. Temblaba de horror.

Los rugs levantaron el gran cubo y lo pusieron de costado. El contenido se esparció por el suelo y los intrusos empezaron a destrozar las bolsas de papel eligiendo las mondaduras de naranja, los trozos de pan tostado y las cáscaras de huevos.

Uno de los rugs se metió una cáscara de huevo en la boca; los dientes la destrozaron con un crujido.

—¡Rug! —gritó Boris para sí, perdida toda esperanza.

Poco antes de terminar su trabajo

de recoger la ofrenda los rugs se detuvieron un momento y miraron a Boris.

Dirigieron después una lenta mirada inquisidora hacia la casa, por las paredes, inspeccionando el revoque y la ventana cuyos visillos aún estaban bajos.

—¡Rugí —gritó Boris y se acercó a ellos saltando furioso y asustado al mismo tiempo.

Los rugs se alejaron de la ventana a regañadientes. Salieron por el portón y volvieron a cerrarlo.

—¡Miradlo un poco! —dijo con desprecio uno de los rugs mientras levantaba la punta de la manta hasta la altura del hombro.

Boris hacía fuerza contra el cerco, el hocico abierto, abalanzándose con denuedo contra los tablones. El rug más grande empezó a agitar los brazos frenéticamente y Boris se calmó. Se echó al pie de los escalones del porche. Su boca, aún abierta, dejó escapar un gemido preñado de inquietud y desventura, queja con la que deseaba expresar toda su desdicha y desesperación.

—Vamos —dijo uno de los rugs al otro que permanecía aún junto al cerco.

Se fueron juntos por el sendero.

—Bueno, excepto los pequeños lugares en tomo a los guardianes, esta zona está bien despejada —anunció el rug más grande—. Será un alivio cuando

acaben con este guardián en particular. ¡Cuántos problemas nos causa!

—No seas impaciente —contestó el otro rug, sonriendo—, tenemos el camión repleto. Dejemos algo para la semana que viene.

Los rug rieron a dúo.

Siguieron por el sendero, cargando la ofrenda en la manta sucia que se hundía en el centro.

VETERANO DE GUERRA

Sentado en el banco del parque el anciano contemplaba el ir y venir de la gente bajo los cálidos rayos del sol.

El parque era un modelo de orden y limpieza. Una fina llovizna esparcida por cientos de tubos relucientes de cobre mojaba el césped, haciéndolo brillar. De vez en cuando, un lustroso robot jardinero se inclinaba para recoger algunas hierbas o para juntar los desperdicios y meterlos en el recipiente de los deshechos. Los niños, entretanto, correteaban dejando escapar gritos de

alegría, entretenidos en sus juegos. Algunas parejas jóvenes disfrutaban del sol, tomados de la mano. Grupos de apuestos soldados paseaban tranquilamente, admirando a las muchachas desnudas que se tostaban al sol, junto a la piscina. Más allá de los límites del parque, los capiteles de la ciudad de Nueva York apuntaban al cielo con sus agujas resplandecientes mientras el rugir del tránsito atronaba el aire.

El anciano, aburrido, carraspeó y arrojó un escupitajo entre los arbustos. El calor era insoportable; el sol intensamente amarillo hacía correr la transpiración bajo su vieja chaqueta raída. Estaba incómodo, consciente de

que el sol hacía destacar la barba grisácea que le cubría el mentón y el cuenco vacío del ojo izquierdo, así como la fea cicatriz sinuosa de una quemadura que le atravesaba la mejilla. Palpó, nervioso, la antena hache que rodeaba su cuello escuálido; se desabotonó la chaqueta y trató de erguirse contra el respaldo metálico del banco. Solo, aburrido y amargado, cambió de posición tratando de interesarse en el aspecto de la naturaleza: los árboles, el césped y los niños que jugaban alegremente.

Tres jóvenes soldados rubios se sentaron en un banco frente al suyo y se pusieron a abrir los paquetes de cartón que contenían su almuerzo.

El rancio aliento del anciano se detuvo en la garganta, su corazón fatigado le dio una vuelta en el pecho. Por primera vez, desde hacía muchas horas, pareció volver a la vida. Haciendo un esfuerzo trató de sacudir su letargo y fijó la vista debilitada en los soldados. Primero sacó el pañuelo y se enjugó la transpiración del rostro; después se animó y les dirigió la palabra.

—Hermosa tarde —dijo.

Los soldados le dirigieron una breve mirada.

—Cierto —dijo uno de ellos.

—¡Qué buen trabajo han hecho! —dijo el anciano señalando el sol y los capiteles de la ciudad—. Es perfecto.

Los soldados no respondieron, absortos en las tazas de café humeante y las porciones de pastel de manzana.

—Por poco lo engañan a uno —dijo el viejo—. Digan, muchachos, ¿están con el equipo de siembra? —preguntó, tratando de adivinar.

—No —contestó uno—. Somos tripulantes de cohetes.

—Yo formaba parte del escuadrón de demolición —dijo el viejo, apretando el bastón de aluminio—. Estuve con el viejo escuadrón Ba-3.

Ninguno de los soldados parecía interesado en la conversación. Murmuraban entre ellos. Las chicas de un banco cercano habían notado la presencia de los soldados.

El anciano empezó a buscar algo en el bolsillo de su chaqueta; sacó un envoltorio de papel grisáceo y roto. Desenvolvió el paquete con dedos temblorosos, se puso de pie y cruzó el sendero de guijarros con pie inseguro.

—¿Ven esto? —preguntó a los soldados, sosteniendo entre los dedos un pequeño cuadrado metálico y brillante —. La gané en el 87. Antes de su época, me imagino.

Los jóvenes soldados prestaron escasa atención al objeto.

—Vean —dijo uno de ellos lanzando un silbido de admiración—. Es un Disco de Cristal, Primera Clase — levantó una ceja en gesto interrogativo y preguntó—. ¿Usted la ganó?

El anciano dejó escapar un chasquido de orgullo y envolvió el objeto nuevamente, guardándolo en el bolsillo.

—Yo serví en el *Viento Gigante,* al comando de Nathan West. Me la dieron después del asalto final. Yo estaba allí con mi escuadrón de demolición. Tal vez recuerden el día que tendimos nuestra red; la armamos desde...

—Lo siento —dijo uno de los soldados—; no recordamos eso, posiblemente fue antes de nuestra época.

—¡Claro! —dijo el viejo, ansioso por estar de acuerdo con alguien—. Aquello ocurrió hace más de sesenta años. Pero ustedes oyeron hablar del mayor Peratti, ¿no es cierto? Hizo

retroceder a la flotilla atacante hasta una nube meteórica cuando se lanzaron a la ofensiva final. Ustedes sabrán que el Ba-3 fue capaz de mantenerlos a raya varios meses, hasta que sólo quedamos unos cuantos. Los detuvimos —dijo, maldiciendo entre dientes—, hasta que sólo quedaron dos de los nuestros. Luego cayeron como cuervos y lo poco que encontraron lo...

—Lo siento, viejo —dijo uno de ellos—; hasta la vista.

Los soldados se levantaron prestamente, recogieron los restos del almuerzo y se dirigieron hacia el banco donde estaban las muchachas. Estas los miraron con timidez y dejaron escapar risitas de excitación.

Enojado, el viejo volvió trastabillando a su banco. Desengañado y de mal humor se desahogó mascullando para sí; después de escupir una vez más entre los arbustos, trató de ponerse cómodo. Pero el sol le fastidiaba y los ruidos de la gente y los coches que pasaban le causaban malestar.

Volvió a sentarse en el banco del parque, con el ojo sano semicerrado y los labios marchitos torcidos en un rictus de amargura y derrota. Lo cierto era que nadie prestaba atención a un viejo decrépito y medio ciego. A nadie le interesa escuchar viejas historias de antiguas batallas y estrategias de otras épocas que él había presenciado. Nadie

parecía recordar la guerra que aún quemaba en su cerebro torturado de viejo. ¡Cómo deseaba desahogarse hablando de esa guerra! ¡Si tan sólo encontrara quien quisiera escucharlo!

Vachel Paterson apretó el freno de emergencia y el coche se detuvo con un respingo.

—Ahora sí —dijo, hablando por sobre el hombro—; pónganse cómodos porque tendremos que esperar.

Era un espectáculo familiar. Unos mil terráqueos uniformados con gorras grises y brazaletes se desparramaban por las calles entonando cánticos y agitando burdos estandartes, provocando un despliegue de ruidos y movimientos

visibles desde varias cuadras de distancia.

BASTA DE NEGOCIAR. HABLAN LOS TRAIDORES, LOS HOMBRES ACTUAN. MÁS HECHOS, MENOS PALABRAS. UNA TIERRA FUERTE ES LA MEJOR GARANTIA DE PAZ.

En el asiento posterior del coche Edwin Le Mar dejó a un lado las cintas del informe con un gruñido de sorpresa atribuible a su miopía.

—¿Por qué nos detenemos? ¿Qué sucede?

—Otra demostración —repuso Evelyn Cutter, distraída—. Lo mismo de siempre —agregó reclinándose contra el respaldo mientras encendía un

cigarrillo.

Era el momento culminante de la demostración. Hombres, mujeres y jóvenes salidos de la escuela marchaban con expresiones furiosas, excitados y violentos. Algunos llevaban letreros, otros empuñaban alguna arma improvisada; no todos tenían el uniforme completo. Muchos espectadores, engolfados por la multitud enfurecida, abandonaban las aceras y se unían a la demostración. Policías uniformados de azul habían detenido el tránsito de superficie y miraban con indiferencia entre la muchedumbre, tratando de identificar a alguien que se opusiera. Como era natural, nadie se atrevía; era preciso ser muy tonto.

—Me pregunto por qué el directorado no pone fin a todo esto —dijo Le Mar—. Con un par de columnas mecanizadas se terminaría de una vez por todas.

John V. Stephens sonrió fríamente a su lado.

—El directorado lo financia, lo organiza, les da tiempo gratis en la videored y además apalea a los que se quejan. Miren a esos policías de brazos cruzados; están esperando que alguien proteste para darle una paliza.

Le Mar pestañeó, incrédulo.

—¿Es cierto eso, Patterson?

Fuera del refugio del elegante Buick 1964, algunas caras distorsionadas por la ira pasaban,

amenazantes. El retumbar de los pies hacía temblar los adornos de cromo en el tablero de instrumentos. El doctor Le Mar metió nerviosamente las cintas en su caja metálica y miró en torno como una tortuga asustada.

—¿Y usted, de qué se preocupa? —preguntó V. Stephens en tono duro—; después de todo, es terráqueo. Yo soy el que debería estar sudando.

—Son locos —murmuró Le Mar—. Todos esos imbéciles que marchan y cantan...

—No son imbéciles —repuso Patterson, con suavidad—; son demasiado confiados, eso es todo. Como nosotros, están acostumbrados a creer todo lo que les dicen. El único problema

es que a ellos les cuentan mentiras.

Mientras hablaba señaló un pendón gigantesco, con una enorme fotografía tridimensional que se plegaba y retorcía al viento mientras lo llevaban en alto.

—El único culpable es *él*. Inventa todas las mentiras, presiona al directorado, fomenta el odio y la violencia y, además, tiene dinero suficiente para financiar todo.

Reproducido en el estandarte ondeaba el rostro de un caballero canoso, de ceño adusto, serenos ojos azules y mandíbula firme. La cara bien rasurada completaba la imagen de un intelectual algo corpulento que frisaba los sesenta años. Al pie del retrato estaba su refrán personal, inventado en

un momento de inspiración:

EL COMPROMISO ES ACTITUD DE TRAIDORES

—Ese es Francis Gannet —dijo V. Stephens a Le Mar—. bonita estampa de hombre, ¿verdad? Es decir, bonita estampa de terráqueo —agregó, corrigiéndose.

—Parece tan gentil... —dijo Evelyn Cutter, meneando la cabeza—. No me explico cómo un hombre con aspecto tan inteligente puede ser responsable de esto.

V. Stephens no pudo reprimir una

sonrisa irónica.

—Sus manos blancas y cuidadas están mucho más sucias que las de cualquier fontanero o carpintero de los que marchan en este momento.

—Pero, ¿cómo es posible?

—El y su grupo son propietarios de Industrias Transplant, una compañía accionista que controla casi todo el negocio de exportación e importación de los mundos internos. Si mi pueblo y el de Marte obtienen la independencia pondrán en peligro su comercio, podrán hacerle competencia, pero si las cosas siguen así continuarán estancados en un rígido sistema comercial.

La manifestación había llegado a un cruce de calles. Algunos participantes

abandonaron los carteles y se armaron de palos y piedras. Alguien gritó una orden; hubo ciertas señas para desviar a los demás y un grupo minoritario se encaminó con actitud decidida hacia un pequeño edificio moderno con un letrero luminoso al frente que anunciaba: "Pro-Color".

Y ¡Dios mío! —exclamó Patterson tratando de abrir la portezuela—. Están por atacar las oficinas de "Pro-Color".

V. Stephens se lo impidió.

—No hay nada que hacer —le dijo —. De todas maneras, debe haber quedado nadie adentro. Por lo general, se les avisa con anticipación.

Los revoltosos rompieron las ventanas de vidrioplástico e invadieron

el pequeño negocio elegante. Los policías llegaban saltando alegremente, cruzados de brazos, disfrutando del espectáculo. Algunos muebles rotos cayeron con estrépito a la calle, arrojados desde la oficina saqueada: archivos, escritorios, sillas, alegres cartelones de colores con ilustraciones de la vida feliz en los mundos interiores. Negras lenguas de un humo acre se levantaron por las paredes a consecuencia de un rayo-calor que alguien colocó en el depósito. Al rato, los alborotadores salieron en masa del edificio, satisfechos y felices.

La gente que contemplaba el espectáculo desde la acera tenía las más diversas expresiones. Había quienes

demostraban satisfacción; otros, cierta inquietud; pero la mayoría evidenciaba temor y consternación. Atemorizados, se dispersaron precipitadamente al paso de los furiosos amotinados que avanzaban con prepotencia, llevándose los objetos robados.

—¿Ve usted? —dijo Patterson—. Esto es obra de unos pocos miles de individuos con el apoyo financiero del comité de Gannet. Los que van al frente son asalariados de las fábricas de Gannet, cuadrillas de tipos fuertes que trabajan fuera de hora. Tratan de parecer humanos, pero no lo son. Es una minoría encargada de alborotar, un puñado de fanáticos decididos y sin escrúpulos.

La manifestación se estaba

disolviendo. La oficina de “Pro-Color” quedó convertida en una ruina patética y humeante. El tránsito estaba detenido. Casi todo el centro de Nueva York había sido invadido por los refranes espeluznantes y ensordecido por las fuertes pisadas y los cánticos de odio. Poco a poco la gente volvía a la rutina diaria.

En ese momento los manifestantes vieron a la muchacha venusiana, agazapada contra un portón cerrado.

Patterson hizo dar un fuerte envión al coche y cruzó la calle saltando, en medio de los chirridos de los neumáticos, tratando de detener a los atacantes de las primeras filas. La

primera ola chocó contra el guardabarros del coche, dispersándose como hojas al viento. Los demás, que nada podían ver desde atrás, al chocar contra la carrocería cayeron en una masa informe de brazos y piernas en diversas posiciones.

En el primer momento, la muchacha venusiana vio al coche que se aproximaba, luego distinguió a los terráqueos en el asiento delantero. Quedó paralizada de terror. Se apartó poco a poco de la pared y logró escabullirse por la acera, en medio de la multitud que desbordaba la calle. Los manifestantes volvieron a agruparse y poco después corrían tras ella gritando:

Y ¡Detengan a la palmeada!

—Que vuelvan a su planeta los palmeados.

—La tierra para los terráqueos.

Una corriente oculta de odio y lujuria parecía acentuar los refranes e insultos.

Patterson dio marcha atrás y volvió a enderezar el coche hacia la calle. Sin dejar de apretar la bocina siguió a toda velocidad tras la chica perseguida por la turba. Embistió contra el grupo de manifestantes y los dejó atrás. En ese momento una piedra chocó contra el vidrio trasero y un granizo de tierra e inmundicia se esparció contra el coche. Al frente, la multitud se apartaba a regañadientes, dejando un claro para el coche y los manifestantes. Nadie levantó

la mano contra la muchacha que corría, sollozando, entre los coches estacionados y los grupos de espectadores. Nadie, tampoco, hizo nada por ayudarla. Todos miraban con ojos apagados y actitud indiferente, remotos espectadores de una escena en la que no querían participar.

—Yo me encargo de la chica —dijo V. Stephens—; trata de frenar junto a ella y yo la detendré.

Al pasar junto a la chica Patterson accionó los frenos. La muchacha dobló y siguió corriendo por la calle, como una liebre asustada. V. Stephens saltó del coche y corrió en línea recta tras ella que, aturdida por el miedo, zigzagueaba hacia los manifestantes. Rodeándola con

sus brazos, V. Stephens la llevó junto al coche. Entre Le Mar y Evelyn lograron hacerlos entrar. Patterson aceleró.

Poco después dobló por una esquina, cortó un cordón policial y dejó atrás la zona peligrosa. Como un eco moribundo les llegó el rugido de la gente, el estampido de los pies sobre el pavimento.

—Está bien —decía V. Stephens con dulzura, una y otra vez, tratando de tranquilizar a la muchacha—. Somos amigos; mira, yo también soy palmeado.

Encogida contra la puerta del coche, los ojos muy abiertos, el rostro convulsionado por el terror, la muchacha mantenía las rodillas apretadas contra el estómago. No tendría más de diecisiete

años. Sus dedos, unidos por una membrana, luchaban inútilmente por alisar el cuello desgarrado de la blusa. Había perdido un zapato; tenía el rostro cubierto de arañazos y el pelo desordenado. Su boca temblorosa sólo lograba balbucear vagos quejidos.

Le Mar le tomó el pulso.

—El corazón va a saltarle por la boca —sentenció y sacando una ampolla de su chaqueta inyectó un tranquilizante en el brazo inseguro de la muchacha—. Esto la tranquilizará. No está lastimada —le dijo—; por suerte no lograron darle alcance.

—Quédate tranquila —murmuró V. Stephens—; somos médicos del hospital municipal; la señorita Cutter es la

encargada del archivo y los registros. El Dr. Le Mar es neurólogo; el doctor Patterson es especialista en cáncer y yo soy cirujano —dijo, acariciando con la mano la frente de la chica—. Soy venusino, como tú. Te llevaremos al hospital y podrás quedarte un tiempo allí.

—¿Han visto ustedes? —barbotó Le Mar—. Nadie alzó un dedo para ayudarla. Se quedaron allí, mirando...

—Tienen miedo —aclaró Patterson —; quieren evitarse problemas.

—No es posible —intervino Evelyn Cutter, terminante— ¿Cómo puede evitarse este tipo de problemas? No se puede permanecer siempre en la periferia. No es un partido de fútbol.

—¿Qué puede suceder? —preguntó la chica con voz vacilante.

—Sería conveniente que abandonases la Tierra —dijo V. Stephens con dulzura—. Ningún venusino está a salvo aquí. Vuelve a tu planeta hasta que pase esta racha.

—¿Pero pasará? —susurró la muchacha.

—Algún día —dijo V. Stephens, inclinándose para darle un cigarrillo de Evelyn —Esto no puede continuar así. Algún día seremos libres.

—Cálmate —dijo Evelyn, con un tono amenazante en la voz, los ojos transformados en dos carbones hostiles —. Creía que estabas por encima de todo esto.

El rostro verdoso de V. Stephens se cubrió de rubor.

—¿Crees que puedo permanecer impasible mientras insultan y matan a mi pueblo? Soportar que un cara de cartón como Gannet pisotee nuestros intereses para enriquecerse con la sangre de...

—¿Cara de cartón? —repitió Le Mar inquisitivamente—. ¿Qué significa eso, Vachel?

—Así llaman ellos a los terráqueos —contestó Patterson—. Basta ya, V. Stephens; en lo que a nosotros respecta, no hay tal cosa como tu pueblo y nuestro pueblo. Todos somos miembros de la misma raza; tus antepasados eran originarios de la Tierra y se establecieron en Venus a fines del siglo

veinte.

—Las diferencias se deben sólo a pequeñas alteraciones que facilitan la adaptación —dijo Le Mar a Stephens, tratando de tranquilizarlo—. Prueba de ello es que todavía podemos procrear entre nosotros; si perteneciéramos a razas diferentes eso no sería posible.

—Podemos, es cierto —intervino débilmente Evelyn Cutter— ¿Pero quién está dispuesto a casarse con un palmeado o un *abrojo?*[1]

Todos permanecieron en silencio por un rato. Mientras Patterson conducía hacia el hospital a toda velocidad, la atmósfera del coche estaba cargada de hostilidad y tensiones. La muchacha venusiana continuaba agazapada en el

asiento, los ojos aterrorizados clavados en el suelo que vibraba.

Al llegar al puesto de control Patterson aminoró la marcha y mostró su tarjeta de identidad. El guardia del hospital le hizo señas para que pasara y entonces aceleró. Al guardar la tarjeta sus dedos chocaron con una cosa adherida al interior del bolsillo. Súbitamente recordó.

—Aquí tienes algo para olvidar tus preocupaciones —dijo a V. Stephens mientras le devolvía un tubo sellado—. Los militares volvieron a dispararlo esta mañana. Error administrativo. Cuando lo hayas visto pásalo a Evelyn. Está dirigido a ella, pero despertó mi curiosidad.

V. Stephens hizo una incisión en el tubo y dejó caer el contenido. Era una solicitud común de admisión en un hospital del gobierno; tenía un sello con el número de un veterano de guerra. Había, además, algunas cintas viejas manchadas de transpiración, papeles manoseados que habían perdido algunos pedazos a través de los años. Trozos de papel aluminio que habían sido doblados una y otra vez, probablemente guardados en el bolsillo de alguna camisa, junto a un pecho sucio y velludo.

—¿Esto tiene alguna importancia? —preguntó, impaciente V. Stephens—. ¿Vale la pena preocuparse por pequeñeces de tipo administrativo?

Patterson detuvo el coche en la playa de estacionamiento del hospital y apagó el motor.

—Mira bien el número de la solicitud —dijo, mientras abría la puerta del coche—. Si prestas atención descubrirás algo insólito: el solicitante está usando una vieja tarjeta de identificación para veteranos, con un número que aún no ha sido otorgado.

Completamente desconcertado, Le Marr miró a Evelyn Cutter y a V. Stephens, pero ninguno le dio una explicación.

La antena hache interrumpió el sueño sobresaltado del anciano,

—David Unger —pronunció una

hueca voz femenina—; debe volver al hospital. Se requiere su presencia, de inmediato.

El viejo dejó escapar un gruñido e hizo un esfuerzo para enderezarse. Cogiendo el bastón de aluminio se alejó del banco, empapado en sudor y con pasos inseguros. Se dirigió hacia la plataforma más cercana del parque. Lástima. Justó

cuando estaba por dormirse profundamente, después de apartarse del sol demasiado caliente e ignorar las risas chillonas de los niños, las muchachas y los jóvenes soldados...

Cuando llegó al deslinde del parque notó que dos sombras furtivas se escondían tras las matas de arbustos.

David Unger no podía creer lo que estaba viendo y se detuvo mientras las sombras se deslizaban a su lado adelantándose por el sendero.

La vitalidad de su propia voz lo sorprendió. Empezó a gritar a todo pulmón, lanzando chillidos rabiosos y rebeldes que repercutieron por todo el parque, entre los árboles tranquilos y el césped.

—¡Palmeados! —graznó y salió corriendo torpemente tras ellos—. ¡Palmeados y *abrojos!*

Blandiendo el bastón de aluminio trastabilló en persecución del marciano y del venusiano hasta quedar sin aliento. La gente, sorprendida, lo miraba sin expresión. Un grupo de curiosos se

formó en torno al viejo que perseguía a los otros dos. Ya en el límite de sus fuerzas, tropezó contra una fuente de agua y estuvo a punto de caer al perder el bastón. El rostro surcado de arrugas estaba lívido de ira; la cicatriz de la quemadura sobresalía, fea y repugnante, contra la piel amoratada. El ojo sano estaba rojo de furia. Dos surcos de saliva le corrían por la comisura de los labios marchitos. Agitó inútilmente las manos sarmentosas, semejantes a un par de garras, mientras los dos alterados desaparecían en un bosquecillo de cedros al final del parque.

Y ¡Deténgalos! —farfulló David Unger—. No permitan que se escapen. ¿Qué pasa con ustedes? ¡Puñado de

cobardes! ¿Qué clase de hombres son?

—Tranquilo, abuelo —le reconvino bondadosamente un joven soldado—; no hacen mal a nadie.

Unger recogió el bastón y lo hizo silbar por encima de la cabeza del soldado.

—Y tú, te contentas con hablar —dijo— ¿Qué clase de soldado eres?

Un espasmo de tos ahogó sus palabras y el viejo se dobló hacia adelante, tratando de recobrar el aliento.

—En mis tiempos —logró murmurar—, los rociábamos con combustible para cohetes y los colgábamos. Solíamos mutilarlos; no perdonábamos a nadie. Cortábamos a pedazos a todos esos palmeados y

abrojos. Les dábamos una buena lección.

Un policía gigantesco detuvo a los dos alterados.

—Sigan andando —les dijo, con tono amenazador—. Cosas como ustedes no tienen ningún derecho a estar aquí.

Los dos alterados apresuraron el paso para alejarse del policía; éste levantó el garrote, y como quien no quiere la cosa, aporreó la frente del marciano. La delgada y frágil cobertura craneana se rajó; el marciano dio algunos pasos de costado, enceguecido y en agonía.

Y ¡Así se hace! —exclamó David Unger jadeante, mostrando una débil satisfacción.

Y ¡Viejo sucio y malvado! —exclamó la mujer con el rostro pálido de horror. Gente como usted es la que causa problemas.

—¿Y usted qué es? —replicó Unger— ¿Defensora de palmeados? ¿Se acostaría con uno de ellos?

La multitud se dispersó. Apretando el bastón con determinación Unger se alejó con paso inseguro hacia la rampa de salida, mientras continuaba mascullando maldiciones e improperios, y lanzó varios escupitajos entre las matas.

Cuando llegó al hospital aún temblaba de rabia y resentimiento. Se detuvo frente al gran escritorio de recepción del vestíbulo central.

Y ¿Qué quieren? —preguntó a boca de jarro—. No sé qué sucede en este lugar. Primero, interrumpen el primer sueño tranquilo que tuve desde que llegué aquí, ¿y para qué? Para ver a dos palmeados que se pasean tranquilamente a plena luz del día, frescos como una rosa.

—El doctor Patterson desea verle. Habitación 301 —dijo la enfermera pacientemente, y haciendo un gesto al robot agregó—: Lleve al señor Unger a la habitación 301.

El viejo malhumorado se fue cojeando tras el robot que se deslizaba suavemente.

—Creí que todos los hombres de hojalata como tú habían sido usados en

la batalla de Europa del 88 — dijo, en tono de queja—. Ya no entiendo nada. ¿A qué tantos señoritos de mano blanca en uniforme? Todo el mundo parece divertirse; pasan el tiempo jugueteando con las chicas que no tienen mejor ocupación que tenderse desnudas sobre el césped. Algo extraño está sucediendo. Algo debe...

—Aquí es, señor —señaló el robot.

La puerta corrediza de la habitación 301 se abrió. Vachel Patterson se levantó a medias cuando entró el anciano colérico, apretando su bastón de aluminio. Los dos se miraron con curiosidad: el viejo soldado de enjuto rostro de halcón y el joven doctor

bien vestido, con ralo pelo negro, anteojos con marcos de carey y rostro de expresión bondadosa.

De pie junto al escritorio del médico, Evelyn Cutter, el pelo rubio echado hacia atrás y un cigarrillo entre los labios rojos, miraba y escuchaba impasible.

—Soy el doctor Patterson, y ésta es la señorita Cutter.

En tanto hacía la presentación Patterson jugueteaba con la cinta desgastada y de ángulos doblados que estaba sobre el escritorio.

—Siéntese, señor Unger; deseo hacerle algunas preguntas. Han surgido ciertas dudas con respecto a uno de sus documentos. Posiblemente haya sufrido

un error, pero lo cierto es que me lo han devuelto.

Unger aceptó la invitación cautelosamente.

—Preguntas y más preguntas. ¡Cuánta burocracia! Hace una semana que estoy aquí y todos los días me salen con algo nuevo. Quizá hubiera sido mejor tirarme en la calle y dejarme morir.

—Según esto, hace ocho días que usted está aquí.

—Imagino que sí, si figura allí, debe ser cierto —el litado sarcasmo del viejo vibró como un látigo—. Sino fuera cierto, no estaría escrito.

—Lo han admitido como veterano de guerra. El costo de su atención

médica corre por cuenta del directorado.

—Y eso, ¿qué tiene de malo? —replicó Unger encrespado—.Merezco, cuanto menos, esa atención —e inclinándose hacia Patterson le hundió en el pecho un índice torcido, mientras agregaba—. Entré en el servicio a los dieciséis años. Toda mi vida trabajé y luché por la Tierra, todavía estaría allí si no me hubieran sacado medio muerto de aquel ataque lanzado para exterminar a todos. Tengo suerte de estar vivo todavía —dijo, acariciando con temor los lívidos estragos que la guerra había impreso en su cara.

Después de una breve pausa agregó:

—¿Por qué me miran así? No saben

siquiera de qué estoy hablando.

Las miradas de Patterson y Evelyn se cruzaron.

¿Cuántos años tiene? —preguntó de pronto Evelyn.

Y ¿No figura en los documentos? — preguntó furioso—. Ochenta y nueve.

Y ¿En qué año nació?

—En el año 2154. ¿Acaso no saben sacar cuentas?

Patterson hizo una breve anotación en el informe de papel plateado.

Y ¿A qué unidad pertenecía?

Unger perdió la poca paciencia que tenía.

—La BA-3. Quizá la hayan oído nombrar aunque, a juzgar por las apariencias, parece que aquí no saben

que ha habido una guerra.

—BA-3 —repitió Patterson— ¿Y cuánto tiempo sirvió en esa unidad?

Cincuenta años. Después me retiré. Eso fue la primera ve/, entonces tenía sesenta y seis años, la edad acostumbrada. Me dieron una pensión y una parcela de tierra.

Y ¿Después volvieron a llamarlo?

—Claro que volvieron a llamarme. ¿No recuerda que la BA-3 volvió a la línea de combate y todos nosotros, los viejos, casi logramos pararlos esa última vez? Usted sería un chico entonces, pero todo el mundo sabe lo que hicimos.

Unger sacó del bolsillo su Disco de Cristal, primera clase, y lo puso de un

golpe sobre el escritorio.

Me dieron *eso;* a mí y a todos los sobrevivientes. Quedamos diez de los treinta mil —dijo, y recogió la medalla con dedos temblorosos—. Fui malherido. Vean la cicatriz de mi cara; recibí graves quemaduras cuando volaron la nave de guerra de Nathan West. Estuve dos años en el hospital militar. Entonces ocurrió la catástrofe: partieron en dos a la Tierra —recordó, apretando los viejos puños con amargura y frustración—, mientras nosotros, allí sentados, mirábamos como convertían a la Tierra en una ruina humeante. ¿Qué quedó de todo? Sólo escoria y cenizas. Kilómetros y kilómetros sembrados de cadáveres. Ni

rastros de ningún pueblo o ciudad, y nosotros imposibilitados, oyendo silbar los cohetes C. Cuando no quedó nada nos mandaron a la Luna.

Evelyn Cutter intentó decir algo, pero las palabras le fallaron. Sentado ante su escritorio de trabajo, Patterson estaba blanco como un papel.

—Continúe —murmuró— siga contando.

Buscamos refugio bajo la superficie, en el cráter de Copérnico; mientras tanto, ellos seguían disparándonos los cohetes C. Aguantamos cinco años; después empezaron a alunizar. Nosotros, los pocos que quedábamos, huimos en torpedos de ataque de gran velocidad y

establecimos bases piratas en los planetas interiores.

Unger se retorció, impaciente.

—Duele recordar esa parte. La derrota, el fin de todo. ¿Por qué me preguntan? Ayudé a construir la mejor artibase, la 3-4-9-S que está entre Urano y Neptuno. Después me retiré otra vez. Pero llegaron esas ratas y *tranquilamente* la hicieron volar en mil pedazos. Cincuenta mil personas entre hombres, mujeres y niños. La colonia completa.

—¿Logró escapar? —susurró Evelyn.

—¡Por supuesto que escapé! Estaba de guardia. Después de dispararles a unos cuantos palmeados me metí en una

de sus naves y pude ver cómo morían. ¡Qué satisfacción tuve! Me mudé a la 3-6-7-7 y allí me quedé algunos años, hasta que la atacaron, a principios de este mes. Tuve que luchar con la espalda contra la pared —los dientes amarillos brillaron entre los labios estirados de furia—. Esta vez ya no había lugar donde huir. Al menos yo no conocía ninguno —y mirando con los ojos enrojecidos la suntuosa oficina continuó —. No conocía esto. Debo reconocer que han hecho un excelente trabajo al arreglar su artibase. Es muy parecida a la Tierra como yo la recuerdo. Tal vez un poco más ajetreada y brillante, no tan pacífica como era la Tierra. Pero hasta el aire tiene el mismo olor que había

allá.

Hubo un silencio.

—Entonces, ¿usted llegó aquí después que destruyeron la colonia? —preguntó Patterson con voz enronquecida.

—Eso supongo —contestó Unger, encogiéndose de hombros, cansado—. Lo último que recuerdo es la burbuja resquebrajada de la que escapaba el aire, el calor, la escoria. Naves cargadas de palmeados y *abrojos* aterrizaban por todas partes. Vi a muchos hombres morir a mí alrededor hasta que recibí un golpe en la cabeza y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí estaba tirado en la calle. Un hombre metálico y un médico me ayudaron y me

trajeron aquí.

—Ya veo —dijo Patterson, palpando los gastados documentos manchados—. Eso explica la irregularidad.

—¿Acaso no está todo? ¿Falta algo?

—Están todos sus documentos. Cuando lo trajeron aquí llevaba un tubo colgado de la muñeca.

Y ¡Por supuesto! —protestó Unger, el pecho hinchado de orgullo —. Desde los dieciséis años sé lo que debo hacer. Aún después de muerto hay que tener ese tubo, así todos los antecedentes están en orden.

—Los antecedentes están en orden —admito Patterson, con voz pastosa.

Puede volver a su habitación o al parque, donde quiera.

A una señal suya el robot escoltó al viejo hasta el pasillo.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Evelyn Cutter, lenta, monótonamente, dejó escapar una serie de improperios. Aplastó la colilla del cigarrillo con el tacón filoso y empezó a caminar por la oficina.

—¡ Dios mío! ¡ En qué nos hemos metido!

Patterson tomó el intervideo é hizo una llamada al exterior.

—Póngame con el cuartel general de operaciones militares —pidió al monitor superplanetario—. De inmediato.

—¿En la Luna, señor?

—Eso es —afirmó Patterson—, en la base principal de la Luna.

Detrás de la tensa silueta de Evelyn Cutter que seguía desgastando su impaciencia a grandes pasos, un almanaque colgado en la pared indicaba la fecha: 4 de agosto de 2169. Si hubiera nacido en 2154, en ese momento Unger sería un muchachito de quince años. Según lo atestiguaban sus amarillas y resquebrajadas tarjetas manchadas de sudor, en realidad había nacido en esa fecha. Todos sus documentos, conservados a través de las vicisitudes de una guerra que aún no había ocurrido, daban fe de ello.

—Es un veterano, no hay duda —dijo Patterson a V. Stephens —de una guerra que empezará justo dentro de un mes. No me extraña que las máquinas IBM rechazaran su solicitud.

V. Stephens se humedeció los labios verde oscuro.

—La guerra tendrá lugar entre la Tierra y los dos planetas-colonias. ¿Y la Tierra perderá?

Y Unger luchó en esa guerra y vio todo, desde el principió hasta el fin —cuando ocurrió la destrucción total de la Tierra—. Patterson dio unos pasos hacia la ventana y miró hacia afuera—. La Tierra perdió en esa contienda y la raza humana fue aniquilada.

Desde la oficina de V. Stephens,

Patterson podía dominar la vista de la ciudad. Miles de blancos edificios resplandecían bajo el sol de la tarde. Pensó en los once millones de habitantes de la capital que vivían en el centro comercial e industrial, el eje económico del sistema. A su alrededor, un mundo de ciudades, granjas y carreteras: tres billones de seres humanos. Un planeta vigoroso y progresista, el mundo madre del que habían salido los alterados originales, los ambiciosos colonizadores de Venus y Marte. Una serie incesante de naves de carga, repletas de minerales, combustibles y productos agrícolas hacían el trayecto entre la Tierra y las colonias. Para ese entonces los equipos de reconocimiento

se hallaban inspeccionando los Planetas Exteriores y, en nombre del directorado, establecían reclamos en lugares que serían nuevas fuentes de materia prima.

—El vio como todo volaba, convertido en polvo radiactivo —dijo Patterson—. Presenció el ataque final que logró quebrantar todas nuestras defensas y también el desmantelamiento de la base lunar.

—¿Has dicho que algunos altos jefes de la Luna están en camino hacia aquí?

—Les dije lo suficiente para que se pongan en marcha. Por lo general, se requieren semanas para hacer mover a esos tipos.

—Me gustaría ver a ese Unger —

dijo V. Stephens meditativo— ¿Hay alguna manera de que yo pueda...?

—Ya lo has visto; tú ayudaste a reanimarlo la primera vez que lo trajeron, ¿recuerdas?

—¡Oh! —exclamó V. Stephens, suavemente— ¿Aquel viejo sucio? —un breve relámpago cruzó su mirada— ¿De manera que ése es Unger... el veterano de una guerra en la que vamos a luchar?

—La guerra que, según él, ustedes van a ganar y la Tierra va a perder —concluyó Patterson, apartándose de la ventana—. Unger cree que este es un satélite artificial perdido en algún lugar entre Urano y Neptuno. Piensa que esto es una reproducción de una pequeña parte de Nueva York, que se trata de

algunos miles de habitantes y unas cuantas máquinas agrupadas bajo una cúpula de plástico. No tiene noción, siquiera, de lo que ha ocurrido. Creo que, de alguna manera, fue lanzado hacia atrás en el curso del tiempo.

—Supongo que debe haber sido un gran escape de energía, aunado a su imperioso deseo de escapar. Así y todo, se trata de una idea absolutamente fantástica. Tiene una cierta... —V. Stephens vaciló, tratando de encontrar la palabra justa... una cierta aureola mística. Me pregunto* qué demonios estamos presenciando. ¿Una gracia celestial? ¿Un profeta del paraíso?

Se abrió la puerta y V. Rafia entró subrepticiamente en la habitación.

Y ¡Oh! —exclamó al ver a Patterson—, no sabía que...

—Está bien —dijo Patterson haciendo con la cabeza un

gesto afirmativo para animarla a entrar—. ¿Recuerdas a Patterson? Estaba con nosotros en el coche cuando te recogimos.

V. Rafia tenía mucho mejor aspecto que algunas horas antes. En su cara ya no se notaban los rasguños que había recibido; tenía el cabello bien arreglado y vestía una impecable falda y pullover grises. Cuando se acercó a V. Stephens, dominada aún por el nerviosismo y el temor, su piel verdosa relucía atractivamente.

—Me quedaré aquí —anunció a

Patterson, un poco a la defensiva—. Por el momento no puedo salir —agregó, dirigiendo a V. Stehphens una mirada suplicante.

—No tiene ningún familiar en la Tierra —explicó V. Stephens—; vino aquí como bioquímica de segunda clase. Hasta ahora estuvo trabajando en un laboratorio de Westinghouse en las afueras de Chicago. Vino a Nueva York a hacer unas compras. Ese fue su error.

—¿Y por qué no va a la Colonia V en Denver? —preguntó Patterson.

V. Stephens se sonrojó.

—¿Acaso no quieres tener otra palmeada aquí?

Y ¿Qué va a hacer aquí? No somos una fortaleza sitiada. No hay ninguna

razón para que no podamos enviarla a Denver en un cohete rápido para fletes. Nadie se opondrá.

—Hablaremos más tarde —dijo V. Stephens dando muestras de irritación —. En este momento tenemos asuntos más importantes que tratar. ¿Han revisado atentamente los documentos de Unger? ¿Estás seguro de que no son falsificados? Supongo que todo está en orden, pero de todos modos conviene asegurarse.

—Debemos tratar de mantener este asunto en secreto —dijo Patterson, con cierta urgencia, dirigiendo una mirada a V. Rafia—, No debe enterarse nadie de afuera.

—¿Te refieres a mí? —preguntó V.

Rafia, vacilando—.

En ese caso será mejor que me vaya.

—Quédate —dijo V. Stephens, tomándola del brazo con fuerza—. Patterson, no puedes mantener esto en secreto. Es probable que Unger se lo haya dicho ya a cincuenta personas; ya sabes como es: se sienta todo el santo día en el banco del parque y a quien pasa le cuenta su historia.

—¿De qué se trata? —preguntó V. Rafia que empezaba a sentir curiosidad.

—Nada importante —contestó Patterson, previniendo al otro con la mirada para hacerlo callar.

—¿Nada importante? —repitió socarronamente V. Stephens—. Sólo una

pequeña guerra que aún no ha ocurrido; el programa se vende con anticipación —un espasmo agitó su rostro, revelando su excitación y ansiedad interior—. Ahora es el momento de apostar; no te arriesgues, ve a lo seguro, amor mío; después de todo, sólo se trata de un tramo de historia. ¿No es cierto?-se volvió hacia Patterson con una expresión interrogante que exigía confirmación.

—¿Qué puedes decir? Ni tú ni yo podemos detenerla, ¿verdad?

Patterson asintió lentamente con un movimiento de cabeza.

—Creo que tienes razón —concedió, malhumorado.

Súbitamente se volvió, tratando de

sorprender a V. Stephens ligeramente de costado, justo cuando el venusiano trataba de alejarse, V. Stephens reaccionó apuntando al otro con su rayo frío, que había emergido al ser atacado. De Un puntapié Patterson hizo saltar el arma de la mano de V. Stephens. Este perdió pie y Patterson lo mantuvo agazapado en el suelo.

—Cometí un error, John —admitió jadeante—. No debí mostrarte el tubo de identidad de Unger. No debí decirte nada.

—Así es —murmuró V. Stephens, mirando al otro con cierta melancolía—. Pero ahora lo sé y tú también lo sabes.

Ustedes van a perder la guerra. Aunque consigas encerrar a Unger en un

ataúd y enviarlo hasta el fondo de la tierra, ya es tarde. En cuanto salga de aquí, la oficina de "Pro-Color" se enterará de todo.

—La oficina de "Pro-Color" en Nueva York ha sido incendiada.

—Iré a la de Chicago, o a la de Baltimore. Volaré de nuevo a Venus, si es preciso; tengo que propagar la buena nueva. Será una lucha prolongada y dura, pero ganaremos y tú no podrás evitarlo.

—Aún puedo matarte —dijo Patterson.

Su imaginación trabajaba vertiginosamente. Aún no era demasiado tarde. Si pudiera contener a V. Stephens y entregar a Unger a las autoridades

militares...

—Sé lo que estás pensando —dijo, casi sin aliento V. Stephens—. Si la Tierra no entra en guerra, si eres capaz de evitar la lucha, les queda una posibilidad —sus labios verdes se retorcieron en un gesto de amargura—. ¿Crees que te permitiremos evitar la guerra. ¡De ninguna manera! Recuerda, según tu refrán: "El compromiso es actitud de traidores". ¡Ya es demasiado tarde!

—Será demasiado tarde si logras salir de aquí —dijo Patterson y tanteando el escritorio tomó un pisapapeles de acero.

En el momento de arrojarlo sintió, junto a las costillas, la punta del rayo

frío.

—No sé como funciona esto —dijo V. Rafia, con lentitud—; imagino que bastará con apretar el botón.

—Eso es —contestó V. Stephens, aliviado—; pero no lo aprietes aún. Deseo hablarle un poco. Tal vez logre hacerlo entrar en razón.

Libre ya del apretón de Patterson, se sintió aliviado; dio algunos pasos para alejarse de él, mientras se palpaba la herida que tenía en el labio y los dientes rotos del frente.

—Tú lo has querido, Vachel.

—Esto es una locura —contestó Patterson sin quitar la vista del rayo frío que oscilaba en la mano insegura de V. Rafia— ¿Cómo quieres que luchemos en

una guerra sabiendo de antemano que vamos a perder?

—Tendréis que hacerlo porque no os quedará otra alternativa —repuso V. Stephens con un brillo diabólico en los ojos—. Os provocaremos a luchar. Nos lanzaremos al ataque contra vuestras ciudades y tendréis que contraatacar. Es inevitable porque así es la naturaleza humana.

La primera descarga del rayo frío no dio en el blanco. Patterson se hizo a un costado y trató de sujetarla delgada muñeca de la muchacha, pero no lo logró y perdió el equilibrio, cayendo al suelo. El rayo volvió a sisear. V. Rafia retrocedió, con los ojos abiertos de espanto, apuntando el rayo casi a ciegas

sobre el hombre que se incorporaba. Patterson dio un salto con las manos extendidas hacia adelante. Vio el movimiento de los dedos de la chica y la boca del rayo que se oscurecía; sintió un chasquido. Eso fue todo.

Desde la puerta abierta a puntapiés, los soldados de uniforme azul abrieron fuego cruzado sobre V. Rafia. Un aliento gélido estalló en la cara de Patterson. Cayó hacia atrás, con los brazos en alto, envuelto en una onda helada.

El cuerpo esbelto de V. Rafia vibró por un momento mientras la nube de frío absoluto la envolvía con su tétrico resplandor. Se quedó súbitamente inmóvil y rígida, como si el film de su vida se hubiera detenido en el proyector.

El color desapareció de todos sus tejidos. La grotesca imitación de un cuerpo humano aún con vida permaneció silenciosa, un brazo levantado en un gesto inútil de defensa.

Poco después, la columna congelada estalló. Las células expandidas explotaron en millones de partículas cristalinas arrojadas a todos los rincones de la oficina.

Cautelosamente, detrás de los soldados, llegó Francis Gannet con el rostro enrojecido y transpirando.

—¿Usted es Patterson? —preguntó, extendiendo la mano que el médico no estrechó—. Como es de rigor, las autoridades militares me han notificado —explicó— ¿Dónde está ese viejo?

—Cerca de aquí —murmuró Patterson—. Está bajo vigilancia.

Se volvió hacia V. Stephens y, por un instante, sus miradas se cruzaron.

—¿Has visto? Esto es lo que pasa —dijo con voz ronca— ¿Es esto lo que quieres?

—Vamos, señor Patterson —estalló Francis Gannet, con impaciencia—. No tengo tiempo que perder. Según su descripción, se trataba de algo importante.

—Por cierto que sí —contestó V. Stephens con calma, limpiándose un hilo de sangre con un pañuelo—. Vale la pena el viaje desde la Luna; le doy mi palabra. *Sé bien lo que digo.*

Un teniente, sentado a la derecha de

Gannet, contemplaba la escena reflejada en la video-pantalla, mudo de espanto, Sus hermosas facciones rubias reflejaban la sorpresa más absoluta al ver, entre la gris humareda, una enorme nave de guerra que se tambaleaba peligrosamente con uno de 5S reactores destrozados, abatidas las torrecillas de popa y el casco partido en dos por una gran hendidura sinuosa.

—¡Dios santo! —dijo débilmente el teniente Nathan West—. Esa es *Viento Gigante,* la nave más grande que tenemos. Mírenla, está completamente aniquilada; fuera de combate.

—Esa será su nave —dijo Patterson—. Estará bajo su comando en el 87, año en que resultará destruido por

las flotas venusianas y marcianas combinadas. David Unger será uno de los hombres que luchará a su mando. Usted morirá, pero Unger saldrá con vida. Los pocos sobrevivientes de su nave podrán observar desde la Luna cómo la Tierra es deliberadamente destruida por cohetes C enviados desde Venus y Marte.

La pantalla reflejaba todo el estruendo de la lucha: siluetas que saltaban y se escurrían como peces en el fondo de un tanque saturado de tierra. De pronto surgió en el centro un remolino gigantesco, estallido de energía liberada, cuyo latigazo sacudió a las embarcaciones en violentos espasmos de movimiento. Las naves

plateadas de la Tierra parecieron vacilar; poco después rompieron formación. Las negras embarcaciones de Marte aprovecharon para entrar por la brecha y atacaron el flanco de la Tierra simultáneamente con los venusianos que estaban a la espera del momento oportuno. Juntos emprendieron un enorme movimiento de pinza, entre cuyas quijadas apretaran los restos de las naves terrestres hasta triturarlas por completo. Breves resplandores de luces moribundas anunciaban cada baja entre las embarcaciones. A lo lejos, la órbita verde-azulada de la Tierra continuaba sus lentas y majestuosas revoluciones. Pero la superficie mostraba ya pozos profundos y siniestros, cráteres de las

bombas arrojadas por los cohetes C que habían logrado pasar las redes de defensa.

Le Marr desconectó el proyector. La pantalla se apagó.

—Con esa escena termina la serie de imágenes cerebrales. Todo lo que pudimos obtener son fragmentos visuales como éste, breves instantes que dejaron en el soldado una fuerte impresión. No fue posible lograr una sensación de continuidad. La próxima visualización corresponde a un acontecimiento ocurrido años más tarde en uno de los satélites artificiales.

Se encendieron las luces y el grupo de espectadores se puso lentamente de pie. La cara de Gannet tenía un

enfermizo tinte grisáceo.

—Doctor Le Marr, quiero ver otra vez aquella escena. La de la Tierra —dijo, haciendo un gesto de impaciencia —. Sabe a cuál me refiero.

Volvieron a apagarse las luces; la pantalla reflejó otra toma.

Esa vez apareció sólo la Tierra, como una órbita que se encogía en la distancia, vista desde el torpedo de alta velocidad en el que Unger había sido arrojado al espacio. Durante la travesía Unger se había colocado en una posición tal que le permitía contemplar hasta el fin el mundo muerto.

La Tierra era una ruina humeante. Un jadeo involuntario escapó de la garganta de todos los oficiales que

presenciaban el espectáculo. No quedaban rastros de vida. Nada se movía. Sólo nubes de cenizas radioactivas flotando a la deriva sobre la superficie salpicada de cráteres. Lo que fuera un planeta vivo con tres billones de habitantes había quedado convertido en una escoria chamuscada y cenicienta. Sólo se escuchaba el silbido constante del viento que dispersaba montículos de escombros a través de mares desiertos.

—Supongo que terminará por imponerse alguna forma de vida vegetal —dijo Evelyn Cutter ásperamente mientras desaparecían las últimas imágenes de la pantalla y volvían a encenderse las luces.

Un violento temblor le sacudió el cuerpo.

—Tal vez algunas hierbas —susurró Le Marr—. Quizás entre la escoria empiece a asomar alguna maleza seca. Más adelante, es posible que aparezcan algunos insectos y, naturalmente se formará alguna bacteria. Supongo que, con el tiempo, la acción de las bacterias transformará las cenizas en algo aprovechable. Después lloverá por millones de años.

—No nos engañemos —intervino Gannet—; los palmeados y los *abrojos* serán los futuros colonizadores del planeta. Cuando nosotros estemos muertos, ellos poblarán la Tierra.

—¿Se atreverán a dormir en

nuestras camas? —preguntó tímidamente Le Marr— ¿Usarán nuestros baños, las salas y los medios de transporte?

—No los entiendo —dijo Gannet, perdida ya la paciencia— ¿Están seguros de que nadie más, salvo los que estamos aquí, estamos enterados de esto?

—Lo sabe también V. Stephens —contestó Patterson—, pero está encerrado en la sala psiquiátrica. V. Rafia también lo sabia, pero ha muerto.

—¿Podríamos tener una entrevista con él? —preguntó el teniente West acercándose a Patterson.

—Sí. ¿Dónde está Unger? —preguntó Gannet—. Mi personal está ansioso por encontrarse frente a frente

con él.

—Ya conocen los hechos esenciales —contestó Patterson—; saben, además, cómo se desarrollará la guerra y lo que le espera a la Tierra.

—¿Qué está sugiriendo? —preguntó Gannet, receloso.

—Eviten la guerra.

Gannet encogió los hombros macizos que revelaban un cuerpo bien alimentado.

—Después de todo, no está en nuestras manos cambiar la historia. Menos aún tratándose de historia futura. No nos queda otra alternativa más que seguir adelante y luchar.

—Al menos podemos desquitarnos con algunos de ellos —dijo fríamente

Evelyn Cutter.

—¿Qué está diciendo? —tartamudeó Le Marr, dominado por la excitación— ¿Usted, que trabaja en un hospital, habla en esos términos?

Los ojos de la mujer brillaron de resentimiento.

—¿No ha visto, acaso, lo que hicieron con la Tierra? Nos aniquilaron sin piedad.

—Es preciso sobreponerse a esto —protestó Le Marr—, si nos dejamos dominar por el odio y la violencia... —miró a Patterson, en busca de apoyo—. ¿Por qué han encerrado a V. Stephens? es tan loco como ella.

—Es cierto —admitió Patterson —,con la diferencia de que ella está de

nuestra parte y no acostumbramos a encerrar a esta clase de locos.

Le Marr se apartó de él y lo miró fijamente.

—¿Usted también peleará junto a Gannet y sus tropas?

—Deseo evitar la guerra —contestó Patterson con voz monótona.

—¿Creen que sería posible? —preguntó Gannet.

Un brillo de ansiedad asomó brevemente en sus ojos azules, pero fue un breve resplandor.

—Tal vez sea posible. ¿Por qué no? Si Unger está de vuelta, tenemos un nuevo elemento.

—Si es posible cambiar el futuro —dijo Gannet—, quizá podamos elegir

entre varias alternativas. En caso de haber dos futuros posibles, y si cada uno se divide en varias direcciones, puede haber un número infinito de posibilidades —su rostro se transformó en una máscara de granito—. Podemos aprovechar lo que Unger sabe de las batallas —agregó.

—Dejen que yo Te hable —dijo, excitado, el teniente West—; tal vez logremos obtener una idea clara de la estrategia militar de los palmeados. Es posible que haya repasado en su mente mil veces esas, batallas.

—Pero él podrá reconocerlo-dijo Gannet—; después de todo ha peleado bajo su comando.

—No lo creo —dijo Patterson, que

había estado pensativo. Dirigiéndose? a West agregó—: Usted es mucho mayor que David Unger.

West parpadeó.

—¿Qué quiere decir? El es un viejo achacoso y yo no llego a los treinta años.

—David Unger tiene quince años —contestó Patterson—; en este momento usted casi lo dobla en edad. Después de todo, es un oficial asignado al personal de Luna con poder de decisión, mientras que Unger no está siquiera en el servicio militar. Cuando estalle la guerra él se presentará como voluntario, como soldado raso, sin experiencia y sin entrenamiento.' Cuando usted sea un anciano al comando del *Viento Gigante*

David Unger será un hombre de edad mediana, un cualquiera a cargo de una de las torrecillas de cañones, y usted no sabrá siquiera su nombre.

—Entonces, ¿Unger ya vive? —preguntó Gannet perplejo.

—Unger está por ahí, esperando entrar en escena — dijo Patterson.

Trató de archivar esa idea en algún lugar de la memoria, para uso futuro. Podría serle útil.

—No creo que él reconozca a West —continuó—. Tal vez nunca lo ha visto siquiera; después de todo, *Viento Gigante* es una nave muy grande.

West consintió de inmediato.

—Gannet, hágame instalar un equipo de micrófonos, así el comando

tendrá las audio y video imágenes de lo que Unger diga.

Era una hermosa mañana de sol. David Unger, malhumorado miraba estúpidamente pasar a la gente desde el banco de la plaza, el bastón de aluminio apretado entre los dedos retorcidos.

A su derecha, un robot jardinero trabajaba sin descanso el mismo sector sembrado de césped, sin apartar los ojos — lentes metálicos de la silueta encorvada y disminuida del viejo. A ambos lados del sendero, varios hombres que aparentemente no hacían nada, enviaban distintos comentarios a varios monitores instalados en el parque y mantenían abierto el sistema-de

redifusión. Una joven, con el busto descubierto, hizo una leve señal a dos soldados que caminaban tranquilamente por el parque, sin perder de vista a David Unger.

En el parque había esa mañana por lo menos cien personas, elementos integrados de la pantalla que rodeaba al anciano resentido mientras dormitaba^

Patterson había estacionado el coche al borde del prado cubierto de césped y algunos árboles.

—Bien —dijo—, recuerden que no deben excitarlo. La primera vez V. Stephens logró revivirlo, pero si llegara a su— cederle algo a su corazón, no le tañemos a él para volverlo a reanimar.

El joven teniente rubio hizo un

gesto afirmativo y, arreglándose la impecable túnica azul, bajó a la acera. Se echó el casco hacia atrás y avanzó ágilmente por el sendero cubierto de guijarros hacia el centro del parque. Al verlo acercarse, las siluetas en actitud de descanso se movieron imperceptiblemente. Una por una buscaron posiciones en diversos lugares, ya fuera en el césped, en los bancos o en diversos puntos alrededor de la piscina.

El teniente West se detuvo ante una fuente y permitió que el robot-cerebro del agua le refrescara la boca con su chorro helado. Siguió caminando lentamente; se detuvo después por un momento, los brazos al costado del

cuerpo, mirando distraídamente a una joven que se desvistió y se tendió lánguidamente sobre una manta multicolor mientras dejaba escapar un suspiro de alivio, con los ojos cerrados, la boca levemente entreabierta en un gesto de abandono.

—Espere a que él inicie la conversación —susurró la joven al teniente que se había detenido a pocos pasos de ella—. No sea el primero en dirigirle la palabra.

El teniente West siguió observando algunos minutos y después continuó su camino por el sendero. Un hombre corpulento que pasó a su lado le murmuró, casi al oído:

—No se apresure; lentamente,

como alguien que no tiene prisa.

—Debe dar la impresión de tener todo el día por delante —carraspeó una enfermera que pasó empujando un cochecito de bebé.

El teniente West caminó tan lentamente que apenas avanzaba. Pateó, distraído algunos guijarros arrojándolos entre los arbustos mojados. Con las manos metidas en los bolsillos vagabundeó hasta la fuente del centro y permaneció varios minutos mirando fijamente el fondo del agua. Encendió un cigarrillo; después compró un helado a un robot— vendedor ambulante.

—Deje que el helado le chorree un poco por la túnica, como por descuido —dijo el altavoz del robot en un susurro

—; maldiga en voz alta y trate de limpiar la mancha.

El teniente West permitió que el calor del sol ablandara el helado. La crema derretida le chorreó primero por la mano, la muñeca y cayó finalmente sobre su almidonada túnica azul. Hizo un gesto de fastidio y sacó un pañuelo para humedecerlo en la fuente y empezó a limpiar con gestos torpes la mancha de helado.

El viejo de la cicatriz, apretando el bastón de aluminio, miraba con su único ojo mientras se le escapaba un chasquido de satisfacción.

Y ¡Cuidado! —dijo—. Mire lo que hace.

El teniente West levantó la vista,

fastidiado.

—Sigue chorreando —chilló el viejo y se reclinó en el asiento, divertido, la boca desdentada floja de placer.

El teniente West sonrió benévolamente.

—Así parece —admitió.

Arrojó el helado a medio comer en una ranura para desperdicios y terminó de limpiarse la túnica.

Y ¡Qué calor insoportable! —observó, acercándose descuidadamente.

—Sí, saben hacer las cosas —admitió Unger moviendo su cabeza como un pichón. Estiró el cuello para ver mejor la insignia que el joven soldado llevaba en los hombros.

—¿Tripulante de cohetes? —preguntó.

—Demolición —contestó el teniente West.

Esa mañana su insignia había sido reemplazada por una del BA-3.

El anciano tembló. Fijó aún más la vista en su interlocutor y escupió con entusiasmo entre los arbustos cercanos.

—¿De veras? —preguntó, levantándose a medias, excitado y temeroso a la vez, mientras el teniente daba algunos pasos para alejarse— ¿Sabe una cosa? Yo estuve en el BA-3 hace muchos años —y haciendo un esfuerzo para hablar con naturalidad y calma agregó—. Mucho antes de tu época, muchacho.

La cara querúbica del teniente West expresó sorpresa e incredulidad.

—¡Vamos, no bromee! Sólo quedan dos sobrevivientes del viejo grupo.

—Estuve, te aseguro que estuve —carraspeó Unger mientras tanteaba tembloroso en el bolsillo de la chaqueta —. Mira, no te vayas, que quiero mostrarte una cosa —dijo, y con admiración y reverencia sostuvo entre los dedos el Disco de Cristal— ¿Lo ves? ¿Sabes qué es esto?

El teniente West contempló la medalla largamente. La emoción que expresó no era fingida.

—¿Puedo verla? —se atrevió a preguntar al fin.

Unger vaciló.

—Naturalmente. Tómala —dijo.

El teniente West tomó la medalla y la tuvo en sus manos un buen rato, como calculando su peso, sintiendo la fría superficie en su piel suave.

—¿Se le dieron en el 87?

—Eso es —contestó Unger— ¿Tú lo recuerdas? —y guardando la medalla en el bolsillo agregó—: No puede ser, entonces tú ni siquiera habías nacido. Lo habrás oído mencionar, ¿no es cierto?

—Sí —respondió West—, escuché la historia varias veces.

—¿Y no la has olvidado? Casi todo el mundo olvidó lo que hicimos entonces.,.

—Creo que ese día nos dieron una buena tunda —dijo West, sentándose

lentamente en el banco, junto al viejo—. Fue un mal día para la Tierra.

—Perdimos —confirmó Unger—. Nos salvamos unos pocos. Yo fui a Luna y pude ver como la Tierra desaparecía poco a poco hasta no quedar nada. Se me partió el corazón. Lloré tanto que quedé medio muerto. Todos llorábamos: soldados, trabajadores, nos sentíamos impotentes. Después nos mandaron los cohetes.

El teniente humedeció con la lengua sus labios resecos.

—¿El comandante no salió con vida, verdad?

—Nathan West murió en su puesto, en la nave —dijo Unger—. Era el mejor comandante de la flota. Por algo le

confiaron el *Viento Gigante* —sus viejos rasgos marchitos parecían borrarse cuando él se concentraba en el recuerdo—. No volverá a haber otro Nathan West. Lo vi una vez; era un hombre grande, de rostro severo y hombros anchos. Un verdadero gigante. Ese viejo bien valía lo que pesaba. Ningún otro hubiera hecho mejor papel en su lugar.

West vaciló.

—¿No cree que si otro hubiese estado a cargo del comando...?

—¡No! —replicó Unger sin vacilar, encogiéndose ante semejante idea—. Nadie hubiera actuado mejor que él. Oh... sí, escuché algunos comentarios de esos estrategas que se pasan la vida con

el trasero aplastado ante un escritorio. Pero de sobra sé que no tenía razón. Nadie podía haber ganado esa batalla; no teníamos la más leve posibilidad. Por cada uno de los nuestros había cinco de ellos. Tenían dos flotas enormes; con una nos atacaron por el centro, mientras la otra nos esperaba para triturarnos y devoramos después.

—Ya veo —dijo West, con voz espesa.

Vaciló, atemorizado de descubrir la verdad, y continuó preguntando mientras trataba de dominar su torbellino interior.

—¿Y qué diablos decían esos tipos sentados cómodamente en los sillones? Nunca presto atención a la oficialidad —hizo un esfuerzo por sonreír pero su

cara no le obedeció—. Sé bien que andan diciendo que pudimos haber ganado la batalla y salvado a *Viento Gigante,* pero yo...

—Mira esto —dijo Unger con firmeza, mientras el ojo le brillaba en la concavidad de la fosa.

Empuñó con violencia el bastón y trazó con la punta unas zanjas profundas en los guijarros que había a sus pies.

—Esta línea representa a nuestra flota. ¿Recuerdas cómo la distribuyó West? Ese día la formación fue una obra maestra de la estrategia. Sólo un genio pudo haberla imaginado. Pudimos contenerlos por doce horas, hasta que nos reventaron. Nadie soñó que seríamos capaces de lograr siquiera eso.

Blandiendo con furia el bastón, Unger trazó otra línea.

—Esta es la flota de los *abrojos*.

—Ya veo —dijo West.

Se inclinó convenientemente para que el lente pectoral pudiera transmitir al centro de registro el video de los trazos en los guijarros, a través de la unidad móvil que describía lentos círculos en lo alto para transmitir las señales al cuartel general en la Luna.

—¿Y la flota de palmeados?

Unger miró a West con un dejo de remordimiento.

—No te molesto, ¿verdad? —preguntó—. Ya sabes cómo somos los viejos; nos gusta hablar. A veces me parece que molesto a la gente, les hago

perder tiempo.

—Al contrario, continúe —dijo West con sinceridad—. Siga dibujando; me gusta mirar.

Evelyn Cutter se paseaba impaciente por su departamento tenuemente iluminado. Tenía los brazos cruzados, la boca apretada en un gesto de ira.

—No te entiendo —dijo, dejando caer las pesadas cortinas—, Hace un rato estabas dispuesto a matar a V. Stephens y ahora no te animas siquiera a bloquear a Le Marr. Bien sabes que Le Marr no asimila la gravedad de la situación. No le gusta Gannet y sigue empeñado en esa cháchara sobre la

comunidad interplanetaria de científicos, nuestro deber hacia la humanidad y todas esas historias. ¿No te das cuenta

de que si V. Stephens tuviera a su merced a Gannet...?

—Tal vez Le Marr está en lo cierto —dijo Patterson—. A mí tampoco me gusta Gannet.

—Terminarán por destruirnos —estalló Evelyn—. No podemos iniciar una guerra contra ellos, sin posibilidad de ganar —se detuvo ante él, con los ojos chispeantes—. Pero ellos aún no lo saben, esa es nuestra ventaja y deberíamos neutralizar a Le Marr, al menos por el momento. Cada minuto que continúe en libertad, nuestro mundo corre peligro. Tres billones de vidas

dependen de que logremos mantener el secreto.

Patterson seguía cavilando sobre la situación.

—Imagino que Gannet te habrá informado sobre la exploración inicial que West realizó hoy.

—Hasta ahora, ningún resultado. El viejo conoce de memoria cada una de las batallas, hasta el último detalle, y no hay lugar a dudas, hemos perdido en todas —dijo, frotándose la frente cansada—. Es decir, *vamos a perder* en todas.

Ella distraída recogió las tazas de café.

—¿Quieres más café?

Absorto en sus propios

pensamientos, Patterson ni siquiera la escuchó. Se acercó a la ventana y se quedó mirando hacia afuera hasta que la mujer volvió con dos tazas de café humeante y aromático.

—Tú no viste cómo Gannet mató a esa chica —dijo Patterson.

—¿Qué chica? —¿Esa palmeada? —preguntó Evelyn mientras agregaba leche y azúcar al café—. Estaba decidida a matarte. V. Stephens, por su parte, no iba a tardar en dar aviso a la oficina de "Pro-Color" para empezar la guerra. De todos modos, ésa es la chica que habíamos salvado —concluyó con tono impaciente.

—Eso es lo que me preocupa, justamente —contestó Patterson.

Tomó la taza automáticamente y sorbió el café sin saborearlo.

—¿De qué valió arrancársela a la multitud? Mira lo que ha hecho Gannet, y nosotros somos empleados de Gannet.

—¿Y de ahí?

—Conoces bien su juego sucio.

Evelyn se encogió de hombros.

—Debemos ser prácticos. No tengo ningún interés en que destruyan la Tierra. Gannet piensa lo mismo y quiere evitar la guerra.

—Hace pocos días, cuando esperaba ganar, estaba dispuesto a declarar la guerra.

Evelyn rió ásperamente.

—Es natural —dijo— ¿Quién va a querer entrar en una guerra que sabe que

va a perder? Es irracional.

—Ahora, en cambio, Gannet tratará de evitar la guerra —observó Patterson lentamente—. Dará independencia a los planetas-colonias; reconocerá a "Pro-Color", después destruirá a David Unger y a todo el que esté enterado y ganará la gloria de posar como un pacifista benévolo.

—Por supuesto. Ya está haciendo planes para realizar un dramático viaje a Venus. Tendrá una conferencia de último momento con los funcionarios de "Pro-Color" para evitar la guerra. Presionará al directorado para que deponga su actitud y permita la separación de Marte y Venus. Se convertirá en el ídolo de todo el sistema. Y pregunto yo, ¿no es

preferible eso a que toda la raza sea aniquilada?

Y ¡Qué ironía! —dijo Patterson, curvando los labios—. La gran maquinaria se da vuelta y gruñe contra la guerra. La paz y la convivencia reemplaza al odio y a la destructiva violencia.

Sentada en el brazo de un sillón, Evelyn Cutter trató de hacer un rápido cálculo.

Y ¿A qué edad entró David Unger en el servicio militar?

—A los quince o dieciséis.

—Cuando un aspirante se enrola le dan una tarjeta de identidad, ¿no es cierto?

—Así es. ¿Por qué?

—Quizá me equivoque, pero, según mis cálculos, Unger tendría que aparecer pronto a solicitar su número —dijo, levantando la vista—. Ese número tiene que salir un día de estos; depende del ritmo con que se enlisten los soldados.

Patterson mostró una expresión de asombro.

—Unger vive... es un chico de quince años. Hay dos Unger que viven simultáneamente: el joven aspirante a soldado y el viejo senil, veterano de guerra.

Y ¡Fantástico! —¿Qué sucedería si llegaran a encontrarse? Saldrían a relucir todas las diferencias que hay entre los dos.

Patterson imaginó a un joven de

quince años, con la mirada brillante, ansioso por ir a luchar, imbuido del idealismo de su edad y dispuesto a ofrecer su brazo para aniquilar a *abrojos* y palmeados. Quizás, en ese mismo momento Unger se dirigía inexorablemente a la oficina de reclutamiento mientras que, por otra parte, el viejo semi-ciego, con sus ochenta y nueve años a cuestas, se arrastraba con paso vacilante desde la habitación del hospital hasta el banco de la plaza, apretando su bastón de aluminio, murmurando con voz ronca y patética su trágica historia al que acertara a pasar.

—Hay que estar alerta — dijo Patterson—. Conviene que alguien del

ejército te avise cuando salga el número de Unger y se presente a reclamarlo.

Evelyn asintió.

—Creo que es una buena idea. Tal vez deberíamos pedir al departamento de censos que lo averigüe. Quizá podamos localizar...

Se interrumpió en medio de la frase. La puerta del departamento se abrió silenciosamente y Edwin Le Marr apareció en el vano, la mano apoyada en el pomo, los ojos enrojecidos parpadeando en la penumbra. Entró en la habitación respirando con dificultad.

—Vachel, necesito hablarte.

—¿Qué pasa? —preguntó Patterson — ¿Qué sucede?

Le Marr dirigió a Evelyn una

mirada de odio.

—Lo ha descubierto. En cuanto pueda hacerlo analizar y logre grabarlo en cinta...

—¿Gannet? —preguntó Patteron sintiendo en la columna vertebral una puñalada de frío—. ¿Qué descubrió?

—El momento crítico. El viejo balbuceó algunos datos sobre un convoy de cinco naves con combustibles para la flota de los *abrojos*. Se acerca sin escolta a la línea de batalla. Según Unger nuestros vigías no notarán su presencia —la respiración de Le Marr era un áspero ronquido—. Dice que de haberlo sabido con anticipación... podríamos destruirla —concluyó, con un esfuerzo violento.

—Ya veo qué busca —dijo Patterson Lograr, mediante un golpe, que todo se vuelque en favor de la Tierra.

—Si West es capaz de deducir el derrotero del convoy —dijo Le Marr—, la Tierra ganará la guerra. En cuanto posea esa información Gannet empezará la lucha.

En la sala psiquiátrica, V. Stephens estaba sentado en cuclillas sobre la tarima que hacía de banco, cama, mesa y silla a la vez. Un cigarrillo se balanceaba entre sus labios verdes oscuros. La habitación era un pequeño cubículo, espartano y desnudo. Las paredes brillaban con un resplandor mate. De tanto en tanto, V. Stephens miraba su reloj pulsera, después

concentraba la atención en un objeto que subía y bajaba por los bordes de la cerradura de entrada.

El objeto se movía lentamente. Hacía veintinueve horas que el prisionero exploraba la cerradura; en ese lapso había conseguido determinar dónde estaban los cables de energía que mantenían la pesada plancha en su lugar, y había localizado, además, las terminales donde las entradas se unían al aro magnético de la puerta. Hacía una hora el objeto había logrado abrirse camino por la superficie hasta llegar a unos dos centímetros de las terminales. El objeto encargado de la exploración era la mano de cirujano de V. Stephens, un robot de alta precisión que, por regla

general, estaba unido a su muñeca derecha.

En ese momento no estaba en el lugar de costumbre. La había separado enviándola por la superficie del cubo para encontrar un modo de salir. Los dedos metálicos se adherían precariamente a la lisa superficie mate, mientras el pulgar cortante se abría paso con esfuerzo. Después de esto no sería de mucha utilidad en la mesa de operaciones, pero V. Stephens podría adquirir otra sin mayores dificultades; en Venus estaban en venta en todas las casas de instrumentos médicos.

El índice de la mano de cirugía llegó al ánodo terminal y se detuvo, vacilante. Los otros cuatro dedos,

levantados, comenzaron a moverse como las antenas de un insecto. Uno por uno lograron insertarse en la hendidura tratando de encontrar el cable del cátodo más próximo.

Súbitamente se produjo un fogonazo enceguecedor, se levantó una nube blanca de humo y luego hubo un estallido sordo. La cerradura parecía intacta; en cambio la mano, cumplida su tarea, había caído al suelo. V. Stephens apagó el cigarrillo y, con toda parsimonia, cruzó el cubículo para levantar la mano de cirugía.

Volvió a colocar la mano en su lugar para que formara nuevamente parte de su sistema neuromuscular y tomó, con mucha cautela, el perímetro de la

cerradura; esperó un momento y tiró hacia adentro: la cerradura cedió sin ofrecer resistencia y él se encontró en un corredor desierto. No escuchó ningún ruido ni vio movimiento alguno. Tampoco había guardianes. Aparentemente, no había sistema de control para los pacientes psíquicos. V. Stephens dio dos o tres zancadas, dobló una esquina y se encontró en medio de varios corredores conectados entre sí.

Llegó después a una amplia ventana panorámica desde donde podía dominarse la calle, los edificios vecinos y los terrenos del hospital.

Juntó el reloj pulsera, el encendedor, la pluma estilográfica, sus llaves y algunas monedas. Con todo ello,

su ágil mano de carne y acero formó rápidamente un intrincado manojo de chapa y resortes. Desconectó el pulgar cortante y colocó, en su lugar, un elemento de calor. Con rápidos movimientos consiguió fundir el manojo metálico en la parte inferior del antepecho de la ventana, dejándolo así en un lugar invisible desde el corredor y demasiado alejado del suelo para que lo notaran.

Estaba por regresar por el corredor cuando un ruido lo hizo detenerse. Oyó algunas voces; eran un guardia del hospital y una persona. Alguien que le era familiar.

Corrió hacia la sala psiquiátrica y volvió a entrar en el cubículo que había

estado ocupando. La cerradura magnética a duras penas cupo en su lugar original; el calor generado por el corto-circuito había hecho saltar las grampas.

Logró cerrarla justo al oír unos pasos que se detenían afuera. El campo magnético de la cerradura estaba desconectado, pero naturalmente el visitante lo ignoraba. V. Stephens escuchaba, divertido, mientras el visitante trataba de cancelar el inexistente campo magnético y abría la puerta de un empellón.

—Entre —dijo V. Stephens.

Entró el doctor Le Marr con un portafolio en una mano y en la otra un rayo frío.

—Acompáñeme. Todo está arreglado: dinero, falsos documentos de identificación, pasaporte, los pasajes y el permiso de salida. Viajará como agente comercial palmeado. Cuando Ganner descubra todo ya habrá podido pasar el monitor militar y estará fuera de la jurisdicción de la Tierra.

V. Stephens escuchaba atónito.

—Pero... —balbuceó.

—Dese prisa —ordenó Le Marr, señalando el corredor con el rayo frío —. Como miembro del personal del hospital tengo autoridad sobre los prisioneros psicóticos. Técnicamente usted figura entre los enfermos mentales. Para mí no está más loco que el resto. Tal vez menos que muchos; por eso

estoy aquí.

V. Stephens lo miró, sospechoso.

Y ¿Estás seguro de que sabe lo que hace? —preguntó.

Caminó tras Le Marr por el corredor y pasó ante un guardia de expresión vacía hasta llegar al ascensor.

—Si lo descubren lo aniquilarán por traidor. Ese guardia acaba de verlo. ¿Qué hará para mantener esto en secreto? —preguntó V. Stephens.

—No espero mantenerlo en secreto mucho tiempo —dijo Le Marr—. Como sabrá, Gannet está aquí, con su personal, trabajando con el viejo.

—¿Por qué me dice todo esto? —preguntó V. Stephens.

Ambos se dirigieron por la rampa

descendente hasta la cochera subterránea. Un ayudante puso un coche en marcha y los dos entraron al vehículo. Le Marr conducía.

—Usted sabe la verdadera razón de que me enviaran a la sala psicótico.

—Tome esto —dijo Le Marr— arrojando el rayo frío a V. Stephens, y siguió conduciendo por el túnel hasta salir a la superficie e incorporarse al tránsito en un claro mediodía en la ciudad de Nueva York.

—Usted intentaba ponerse en contacto con "Pro-Color" para informarles que la Tierra perdería la guerra con toda seguridad.

A fin de evitar el tránsito pesado sacó el coche hacia una calle lateral

para dirigirse al campo espacial interplanetario.

—Aconséjeles que dejen de buscar el compromiso y que den el golpe de inmediato. Guerra declarada, es lo que conviene a su gente. ¿Entiende?

—Entiendo —dijo V. Stephens—; después de todo, si estamos seguros de ganar...

No están seguros.

Oh... —dijo V. Stephens levantando una ceja verde. Creí que Unger era veterano de una derrota total.

—Gannet cambiará el curso de la guerra. Ha encontrado un punto crítico. En cuanto reciba la información precisa hará presión sobre el directorado para que lance un ataque contra Venus y

Marte. La guerra es inevitable. Ya es demasiado tarde.

Al llegar al límite del campo interplanetario Le Marr frenó el coche.

—Ya que habrá guerra, al menos que nadie sea atacado por sorpresa. Usted podrá avisar a su organización colonial que nuestra flota de guerra está en camino. Dígales que se preparen; dígales...

La voz de Le Marr se perdió en un susurro. Como un juguete al que se le ha terminado la cuerda, su cuerpo se encogió en el asiento, se deslizó hacia adelante y quedó con la cabeza apoyada en el volante. Los anteojos le resbalaron por la nariz y fueron a parar al suelo. Después de un momento, V. Stephens se

los volvió a colocar.

—Lo siento —dijo, suavemente—. Tenía muy buenas intenciones pero iba a embarullarlo todo.

Examinó rápidamente la superficie craneana de Le Marr. Los efectos del rayo frío no habían alcanzado el tejido cerebral. Dentro de algunas horas Le Marr volvería en sí sin más efectos posteriores que un fuerte dolor de cabeza. V. Stephens tomó el portafolio, guardó en el bolsillo el rayo frío y retiró del lugar del conductor el cuerpo exangüe de Le Marr. Poco después volvió a poner en marcha el motor e hizo retroceder el coche.

Mientras volvía a toda marcha al hospital, miró el reloj. No era

demasiado tarde. Inclinándose hacia adelante dejó caer una moneda de veinticinco en el videofono que había en el tablero de instrumentos. Tras el proceso mecánico del dial apareció a la vista la recepcionista de la oficina de "Pro-Color".

—Habla V. Stephens —dijo—. Algo salió mal. Me sacaron del edificio del hospital. Ahora estoy regresando hacia allí. Creo que llegaré a tiempo.

—¿La masa del vibrador está armada?

—Sí, está armada, pero no la tengo conmigo. La fundí polarizándola con el flujo magnético. Estará lista para estallar si puedo alcanzarla a tiempo.

—De este lado hay un impedimento

—dijo la chica de piel verde— ¿Es un circuito cerrado?

—Es abierto —admitió V. Stephens —, pero público. No es fácil que le hayan colocado algún micrófono — mientras hablaba controló el medidor de energía del sello de garantía adherido a la unidad—. No indica pérdida. Continúe.

—La nave no podrá recogerlo en la ciudad.

Y ¡Diablos! —exclamó V. Stephens.

—Tendrá que salir de Nueva York por sus propios medios; no podemos ayudarlo. El populacho destruyó nuestras instalaciones portuarias en Nueva York. Tendrá que dirigirse a

Denver en coche de superficie. Ese es el lugar más cercano donde pueden aterrizar nuestras naves. Es el ultimó lugar protegido que nos queda en la Tierra.

V. Stephens gruñó.

—Siempre la misma mala suerte —dijo V. Stephens— ¿Sabe qué sucederá si me apresan?

La chica sonrió débilmente.

—Para los terráqueos, todos los palmeados tienen el mismo aspecto. De todas maneras terminarán por colgamos a todos, sin discriminación. Todos coreemos el mismo peligro. Le deseo suerte. Estaremos esperándolo.

Furioso, V. Stephens cerró el circuito y aminoró la velocidad. Dejó el

coche en una playa pública sobre una callejuela miserable y caminó rápidamente. Se hallaba en el límite del espacio verde del parque; más allá se veía el edificio del hospital. Cogiendo con determinación el portafolio corrió hacia la puerta principal.

David Unger se secó la boca con la manga y se recostó débilmente en la silla.

—No lo sé —repitió con voz seca y apagada—. Ya les dije que no recuerdo nada más. Sucedió hace mucho tiempo.

A una señal de Gannet los oficiales se apartaron del viejo.

—Está a punto de suceder —dijo,

hastiado, secándose el sudor de la frente —. Es un proceso lento, pero seguro. Necesitaríamos otra media hora para lograr lo que buscamos.

Toda una sección de la sala de terapia había sido convertida en una mesa de mapas militares. Varios contadores distribuidos por el suelo representaban distintas unidades de las flotas de los palmeados y los *abrojos*. Algunas fichas blancas fosforescentes representaban las naves de la Tierra alineadas contra las otras y formando un apretado anillo en torno al tercer planeta.

—Es en algún lugar cerca de aquí —dijo el teniente West a Patterson indicando una sección del mapa.

Tenía los ojos enrojecidos, la mandíbula cubierta de barba y no podía dominar el temblor de sus manos, causado por la tensión y la fatiga. _

—Unger recuerda haber oído a algunos oficiales mencionar este convoy. Según parece despegó de una base de aprovisionamiento en Ganimedes. Desapareció siguiendo un curso deliberadamente complicado —su mano señaló todo el área con un gesto amplio —. En ese momento, nadie en la Tierra prestó atención al hecho. Más tarde se dieron cuenta de lo que habían perdido. Un experto militar trazó el curso del convoy restropectivamente; lo grabaron en cinta y lo pasaron a los demás. Varios oficiales se reunieron para analizar el

incidente. Unger *cree* que la ruta del convoy lo llevó hacia Europa. Pero tal vez fuera Calixto.

—Eso no basta —replicó Gannet —. Hasta ahora no tenemos sobre esa ruta más datos que los tácticos de la Tierra en esa época. Necesitamos un conocimiento preciso, algún material que se haya difundido con posterioridad al acontecimiento.

David Unger recibió torpemente el vaso de agua.

—Gracias —murmuró, reconocido, al joven oficial que se lo había traído—. Desearía con toda el alma poder ayudarlos más, muchachos —dijo, con tono lastimero—. Estoy tratando de recordar, pero no puedo pensar con

claridad, como antes —su cara marchita reflejó un esfuerzo inútil por concentrarse—, ¿Saben una cosa? Me parece que ese convoy fue detenido cerca de Marte por alguna ebullición meteórica.

Gannet se adelantó.

—Continúe, continúe.

Unger le suplicó en tono patético.

—Créame, señor, estoy haciendo lo posible por ayudarlo. Todos los que escriben algún libro sobre la guerra buscan datos en otros libros —el rostro desgastado demostró cierta gratitud—. Espero que en algún lugar del libro mencione mi nombre.

De manera que a eso habían llegado. Disgustado, Patterson se volvió

para disimular su enojo. Gannet se había hecho pasar por un historiador militar que se preparaba a escribir un libro sobre la guerra perdida e indagaba en los

recuerdos del viejo Unger para utilizarlos en su "tratado",

—Por supuesto —dijo Gannet, fingiendo entusiasmo—; su nombre aparecerá en primera página; es posible que pongamos una fotografía suya.

—Sé muy bien que pasó en la guerra —rezongó Unger—. Tengan un poco de paciencia y recordaré todos los detalles. *Sólo les pido un poco más de tiempo.* Crean que estoy haciendo lo posible.

El aspecto del viejo mostraba que

se estaba deteriorando rápidamente. Su rostro arrugado tenía un enfermizo color grisáceo. La carne, cual masilla seca, se pegaba a los huesos quebradizos y amarillentos. Al respirar le salía un ronquido por la garganta. Todos los presentes presintieron que Unger no tardaría en morir.

—Si estira la pata antes de recordar todo —dijo Gannet en voz queda—, el teniente West y yo...

—¿Qué están diciendo? —preguntó Unger bruscamente—. No puedo oír— bien —su ojo sano se abrió súbitamente dejando entrever una mirada alerta y sagaz.

—Trate de recordar lo que falta —dijo Gannet astutamente, y con un

movimiento de cabeza agregó—: Acérquenlo al mapa para que vea la distribución de las fuerzas. Tal vez eso le ayude a recordar.

Ayudaron al viejo a ponerse en pie y lo llevaron empujándolo hacia la mesa. La silueta incierta y los ojos apagados se perdían entre los técnicos y expertos militares.

—No tiene para mucho —les previno Patterson secamente—. Si no le permiten descansar el corazón va a fallarle.

—Necesitamos esa información —replicó Gannet mirando fijamente a Patterson—. ¿Dónde está el otro médico? Creo que se llama Le Marr.

Patterson hecho una mirada en

torno a la habitación.

—No lo veo —contestó—; quizá no aguantó esto.

—Le Marr no vino —dijo Gannet, con tono indiferente—. Quizá debamos enviar a alguien a buscarlo.

Señaló a Evelyn Cutter que acababa de llegar, con los ojos desorbitados y respirando agitadamente.

—Ella sugiere...

—Nada importa ya —dijo Evelyn fríamente mientras, dirigía a Patterson una rápida mirada—. Nada tengo que ver con usted o con su guerra.

Gannet se encogió de hombros.

—De cualquier manera ordenaré una búsqueda de rutina; sólo para estar seguros.

Se hizo a un lado, dejando solos a Patterson y a Evelyn.

—Escúchame —dijo Evelyn secamente, acercando sus labios resecos al oído del otro—, salió el número de Unger.

Los dos se miraron.

—¿Cuándo te le notificaron? —preguntó Patterson.

—Cuando venía hacia aquí. Hice lo que me dijiste; acordé con un empleado del ejército.

—¿Cuánto hace? —preguntó Patterson.

—Ahora mismo —afirmó Evelyn, temblándole la voz—. Vachel, *está aquí*.

Transcurrió un momento antes de que Patterson entendiera el significado

de esas palabras.

—¿Quieres decir que lo enviaron hacia aquí? ¿Hacia el hospital?

—Eso fue lo que les dije. Les pedí que cuando se presentara como voluntario, cuando su nombre saliera arriba...

Tomándola con fuerza del brazo Patterson la sacó rápidamente de la sala de terapia hacia la luz brillante del sol. La hizo subir de un empujón a una rampa ascendente y se colocó inmediatamente detrás de ella.

—¿Dónde lo tienen?

—En la sala de recepción pública. Le han dicho que se trataba de un examen físico de rutina; que debían hacerle cierta prueba de poca

importancia —explicó Evelyn, aterrorizada— ¿Qué vamos a hacer? ¿Crees que nosotros *podemos* hacer algo?

—Gannet piensa que sí.

—Supongamos que logramos detenerlo. Tal vez nos sea posible desviarlo —dijo, meneando la cabeza, aturdida— ¿Qué sucedería entonces? ¿Cuál sería el futuro si pudiéramos detenerlo aquí? Quizá podrías encontrar la manera de que no lo admitan en el servicio militar; después de todo eres médico. Un pequeño tilde rojo en su libreta sanitaria bastaría —en ese momento empezó a reír incontrolablemente— ¡Cuántas veces veo esas marcas! Un pequeño tilde rojo

y adiós, David Unger. Gannet no tendrá oportunidad de verlo y, en consecuencia, no llegará a saber que la Tierra no puede ganar. Es así como la Tierra gana y a V. Stephens no lo encierran en la sala psiquiátrica y a esa muchacha...

La mano abierta de Patterson se descargó con fuerza contra el rostro de la mujer.

Y ¡Calla ya y contrólate! No tenemos tiempo para esto.

El cuerpo de Evelyn fue sacudido por un temblor. El la tomó con firmeza y la mantuvo apretada por un momento hasta que la mujer levantó la cabeza. Una mancha roja le atravesaba la cara.

—Lo siento —murmuró Evelyn—. Gracias. Ya estoy bien.

El ascensor llegó al primer piso, se abrió la puerta y Patterson la hizo salir al vestíbulo.

Y ¿Tú lo has visto?

—No. Cuando me dijeron que había salido el número y que él estaba en camino...-con el aliento entrecortado, Evelyn daba grandes pasos en pos de Patterson—, vine en cuanto pude. Quizá sea demasiado tarde. Pudo haberse cansado de esperar y se fue. Después de todo, es un chico de quince años. Está ansioso por ir al frente. ¡Quizá ya se fue!

—¿Ocupado? —preguntó Pattetson deteniendo a un robot sirviente»,

—No, señor —contestó el robot.

Patterson le dio.el número de identificación de David Unger.

—Busque a este hombre en el salón principal de recepción. Envíelo hasta aquí y después cierre este vestíbulo. Cierre herméticamente las dos salidas para que nadie pueda entrar o salir.

Y ¿Habrá órdenes posteriores? —preguntó el robot tras un chasquido de incertidumbre—. Este síndrome no está completo...

—Ya recibirá más instrucciones. Asegúrese de que viene solo. Quiero encontrarme a solas con él, en este lugar.

El robot registró el número y se fue hacia la sala de recepción.

Patterson cogió a Evelyn del brazo.

Y ¿Asustada?

Y ¡Aterrorizada!

—Yo me encargaré de todo.

Quédate aquí y no hagas nada. Enciende dos —dijo, dándole el paquete de cigarrillos.

—Quizá debería encender tres. Uno para Unger.

—Recuerda que es muy joven; aún no está en edad de fumar —dijo Patterson, sonriente.

El robot volvió acompañado de un muchachito rubio, regordete, de ojos azules. Parecía asombrado.

—¿Me hizo llamar, doctor? —preguntó, acercándose inseguro a Patterson— ¿Sucede algo conmigo? Me dijeron que viniera aquí, pero no me explicaron por qué —un intenso rubor indicó que su ansiedad iba en aumento— No hay nada que me impida entrar en el

servicio, ¿verdad?

Patterson tomó la tarjeta de identidad del muchacho recién impresa, le dio una ojeada y se la pasó a Evelyn. Ella la recogió entre los dedos rígidos de miedo, sin apartar la vista del joven rubio.

No era David Unger.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Patterson.

—Bert Robinson. ¿No figura en la tarjeta? —dijo el muchacho, tartamudeando tímidamente.

Patterson se volvió hacia Evelyn.

—El número es correcto, pero no se trata de Unger. Debe haber sucedido algo.

—Dígame, doctor —dijo el joven

en tono quejumbroso—. ¿Hay algún inconveniente para que entre en el servicio? Dígamelo de una vez.

Patterson hizo una seña al robot.

—Puede abrir el vestíbulo. No es necesario que continúe cerrado y puede volver a lo que estaba haciendo.

—No entiendo —dijo Evelyn— ¿Qué explicación puede haber?

—No hay ningún inconveniente —dijo Patterson al joven—; puedes presentarte para ser admitido.

—Gracias, doctor —dijo el muchacho con expresión de alivio en el rostro—. No sabe cuánto aprecio esto. No veo la hora de ir a luchar con esos palmeados —concluyó y se dirigió a la rampa ascendente.

—¿Y ahora qué? —preguntó Evelyn cuando vio desaparecer la ancha espalda del muchacho— ¿Cuál será nuestro próximo paso?

Patterson se sacudió, forzándose a encarar la situación.

—Tenemos que pedir al departamento de censos que controle los datos. *Debemos localizar a Unger.*

La sala de transmisión era una colmena zumbante de video y audio informes. Patterson se abrió paso hasta un circuito abierto y colocó su llamada.

—La información solicitada no demorará, señor —dijo la chica del censo—. Va a esperar o prefiere que volvamos a llamarlo?

Patterson se colocó al cuello una

antena hache.

—En cuanto tenga alguna información sobre Unger avíseme. Comuníquese enseguida por medio de esta antena.

—Sí, señor —contestó la chica y cortó el circuito.

Patterson salió de la sala hacia el corredor y Evelyn lo siguió apresurada.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

—A la casa de terapia. Quiero hablar con el viejo para hacerle algunas preguntas.

—Gannet ya está haciendo otro tanto —dijo Evelyn, jadeante, mientras descendían al nivel del suelo—. ¿Por qué tú...?

—Tengo interés en interrogarlo sobre el presente, no el futuro.

El brillante sol de la tarde los cegó un momento al salir.

—Quiero interrogarlo sobre ciertas cosas que están ocurriendo en este momento.

—¿No puedes explicármelo? —preguntó Evelyn, tratando de detenerlo.

—Tengo una teoría —contestó Patterson apartándola suavemente del paso—. Vamos, antes de que sea demasiado tarde.

Cuando entraron en la casa de terapia había un grupo de técnicos y oficiales en tomo a una mesa enorme cubierta de mapas, verificando los contadores y las líneas del indicador.

—¿Dónde está Unger? —preguntó Patterson.

—Se fue —contestó uno de los oficiales—. Gannet abandonó por hoy.

—¿Adónde fue? —preguntó Patterson maldiciendo furioso— ¿Qué sucedió?

—Entre Gannet y West lo llevaron al edificio central; estaba demasiado cansado para continuar. Estuvimos a punto de lograrlo; a Gannet por poco le estalla un vaso sanguíneo. Pero hay que esperar.

Patterson apretó con fuerza el brazo de Evelyn.

—Quiero que difundas una alarma de emergencia general. Haz que rodeen el edificio, pero apúrate.

Evelyn lo miró boquiabierta.

—Pero...

Sin prestarle atención, Patterson salió a la carrera de la casa de terapia hacia el edificio principal del hospital. Unos cuantos metros más adelante vio tres siluetas que avanzaban lentamente. A los costados iban West y Gannet; en el centro el anciano, apoyándose en ambos, avanzaba débilmente.

—¡Apártense! —les gritó Patterson.

—¿Qué sucede? —preguntó Gannet, volviéndose.

—Sáquenlo de aquí —insistió Patterson, arrojándose contra el viejo.

Pero fue demasiado tarde.

El estallido de energía lo envolvió

en su onda ardiente; un círculo ígneo enceguecedor surgió en varias partes, al mismo tiempo. La silueta encorvada del viejo vaciló, carbonizándose casi de inmediato. Una masa fundida en el suelo fue todo lo que quedó del bastón. Los restos del anciano empezaron a humear. El cuerpo se abrió, para encogerse luego atacado por el fuego y el calor. Lentamente, el cúmulo de cenizas deshidratadas se desmoronó en un pequeño montículo sin peso. El anillo de energía se disipó.

Gannet, furioso, dio varios puntapiés en varias direcciones, con la sorpresa y la incredulidad estampadas en su rostro carnoso.

—Está muerto —dijo—; y no

pudimos lograr lo que queríamos.

El teniente West se quedó contemplando las cenizas aún humeantes.

—Ya nunca podremos saberlo —murmuraba, dejando escapar las palabras por entre sus labios torcidos—. Ya no podremos cambiar nada; la victoria es imposible.

En un súbito arranque de furia tomó con fuerza su chaqueta y tironeó de la insignia, arrojando el pequeño cuadrado lejos de sí.

—Más que tonto sería en dar mi vida para que ustedes puedan terminar con el régimen. No van a hacerme caer en esa trampa. ¡Yo abandono!

Desde el edificio central rasgó el

aire el gemido de la sirena de alarma general. Varias siluetas corrieron hacia Gannet; soldados y guardias del hospital se escabullían en medio de una caótica confusión. Patterson no les prestó atención; tenía la mirada clavada en la ventana que estaba justo arriba del lugar donde se encontraba.

Pudo distinguir el contorno de un hombre que trabajaba febrilmente para quitar un objeto que centelleó al sol de la tarde. Ese hombre era V, Stephens. Logró arrancar el objeto de plástico y metal y se apartó de la ventana, desapareciendo de donde podía ser observado.

Evelyn llegó a la carrera y se reunió con Patterson.

—¿Queeé? —preguntó, y al ver los restos lanzó un grito—, ¡Oh, Dios mío! ¿Quién ha hecho esto? *¿Quién?*

—Fue V. Stephens.

—Le Marr debe haberlo dejado salir. Yo sabía que eso acabaría por suceder —sus ojos se llenaron de lágrimas y su voz chilló histérica—. Te avisé que era capaz de hacerlo. Te lo previne.

—Y ahora, ¿qué podemos hacer? —preguntó Gannet infantilmente a Patterson, aunque la ira no tardó en crispar su rostro—. Ya sé. Mataré a todos esos palmeados, uno por uno. Quemaremos sus casas; los colgaré; no quedará uno vivo en todo el planeta. Yo... —estalló en sollozos entrecortados

—, Pero es demasiado tarde, ¿verdad?. No podemos hacer nada; hemos perdido. Estamos derrotados y la guerra no ha empezado siquiera.

—Eso es —afirmó Patterson—; es demasiado tarde, ya ha perdido su oportunidad.

—Si hubiéramos conseguido hacerlo hablar —gruñó inútilmente Gannet.

—No pudo hacerlo. No era posible.

—¿Por qué no? —preguntó Gannet parpadeando mientras recobraba su astucia animal— ¿Por qué dice eso?

La antena hache que Patterson llevaba al cuello emitió un recio zumbido.

—Doctor Patterson —dijo la voz del monitor— hay una llamada urgente de censo para usted.

—Pásemela —ordenó Patterson.

—Doctor Patterson —anunció metálicamente la voz del empleado de censo—; tengo la información solicitada por usted.

—¿De qué se trata? —dijo Patterson aunque ya conocía la respuesta.

—Hemos vuelto a controlar los resultados, para estar seguros. La persona descrita por usted no existe. Ni en los actuales, ni en los registros viejos figura ningún individuo con el nombre de David L. Unger que responda a las características que usted describió. El

cerebro, los dientes, las huellas digitales no concuerdan con nada existente en los archivos. ¿Desea que continuemos...?

—No —interrumpió Patterson—. Con eso queda contestada mi pregunta; déjelo así —concluyó, mientras cerraba la llave de la antena hache.

Gannet escuchaba sin comprender.

—No entiendo nada de lo que está sucediendo —dijo—. Patterson, explíqueme de qué se trata.

Patterson no le hizo caso. Se puso en cuclillas y empezó a revolver las cenizas del que fuera David Unger. Pasado un momento volvió a conectar la antena hache.

—Quiero que lleven esto arriba; al laboratorio de análisis —ordenó con

calma—. Envíen enseguida un equipo.

Se puso de pie lentamente y, en tono más suave, agregó:

—Voy a ir al encuentro de V. Stephens... si aún es posible.

—Ya debe estar en camino a Venus —dijo Evelyn con amargura—. Bien, todo terminó. Ya no podemos hacer nada.

—La guerra es inevitable — declaró Gannet, volviendo lentamente a la realidad. Hizo un esfuerzo enorme para concentrar su atención en aquellos que lo rodeaban. Se alisó la cabellera blanca y abotonó la chaqueta. Su estampa, antes tan impresionante, recobró cierto aspecto de dignidad.

—Debemos portarnos como

hombres —dijo—, y hacerle frente. Es inútil querer escapar.

Patterson se hizo a un lado para dejar pasar a un grupo de robots del hospital que se acercaron a los restos chamuscados y los recogieron rápidamente, formando con ellos un simple montículo.

—Que hagan un análisis completo —dijo al técnico encargado del equipo de trabajo—. Separen las unidades celulares básicas, especialmente el aparato neurológico. Quiero un informe de lo que encuentren, lo antes posible.

Demoró justo una hora.

—Usted mismo puede comprobarlo —dijo el técnico del laboratorio—. Vea, tome un poco de materia. Ni siquiera

tiene la textura acostumbrada.

Patterson tomó una muestra de materia orgánica, seca y quebradiza. Bien podía tratarse de la piel ahumada de alguna bestia marina; se deshacía fácilmente entre los dedos.

Al tratar de depositarla cerca del equipo de pruebas se deshizo en partículas polvorientas.

—Ya veo —dijo lentamente.

—No es mala, digamos; pero es demasiado frágil. Pudo haber resistido un par de días más, probablemente, pero no más. Se deteriora rápidamente; todo, la luz del sol, el aire, el polvo contribuían a destruirlo. Carecía de un sistema de defensa interno. Nuestras células pasan constantemente por un

proceso de limpieza y mantenimiento. Eso, en cambio, fue formado, simplemente y obligado a funcionar. Evidentemente hay alguien mucho más adelantado que nosotros en el proceso de biosíntesis. Es una verdadera obra maestra.

—Sí —admitió Patterson—, es un excelente trabajo.

Tomó otra muestra de lo que fuera el cuerpo de David Unger y deliberadamente lo desmenuzó en pequeñas partículas secas.

—Nos engañó por completo.

—Usted lo sabía, ¿verdad?

—Al principio no.

—Como puede ver, estamos tratando de reconstruir todo el sistema.

Reuniremos todas las cenizas que hemos podido juntar en una sola pieza. Algunas partes se habrán perdido, naturalmente, pero obtendremos un plan general. ¡Cómo me gustaría conocer a los fabricantes de esto! Funcionó a la perfección; estaba lejos de ser una simple máquina.

Patterson localizó las cenizas chamuscadas que al ser reconstruidas formaron la cara del androide. Se trataba de una carne marchita y negruzca, fina como el papel. El ojo muerto miraba sin ver, ciego y opaco.

Censo estaba en lo cierto; nunca hubo un David Unger; nunca había vivido en la Tierra ni en ningún otro lugar. Lo que había andado bajo el

nombre de “David Unger” era una materia sintética fabricada por el hombre.

—Consiguieron engañamos —dijo Patterson— ¿Cuánta gente lo sabe, además de nosotros dos?

—Nadie más —contestó el técnico del laboratorio señalando la cuadrilla de robots trabajadores—. Soy el único ser humano en este grupo.

—¿Puede guardar el secreto?

—Por supuesto; usted es mi jefe, ¿no?

—Gracias —dijo Patterson—, pero si usted lo desea, con esta información puede conseguirse otro jefe en cualquier momento.

—Gannet —dijo el técnico, riendo

—. No creo que me gustaría trabajar para él.

—Podría ganar mucho.

—Es cierto —dijo el técnico—, pero un día de estos terminaría en el frente. Prefiero quedarme aquí, en el hospital.

Patterson se dirigió hacia la puerta.

—Si alguien pregunta dígale que no quedó lo suficiente para hacer un análisis. ¿Puede hacer desaparecer esos restos?

—Me duele hacerlo, pero puedo; cómo no —dijo el técnico, mirándolo con curiosidad— ¿Tiene alguna idea de quién armó esto? Me gustaría darle un apretón de manos.

—En este momento sólo me

preocupa una cosa —dijo Patterson eludiendo la respuesta—. Debo encontrar a V. Stephens.

Le Marr parpadeó mientras el sol del atardecer se filtraba hasta su cerebro. Se enderezó con esfuerzo y dio con la cabeza contra el tablero de instrumentos. Una oleada de dolor lo encegueció, sumiéndolo una vez más en un torbellino de agonía. Después, lenta y gradualmente, pudo salir de las tinieblas. Miró a su alrededor.

El coche estaba estacionado en la parte posterior de una pequeña y dilapidada playa de estacionamiento. Sería eso de las cinco y media. La angosta calle a la que daba el terreno, hervía de tránsito ensordecedor. Le

Marr se llevó la mano a la cabeza y palpó tímidamente el costado del cráneo. Encontró un espacio, de unos tres centímetros de diámetro, carente de sensaciones. De ese punto, desprovisto de calor, irradiaba un frío intenso; parecía que de alguna manera había ido a dar contra un nexo ultraespacial.

Estaba aún en el proceso de recuperar el dominio sobre sí mismo y recordar los acontecimientos precedentes a ese período de inconsciencia, cuando apareció la silueta del doctor V. Stephens moviéndose con rapidez.

V. Stephens corría ágilmente entre los coches de superficie estacionados en la playa, la mano metida en uno de los

bolsillos de la chaqueta, la mirada alerta y sagaz. Algo había cambiado en él. Le Marr percibió una diferencia, pero en el estado de confusión en que se hallaba no podía precisar de qué se trataba. Cuando se dio cuenta, V. Stephens había

llegado casi al coche; en ese momento la memoria le volvió de golpe. Se hundió en el asiento, recostándose contra la portezuela con el cuerpo tan inerte y flácido como le fue posible. A pesar de sus esfuerzos, no pudo controlar un sobresalto cuando V. Stephens abrió la portezuela de un tirón y se sentó al volante.

V. Stephens había perdido su color verde.

El venusino cerró la puerta de un

golpe, conectó la llave del motor y lo puso en marcha. Después de encender un cigarrillo, examinó los gruesos guantes que llevaba, dirigió una mirada a Le Marr y salió con el coche para confundirse entre el tránsito de la noche naciente. Durante un tiempo condujo con la mano enguantada mientras mantenía la otra en el bolsillo de la chaqueta. Después, cuando aumentó la velocidad, deslizó el rayo frío fuera del bolsillo, lo mantuvo un instante en la mano y lo dejó a un costado, sobre el asiento.

Le Marr se abalanzó sobre el objeto. V. Stephens vio de reojo cómo el cuerpo flácido se erguía repentinamente. Dio un golpe de freno de emergencia, olvidándose del volante. Se trabaron en

una lucha despiadada y silenciosa. El coche se detuvo con un chirrido para convertirse en el centro de los bocinazos estrepitosos de los demás automóviles. Los dos continuaban forcejeando con denuedo, poseídos por la desesperación, abrazados en un *impasse* momentáneo sin que ninguno lograra imponerse sobre el otro. Entonces Le Marr logró zafarse y, con el rostro demudado, apuntó a V. Stephens con el rayo frío.

—¿Qué sucedió? —preguntó roncamente—. He perdido cinco horas, *¿qué ha hecho* en ese tiempo?

V. Stephens guardó silencio. Liberó el freno de mano y empezó a conducir lentamente, uniéndose a la corriente de tránsito. De entre los labios se le

escapaba el humo gris del cigarrillo. Tenía los ojos entrecerrados, opacos, como cubiertos por una película.

—Usted es terráqueo —dijo Le Marr, tratando de adivinar—. Después de todo, no era palmeado.

—Soy venusino —dijo V. Stephens, con indiferencia, y le mostró los dedos unidos por una membrana, antes de colocarse los gruesos guantes de conducir.

—Pero cómo...

—¿No cree que somos capaces de traspasar la barrera

del color cuando así lo deseamos? — V. Stephens se encogió de hombros —. Sólo es cuestión de tinturas, hormonas químicas, algunas pequeñas

operaciones quirúrgicas. Media hora en el baño para hombres con una aguja hipodérmica y ungüento... Este planeta no es lugar para un hombre de piel verde.

Una barricada improvisada atravesaba la calle. Junto a ella, un grupo de hombres con rostro sombrío, armados con revólveres y cachiporras caseras, detenían los coches que se acercaban y los revisaban uno por uno. Algunos llevaban la gorra gris de los guardianes del hogar. Un hombre de cara mofletuda hizo señas a V. Stephens para que se detuviera.

Se acercó a grandes pasos y pidió con un gesto que bajaran la ventanilla.

—¿Qué sucede? —preguntó Le

Marr, nervioso.

—Estamos buscando palmeados —gruñó el hombre, exhalando un fuerte aliento a ajo que se mezcló con el olor a transpiración que emanaba de su gruesa camisa de lienzo.

Echó hacia el coche varias miradas sospechosas.

—¿Han visto alguno? —preguntó.

—No —respondió V. Stephens.

El hombre abrió bruscamente el compartimiento de equipajes y miró dentro.

—Hace algunos minutos agarramos a uno —dijo, señalando hacia arriba con el pulgar curvado— ¿Lo ven? —preguntó.

El venusino estaba colgado de una

columna de alumbrado. Su cuerpo verde se balanceaba en la brisa del atardecer. Tenía el rostro desfigurado por el sufrimiento. En torno a la columna una multitud grave y decidida miraba, esperaba.

—Ya encontraremos más —aseguró el hombre cerrando la puerta de un golpe—. Muchos más.

—¿Qué sucedió? —logró preguntar Le Marr con un hilo de voz, asqueado y lleno de horror— ¿A qué se debe todo esto?

—Un palmeado mató a un hombre; un *terráqueo* —el hombre se apartó, dando una palmada al coche—. Está bien, pueden continuar.

V. Stephens avanzó. Algunos

miembros del grupo llevaban uniformes completos, combinando el gris de los guardianes del hogar y el azul de los terráqueos. Llevaban botas

y gorras; algunos ostentaban brazales y pesadas hebillas en los cinturones. Todos estaban armados. En los brazales llevaban las iniciales "C.D.", en negro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Le Marr débilmente. —Comité de Defensa —repuso V. Stephens—. Es la organización principal de Gannet. Fue formada para defender a la Tierra de los palmeados y los *abrojos*.

—Pero... —aventuró tímidamente Le Marr— ¿Acaso están atacando a la Tierra?

—No, que yo lo sepa...

—Demos la vuelta, regresemos al hospital.

En un primer momento V. Stephens vaciló, pero luego hizo lo que le dijo Le Marr. Poco después el coche corría velozmente hacia el centro de Nueva York.

—¿Y esto para qué? —preguntó V. Stephens— ¿Para qué desea volver?

Le Marr no lo escuchaba. Sus ojos, horrorizados, no podían apartarse de la gente alineada a lo largo del camino. Hombres y mujeres hurgando como bestias, buscando a quien matar.

—Se han vuelto locos —murmuró Le Marr—, parecen bestias.,

—No —dijo V. Stephens—, esto no

tardará en aplacarse. Cuando el comité no encuentre apoyo financiero, ya verá. Todavía está avanzando a toda velocidad, pero muy pronto cambiarán la velocidad y el gran motor dará marcha atrás con un gran chirrido.

Y ¿Pero por qué?

—Porque ahora Gannet no desea la guerra. Se necesita cierto tiempo hasta que la nueva línea se filtre hacia abajo. Es muy posible que después Gannet financie un movimiento que se llame C.P. "Comité de Paz."

El hospital estaba rodeado por un verdadero muro de tanques, camiones y cañones transportables. V. Stephens frenó y apagó el cigarrillo. No permitían la entrada de coches. Los soldados

circulaban por entre los tanques portando flamantes armas pesadas, en las que aún brillaba la grasa de empaque.

—¿Y bien? —dijo V. Stephens— ¿Qué pasa ahora? Usted tiene el revólver.

Le Marr deslizó una moneda en el videofono instalado en el panel de instrumentos. dio enseguida el número del hospital y preguntó al monitor por Vachel Patterson.

—¿Dónde está? —preguntó Patterson.

Cuando vio el rayo frío en la mano de Le Marr apartó la mirada de él y reparó en V. Stephens.

—Ah, veo que ya lo tiene —dijo

Patterson.

—Sí —afirmó Le Marr—, pero no entiendo lo que sucede —y en tono de súplica pidió ayuda a la videoimagen miniaturizada de Patterson— ¿Qué debo hacer? ¿Qué es lo que está pasando?

—Déme su locación —dijo Patterson tenso.

Le Marr lo hizo.

—¿Quiere que lo lleve al hospital? Tal vez yo...

—No suelte ese rayo frío. Llegaré enseguida.

Patterson cerró la comunicación y la pantalla se apagó. Le Marr sacudió la cabeza, aturdido.

—Yo traté de hacerle escapar —dijo a V. Stephens— y usted me aplicó

el rayo frío. *¿Por qué?*

Un repentino estremecimiento sacudió a Le Marr. Había comprendido.

—Usted mató a David Unger —dijo, mientras el rayo frío le temblaba en la mano—. Quizá debería matarlo ahora mismo. Tal vez debí haber bajado la ventanilla y gritarle a aquellos dementes que vinieran a llevárselo. No sé.

—Haga lo que le parezca —dijo V. Stephens.

Le Marr aún estaba indeciso cuando Patterson apareció junto al coche. Golpeó el vidrio con los nudillos y Le Mar abrió la portezuela. Patterson subió rápidamente al coche y cerró la puerta tras sí.

—Encienda el motor —ordenó a V.

Stephens—. Siga conduciendo y aléjese del centro.

V. Stephens le dirigió una rápida mirada. Después puso el motor en marcha.

—Puede hacerlo aquí mismo, si quiere —dijo a Patterson—; nadie se opondrá.

—Deseo salir de la ciudad —replicó Patterson y continuó explicando —. Mi laboratorio pudo analizar los restos de David Unger. Pudieron reconstruir casi todo el sintético.

—¡Oh...! —exclamó V. Stephens reflejando de pronto una emoción.

Patterson le tendió la mano.

—Déme la mano —le dijo, con toda seriedad.

—¿Por qué? —preguntó, apabullado V. Stephens.

—Alguien me pidió que lo hiciera. Alguien que descubrió el trabajo maravilloso que realizaron ustedes, los venusinos, al hacer ese androide.

Rodeado de la bruma nocturna, el coche ronroneó a lo largo de la carretera.

—El último lugar que nos queda es Denver —explicó V. Stephens a los dos terráqueos—. Allí ya hay demasiados de los nuestros..“Pro-Color” afirma que algunos hombres del comité empezaron a bombardear nuestras oficinas, pero el directorado les dio orden de parar. Tal vez Gannet haya ejercido alguna presión.

—Quiero conocer más detalles —dijo Patterson—; no con respecto a la posición de Gannet; sé lo que él se propone. Quiero saber cuál es la finalidad que persiguen ustedes.

—Fueron los de "Pro-Color" quienes idearon el sintético —admitió V. Stephens—. Con respecto al futuro no sabemos nada más de lo que ustedes saben; absolutamente nada. Nunca existió ese David Unger; falsificamos sus documentos de identidad y creamos una personalidad totalmente falsa. Además, urdimos la fábula de una guerra inexistente; todo.

—¿Por qué? —preguntó Le Marr.

—Para asustar a Gannet de tal manera que llamara a sus mastines. Para

aterrorizarlo hasta el punto de hacerle creer que era preferible dejar que Marte y Venus se independizaran. Para impedirle lanzarse a una guerra con el solo propósito de mantener su supremacía económica. La falsa historia que insertamos en el cerebro de Unger terminaría por destruir el imperio de nueve años de antigüedad de Gannet. El es realista. Siempre es capaz de arriesgarse con un buen porcentaje de posibilidades a su favor; pero en nuestra historia las probabilidades estaban cien por ciento en contra suyo.

—Así que Gannet abandona el juego —dijo Patterson lentamente—. Pero, ¿y usted?

—Nosotros nunca participamos de

él —contestó V. Stephens con tranquilidad—. Nunca participamos en ese juego de la guerra. Lo único que deseamos es ser libres e independientes. No podría decir cómo será la guerra en realidad, pero puedo imaginármelo. No muy agradable. No valdría la pena para ninguno de nosotros. Y según como iban las cosas, las cartas anunciaban guerra.

—Hay ciertas cosas que falta aclarar dijo Patterson— ¿Usted es agente de "Pro-Color"?

—Así es.

—¿Y V. Rafia?

—Ella también pertenecía a "Pro-Color". En realidad, todos los marcianos y venusinos se convierten en agentes de la organización en cuanto

llegan a Tierra. Queríamos hacer entrar a Rafia en el hospital para que me ayudara. Corríamos el riesgo de que alguien me impidiera destruir el sintético en el momento oportuno. Si yo no hubiera podido hacerlo, V. Rafia habría tomado mi lugar. Pero Gannet la mató.

—¿Por qué no destruyó a Unger con el rayo frío, simplemente?

—Por una razón muy poderosa; deseábamos destruir por completo el cuerpo sintético. Es imposible, por supuesto; pero lo más aproximado a eso es reducirlo a cenizas, desmenuzarlo de tal manera que un examen rutinario no pueda descubrir nada —mirando a Patterson preguntó— ¿Por qué ordenó un

examen tan exhaustivo?

—Salió el número de identidad de Unger pero éste no apareció a reclamarlo.

—¡Oh! — exclamo V. Stephens inquieto—. Eso es malo. No podíamos anticipar cuándo podía aparecer. Tratamos de elegir un número que iba a salir dentro de algunos meses, pero en las últimas semanas el ritmo de enrolamientos se aceleró demasiado.

—¿Y suponiendo que no les hubiera sido posible destruir a Unger?

—Nuestra maquinaria de demolición estaba dispuesta de tal manera que el sintético no tenía la menor probabilidad de perdurar. Estaba sintonizado al cuerpo. Todo cuanto yo

debía hacer era activarla en el área general donde estaba Unger. Si me hubieran matado, o impedido que conectara el mecanismo, el sintético habría muerto naturalmente antes de que Gannet tuviera la información que deseaba. De preferencia debía destruirlo a la vista de Gannet y todo su personal. Era muy importante que ellos pensaran que nosotros estábamos enterados de la guerra. El impacto psicológico de ver a Unger asesinado sobrepasa el riesgo de mi captura.

—¿Y ahora, qué pasará? —preguntó al fin Patterson.

—Yo tendría que unirme a "Pro-Color"; de acuerdo con el plan original debía tomar una nave en la oficina de

Nueva York, pero la acción de la chusma de Gannet me impidió hacerlo. Naturalmente, siempre que ustedes no traten de detenerme.

—Hagamos una suposición: Gannet descubre que cayó en una trampa —dijo Le Marr empezando a transpirar—. ¿Qué sucederá si descubre que nunca hubo un David Linger...?

—Estamos en el proceso de corregir esa falla —dijo V. Stephens—. Cuando llegue el momento en que Gannet controle ya habrá un David Unger. Entretanto... —dijo, encogiéndose de hombros—, será lo que ustedes decidan. El arma está en poder de ustedes.

—Déjalo ir —dijo Le Marr, con

intensidad.

—No sería un gesto muy patriótico —señaló Patterson—. Estamos ayudando a los palmeados a salirse con la suya. *Quizá* deberíamos llamar a uno de esos tipos del comité.

—¡Al diablo con eso! —carraspeó Le Marr—. No entregaría a nadie a esos maniáticos linchadores. Ni siquiera a...

—¿Ni siquiera a un palmeado? —preguntó V. Stephens.

Patterson se había puesto a contemplar el cielo negro, salpicado de estrellas.

—¿Qué sucederá, después de todo? —preguntó a V. Stephens— ¿Cree que este tipo de cosas-tendrá fin?

—Por cierto —contestó V.

Stephens sin vacilar—. Un día de éstos iremos hacia las estrellas. Nos incorporaremos a otros sistemas, encontraremos otras razas y, al decir *otras* me refiero a razas *muy distintas*. No-humanos en el verdadero sentido de la palabra. Entonces la gente comprenderá que todos procedemos del mismo tronco. Eso resultará evidente cuando tengamos algo absolutamente extraño con lo que establecer comparaciones.

—Está bien —dijo Patterson, y tomando el rayo frío se lo entregó a V. Stephens—. Eso era lo que me preocupaba. Aborrezco pensar que esta cuestión puede continuar para siempre.

—No será así —afirmó V. Stephens

con calma—; algunas de estas razas no-humanas deben tener un aspecto bastante repugnante. Cuando tengan oportunidad de verlos, muchos terráqueos estarán *muy satisfechos* de que sus hijas se casen con hombres de piel verde —y sonriendo levemente concluyó— algunas de esas razas no-humanas pueden carecer totalmente de piel...

CARGO DE SUPLENTE MAXIMO

Con una hora de anticipación a su programa matutino en el canal seis, Jim Briskin, el cotizado payaso de las noticias, se había reunido con sus asistentes de producción para discutir el informe sobre una flotilla desconocida, posiblemente enemiga, detectada a unas ochocientas unidades astronómicas del sol. Se trataba, por cierto, de una noticia sensacional, pero ¿cómo presentarla a varios billones de espectadores

distribuidos por tres planetas y siete lunas?

Peggy Jones, su secretaria, encendió un cigarrillo.

—Evita alarmarlos, Jim Jam. Emplea un tono familiar —dijo, y reclinándose hacia atrás barajó diestramente los despachos que la estación comercial había recibido de los teletipos de Unicefalon 40-D.

En la Casa Blanca, en Washington D.C., la unidad automática resolutora de problemas Unicefalon 40-D había detectado la posible existencia de un enemigo exterior. En su capacidad de presidente de los Estados Unidos ordenó de inmediato el despacho de naves de línea para reforzar la vigilancia.

—En tono familiar —repitió Jim Briskin, de mal humor—, lo puedo imaginar; primero sonrío de oreja a oreja y luego les digo: "Hola, camaradas. Por fin ha sucedido lo que todos temíamos. Ja, ja, ja" —y mirando a la chica agregó—. En la Tierra y en Marte se desternillarán de risa, pero en las lunas lejanas temo que no. Si se trata de una operación agresiva las colonias más remotas serán las primeras en ser atacadas.

—No les resultará nada divertido —coincidió Ed Fineberg, asesor de continuidad.

El también estaba preocupado; tenía familiares en Ganimedes.

—¿No hay alguna noticia más ligera con la que abrir el programa? —preguntó Peggy—, Eso le gustaría a nuestro patrocinante.

Pasó a Briskin la pila de despachos de noticias.

—A ver qué se te ocurre. "Vaca mutante obtiene privilegios de voto de un tribunal de Alabama..." tú sabes, ese tipo de cosas.

—Sí, ya sé —admitió Briskin, empezando a examinar los despachos.

Recordó una de sus narraciones más pintorescas, que había logrado conmover el corazón de millones de espectadores: la del grajo azul mutante que, tras largos esfuerzos y angustias había aprendido a coser. Una mañana de

abril en Bismark, Dakota del Norte, había logrado coser a la perfección un nido para él y su progenie frente a las cámaras de televisión de la red que contrataba a Briskin.

Un informe se destacó de pronto entre los otros. Su instinto se lo señaló, indicándole de inmediato que era lo que necesitaba para aligerar el tono de mal agüero de las últimas noticias. No tardó en sentirse aliviado. Los mundos continuaban con la rutina de costumbre a pesar de la gran noticia que estallaba a ochocientas unidades astronómicas de distancia.

—Miren —dijo sonriendo—; ha muerto el viejo Gus Schatz; era hora.

—¿Quién es Gus Schatz? —

preguntó Peggy perpleja—. El nombre me resulta familiar.

—El sindicalista —dijo Jim Briskin— ¿Recuerdas? ¡El suplente!, ese que siempre está listo para reemplazar al presidente. Hace veintiún años que el sindicato lo envió a Washington. Ha muerto y el sindicato... —arrojó a la secretaria un comunicado claro y conciso-... envía ahora otro suplente para tomar el puesto de Schatz. Me gustaría entrevistarlo, siempre y cuando sepa hablar.

—Es cierto —dijo Peggy—; siempre lo olvido. Todavía hay un reemplazante humano por si falla Unicefalón. ¿Alguna vez ha fallado?

—No, y nunca sucederá —contestó

Ed Fineberg—. Ese es otro ejemplo de parasitismo sindical que infecta a nuestra sociedad.

—Así y todo —aventuró Jim Briskin— a la gente le gustará. La vida íntima del máximo suplente del país; por qué lo eligió el sindicato, qué pasatiempos prefiere, qué piensa hacer este hombre, sea quien sea, para no morirse de aburrimiento durante el tiempo que dure su cargo. El viejo Gus había aprendido encuadernación; coleccionaba viejas revistas de automóviles y las encuadernaba en vitela, con títulos grabados en oro.

Tanto Ed como Peggy hicieron una señal de asentimiento.

—Me parece bien —dijo Peggy,

dándole ánimo—. Debes hacerlo, Jim Jam. Sé que eres capaz de darle interés; tú puedes transformar el tema más tonto en algo interesante. Pediré una llamada a la Casa Blanca. ¿Habrá llegado el tipo nuevo?

—Es probable que aún se encuentre en Chicago, en la oficina central del sindicato —dijo Ed—. Pide una línea; prueba con el Sindicato de Empleados Civiles del Gobierno, división Este.

Peggy tomó el teléfono y marcó rápidamente un número.

Eran las siete de la mañana cuando Maximilian Fischer oyó algunos ruidos, entre sueños. Levantó la cabeza de la

almohada y escuchó: de la cocina se oía la voz chillona de la dueña de casa que hablaba con algunos desconocidos. Después de algunos minutos la barahúnda parecía aumentar. No sin cierto esfuerzo logró incorporarse, aún un poco aturdido y, siguiendo las órdenes del médico, movió con precaución su cuerpo enorme. No se apresuró. Cualquier actividad física excesiva podía ser perjudicial para su corazón, de tamaño mayor que el normal. Se vistió parsimoniosamente.

Alguien que viene a pedir una contribución para alguna de las fundaciones —se dijo Max—. Creo que es uno de los muchachos. A esta hora. ¡Qué extraño! —pensó, sin alarmarse—,

Pero yo estoy bien establecido. No tengo nada que temer —se dijo con firmeza.

Se abotonó cuidadosamente la camisa fina, a rayas verdes, que era una de sus preferidas. *Me da un a/re distinguido* —pensó, haciendo un gran esfuerzo para inclinarse y co*locarse los zapatos de imitación de cabritilla. Hay que estar siempre listos para enfrentarlos de igual a igual —pensó mientras se alisaba los cabellos ralos frente al espejo—. Si el pechazo es muy grande, Pat Noble de la oficina de empleos de Nueva York va a tener que oírme. Quiero decir, con la antigüedad que tengo en el sindicato no tengo porqué aguantarme cosas raras.*

—Fischer —dijo una voz desde la

otra habitación—; junta tu ropa y sal. Hay un trabajo para tí. Tienes que empezar hoy.

Un trabajo —pensó Max intranquilo—. No sabía si alegrarse o no. Hacía ya más de un año que venía retirando fondos de desempleo del sindicato, como casi todos sus amigos.

Vaya novedad. ¡Caramba! —pensó —. Supongamos que sea un trabajo pesado que me obligue a agacharme o a moverme de un lado para otro —empezó a enojarse— ¡Qué mala pata! Después de todo, quiénes se creen que son.

Abrió la puerta y se enfrentó con ellos.

—Escuchen... —empezó a decir, pero uno de los funcionarios del

sindicato lo interrumpió.

—Fischer, empaca tus cosas. Gus Schatz estiró la pata y tienes que ir a Washington D. C. a hacerte cargo de la suplencia número uno. Debemos proceder rápido y queremos que llegues antes de que se les ocurra anular el puesto o algo parecido y nos veamos forzados a declaramos en huelga o ir a los tribunales. Lo mejor es poner enseguida a alguien, sin líos ni complicaciones. ¿Entiendes? Lograr una transición tan suave que nadie se entere siquiera.

—¿Qué sueldo dan? —preguntó enseguida Max.

—En esto no tienes nada que decir —aclaró secamente el funcionario del

sindicato—. Te han elegido y eso basta. ¿O quieres que te corten los fondos por desempleo? ¿Te gustaría tener que salir a buscar trabajo a tu edad?

—¡Vamos! —protestó Max— Todo lo que tengo que hacer es tomar el teléfono y llamar a Pat Noble...

Los funcionarios del sindicato empezaron a recoger al azar diversos objetos que había en el departamento.

—Te ayudaremos a empacar tus cosas. Pat quiere que llegues a la Casa Blanca a las diez de la mañana, en punto.

—¡Pat! —exclamó Max.

Lo habían traicionado.

Los tipos del sindicato sonreían mientras sacaban a tirones la maleta del

armario.

Poco después estaban en camino, atravesando por el monorriel las tierras llanas del medio oeste. Pensativo, melancólico, Maximilian Fischer miraba desfilar el paisaje ante sus ojos; prefería cavilar en silencio. Trató de recordar cómo era el trabajo de suplente número uno. Recordaba haber leído en una revista que empezaba a las ocho de la mañana. Además, siempre había rebaños de turistas, en su mayoría escolares, que desfilaban por la Casa Blanca, ansiosos de echar un vistazo a Unicefalón 40-D. Los chicos no le gustaban; solían mofarse de él a causa de su peso excesivo. ¡Caramba! Tendría que aguantar el desfile de millones de niños

porque él debía permanecer en el edificio. De acuerdo a la ley debía permanecer, en todo momento, a cien metros de Unicefalón 40-D, ya fuera de día como de noche. ¿O era a cincuenta metros? Sea como fuere, tenía que estar prácticamente encima, en caso de que el sistema automático para resolver problemas llegara a fallar. *Será mejor que me ponga al día con esto* —pensó —*Me convendría, por las dudas, tomar un curso de televisión sobre administración pública.*

Dirigiéndose al funcionario del sindicato que tema a su derecha le preguntó:

—Dígame, correligionario. ¿Tengo alguna autoridad en este trabajo que me

consiguieron? Es decir, ¿puedo...?

—Es un trabajo sindical como tantos otros —contestó el otro, aburrido —. Tienes que estar sentado ahí; esperar. ¿Hace tanto que no trabajas que ya no te acuerdas? —dijo riendo, mientras codeaba a su compañero—. Escucha, Fischer quiere saber qué autoridad le da este trabajo.

Los dos se echaron a reír.

—Fischer, permite que te diga una cosa —dijo el funcionario arrastrando las palabras—. Una vez que estés bien instalado en la Casa Blanca, cuando tengas la cama lista, la silla y hayas organizado el horario de tus comidas, el lavado de la ropa y las horas para ver televisión, ¿por qué no te acercas a

Unicefalón 40-D y te pones a gimotear un poco? Tú sabes, a rascarte y gimotear. A lo mejor nota tu presencia.

—Déjenme en paz —protestó Max.

—Y después —continuó el funcionario— le dices algo así

como, "Escucha, Unicefalón, soy tu compinche. Si tú me rascas la espalda a mí, yo te rasco la espalda a tí. Pasa una ordenanza que me favorezca..."

—¿Pero qué servicio puede prestarle él a Unicefalón? —preguntó el otro funcionario del sindicato.

—Puede divertirlo; por ejemplo, contarle su historia, cómo salió de la pobreza y se educó mirando televisión siete días por semana hasta llegar a la cúspide. ¿Y a qué no sabes una cosa? Le

dieron el trabajo de... suplente del presidente —dijo el funcionario, riendo despectivamente.

Maximilian no contestó. El rubor le subió por las mejillas pero se limitó a mirar estúpidamente por la ventanilla del monorriel.

Cuando llegaron a Washington D.C., ya en la Casa Blanca, enseñaron a Fischer su pequeño cuarto. Era el que había ocupado Gus y aunque habían sacado todas las viejas revistas de automóviles antiguos, aún quedaban algunas láminas adheridas a la pared: un Volvo S-122 de 1963, un Peugeot 403, de 1957 y otras clásicas antigüedades de una época pasada. Sobre un anaquel

Max vio un modelo en plástico tallado a mano de un cupé Studebaker modelo Starlight 1950 con todos los detalles del original reproducidos a la perfección.

—Estaba haciendo eso cuando estiró la pata —dijo uno de los funcionarios mientras dejaba en el suelo la maleta de Max—. El podía dar cualquier información sobre todos los detalles de esos coches anteriores a los modelos de turbina. Hasta el detalle más insignificante e inútil.

Max asintió.

—Y tú, ¿tienes alguna idea de lo que vas a hacer? —preguntó el funcionario.

—¡Demonios! ¡Cómo puedo saberlo tan pronto! Necesito tiempo.

Recogió malhumorado la cupé Studebaker Starlight y examinó la parte inferior. Sintió un impulso de destrozar el modelo, pero lo dejó donde estaba y volvió la espalda.

—¿Por qué no haces una pelota con gomas elásticas? —dijo el funcionario.

—¿Qué dices?

—El suplente que estuvo antes que Gus, Luis no se

qué, acostumbraba a juntar anillas de goma y formaba una pelota que se iba agrandando cada vez más; cuando murió, la bola ya era grande como una casa... No me acuerdo cómo se llamaba el tipo, pero la pelota de anillas de goma está ahora en el Museo Smithsoniano.

Hubo un movimiento en el

corredor. Una de las recepcionistas de la Casa Blanca, mujer madura vestida con severidad, asomó la cabeza en la habitación y dijo:

—Señor presidente; un cómico de la televisión desea entrevistarlo. Por favor, trate de terminar pronto porque hoy hay varias excursiones que desfilarán por el edificio y puede ser que algunos turistas pidan verlo a usted.

—Está bien— contestó Max.

Al volverse se encontró con Jim-Jam Briskin, el payaso del momento.

—¿Desea verme a *mí?*- preguntó a Briskin en tono vacilante— Quiero decir, ¿está usted seguro que desea entrevistarme a mí?

No podía imaginarse qué interés

podía hallar en él Briskin. Tendiéndole la mano agregó:

—Esta es mi habitación, pero las copias de coches y las fotos que ve por aquí no son mías, pertenecían a Gus. No puedo decirle nada con respecto a ellas.

Briskin lucía en la cabeza la familiar peluca de color rojo vivo característica del payaso, que prestaba a su imagen real el mismo aspecto extraño que las cámaras captaban tan bien. Sin embargo, parecía más viejo que en televisión, aunque lucía la misma sonrisa abierta v amistosa que todo el mundo admiraba, el símbolo de su simpatía, del buen tipo siempre con el ánimo en alto y de buen carácter, aunque cuando la ocasión lo requería, solía

hacer gala de un sentido del humor algo mordaz. Briskin era esa clase de hombre que,...bueno —pensó Max—, *la clase de tipo que uno desearía se casara con alguien de la familia.*

Se estrecharon las manos.

—Señor Max Fischer, mejor dicho...señor presidente en estos momentos se encuentra usted ante las cámaras —dijo Briskin—. Jim-Jam habla desde aquí. Permita que le haga una pregunta ante los billones de televidentes que se encuentran en los más remotos rincones de nuestro sistema solar. ¿Cómo se siente señor, al saber que si Unicefalón 40-D llegara a fallar siquiera momentáneamente, usted sería lanzado al cargo más importante que

jamás haya caído sobre

los hombros de un hombre, el de ser, no ya un mero suplente sino el verdadero presidente de Estados Unidos? ¿Ese pensamiento lo preocupa por las noches? — dijo terminando la pregunta con una sonrisa.

A sus espaldas, los técnicos de fotografía desplazaban las cámaras de un lugar a otro. Las luces intensas le quemaban los párpados y Max sintió que el calor empezaba a hacerlo transpirar por el cuello, las axilas y el labio superior.

—¿Qué emociones siente en este momento —siguió preguntando Briskin —, cuando está en el umbral de una nueva tarea, quizá para el resto de sus

días? ¿Qué pensamientos se le ocurren ahora, que ya está en la Casa Blanca?

Tras una pausa, Max contestó.

—Es...es una gran responsabilidad.

Enseguida cayó en la cuenta; vio que Briskin se reía de él, se reía en silencio en su propia cara. Todo era una payasada de Briskin a costa suya. La audiencia dispersa por las diversas lunas y planetas también lo sabía. De sobra conocía el sentido del humor de Jim-Jam.

—Usted es un hombre de buen físico —dijo Briskin—, corpulento diría yo. ¿Le gusta hacer ejercicio? Le hago esta pregunta porque en su puesto actual estará confinado a este cuarto y me gustaría saber qué cambios producirá*eh

su vida esta situación.

—Bueno —dijo Max—, desde luego, pienso que un empleado del gobierno debe estar siempre en su puesto. Sí, lo que acaba de decir es muy cierto, debo estar aquí día y noche, pero eso no me preocupa. Estoy preparado.

—Dígame —preguntó Briskin— ¿Acaso usted...

Se interrumpió y, volviéndose hacia los técnicos de video que estaban a sus espaldas, les dijo con voz extraña;

—La transmisión se ha cortado.

Un hombre que llevaba auriculares se acercó pasando entre las cámaras.

—Escuche por el monitor —dijo entregando los auriculares a Briskin—, hemos sido cancelados por Unicefalón;

está transmitiendo un boletín de noticias.

Briskin se colocó los audífonos. La cara se le contorsionó al decir:

—Esas naves que se aproximan a ochocientas unidades astronómicas..., dice que son enemigas —dirigió una rápida mirada a los técnicos, la peluca un poco ladeada—. Ya han empezado a atacar... Dice que en menos de veinticuatro horas estos intrusos han logrado penetrar no sólo el sistema solar, sino también descomponer Unicefalón 40-D.

Maximilian Fischer se enteró de esto de manera indirecta mientras cenaba en la cafetería de la Casa Blanca.

—¿Señor Maximilian Fischer?

—Sí —contestó Max, mirando sorprendido al grupo de a— gentes del servicio secreto, que rodeaba la mesa.

—Usted es presidente de Estados Unidos.

—Se equivocan —dijo Max—, sólo soy un suplente del primer magistrado, no es lo mismo.

—Unicefalón 40-D está fuera de servicio, no sabemos por cuánto tiempo; puede ser un mes o más —dijo el hombre del servicio secreto—. De acuerdo con la enmienda de la constitución, desde este momento usted es presidente y comandante en jefe de todas las fuerzas armadas. Estamos aquí para protegerle —concluyó sonriendo burlonamente.

Max a su vez le sonrió.

—¿Me entiende? —preguntó el agente—, ¿La idea le penetra?

—¡Por supuesto! —contestó Max.

Fue entonces cuando comprendió el significado de los murmullos que había escuchado mientras esperaba con la bandeja en la fila de la cafetería. También eso explicaba las miradas raras que le había dirigido el personal de la Casa Blanca. Dejó la taza de café, secó sus labios con la servilleta, lenta y tranquilamente, fingiendo estar absorto en pensamientos graves. En realidad su mente era un vacío.

—Nos han dicho que lo necesitan inmediatamente en el puesto fortificado del Consejo Nacional de Seguridad —

afirmó el hombre del servicio secreto—. Quieren que usted participe en las deliberaciones sobre estrategia, ya están en el tramo final.

Desde la cafetería se dirigieron todos al ascensor.

—Estrategia política —dijo Max mientras descendían. Tengo formada una opinión con respecto a ese problema. Creo que ha llegado el momento de actuar severamente con esas naves extranjeras. ¿Ustedes no piensan lo mismo?

Los hombres del servicio secreto asintieron.

—Claro, debemos demostrarles que no tenemos miedo. Naturalmente llegaremos a una definición:

aplastaremos a esos microbios —les dijo Max.

Los guardaespaldas del servicio secreto festejaron la ocurrencia con una risa espontánea. Más animado, Max dio un codazo al jefe del grupo.

—Creo que somos bastante fuertes; quiero decir, Estados Unidos es un país con músculo.

Max, muéstrales de lo que somos capaces — dijo uno de los agentes, y todos rieron estruendosamente, incluso Max.

Al salir del ascensor se les presentó un hombre alto y bien vestido que dijo con tono urgente:

—Señor presidente, soy Jonathan Kirk, secretario de prensa de la Casa

Blanca. Creo que en esta hora, de grave peligro, antes de conferenciar con los miembros del Consejo Nacional de Seguridad, usted debería dirigirse al país. El pueblo quiere saber cómo es su nuevo líder. Aquí tiene una declaración redactada por la Junta Política Asesora —dijo extendiéndole algunas hojas de papel—, codifica su...

—Nada —dijo Max, devolviéndole los papeles sin mirarlos—. El presidente soy yo, no usted. Ni siquiera lo conozco. ¿Cómo dijo que se llama, Kirk, Burke Shirk? Nunca lo oí nombrar. Dígame dónde está el micrófono y yo haré mi discurso. O comuníqueme con Pat Noble, talvez él tenga algunas ideas.

Enseguida recordó que Pat lo había

vendido; era él quien lo metió en esto.

—No, no lo haga —se corrigió Max—. Déme el micrófono solamente.

—Este es un momento de crisis —graznó Kirk.

—¡Claro! —aprobó Max —Será mejor que me deje solo. No se ponga en mi camino y yo no me interpondré en el suyo ¿entendido? —palmeó familiarmente a Kirk—. Así vamos a entendemos.

Apareció un grupo de personas con cámaras portátiles de televisión y lámparas de iluminación; entre todos ellos estaba Jim-Jam Briskin, rodeado de todo su personal.

—¡Hola Jim-Jam! gritó. Mire, ahora soy presidente. Jim Briskin se

acercó impasible.

—No voy a formar una pelota con anillas de goma —dijo Max—, ni pienso tampoco hacer modelos automovilísticos; nada de eso —apretó con fuerza la mano de Briskin—. Gracias por sus felicitaciones — concluyó.

—Felicitaciones —dijo entonces Briskin en voz baja.

"Gracias — repitió Max apretando la mano del otro hasta hacerle crujir los nudillos—. Naturalmente, tarde o temprano podrán remendar esa caja de ruidos y entonces volveré a ser el suplente. Pero...

Sonrió alegremente a todos los que se encontraban a su alrededor. En ese

momento el corredor estaba colmado de gente; técnicos de la televisión, personal de la Casa Blanca, oficiales del ejército y agentes del servicio secreto..., toda clase de gente.

—Señor Fischer, tiene una gran obra que realizar —dijo Briskin.

—Sí —asintió Max.

Le pareció que los ojos de Briskin trataban de decirle algo... "Quisiera saber si será capaz de hacerlo. Me pregunto si es el hombre indicado para detentar el poder".

—Ya lo creo que puedo —afirmó Max ante el micrófono de Briskin para que toda la audiencia pudiera escucharlo.

—Es posible que así sea —dijo

Briskin, revelando ciertas dudas.

—¿Qué...? ¿Acaso ya no le gusto? —preguntó Max.

Briskin no respondió; se limitó a parpadear.

—Escucha bien —dijo Max—; ahora soy presidente y puedo cerrar tu estúpida red de televisión. Puedo enviarte los agentes del FBI cuando se me antoje. Para que lo sepas, en este mismo momento voy a echar al fiscal general, quiero en ese puesto a alguien de mi confianza.

—Ya veo —dijo Briskin.

Su expresión no era tan dubitativa, adquirió cierto grado de convicción que Max no podía determinar.

—Sí —dijo Jim Briskin—. Posee

la autoridad suficiente para ordenarlo. Usted es, de verdad, el presidente.

—Mucho cuidado —advirtió Max —. Tú no eres nadie comparado conmigo, Briskin, ni siquiera frente a esa inmensa audiencia.

Luego volvió la espalda a las cámaras y pasó por la puerta abierta hacia el hoyo fortificado del Consejo Nacional de Seguridad.

Algunas horas más tarde, ya de madrugada, Maximilian Fischer escuchaba, soñoliento, en las profundidades de la fortificación del Comité Nacional de Seguridad, las últimas

noticias por televisión. Para ese

entonces, los servicios de inteligencia habían descubierto la llegada de unas treinta naves extrañas al sistema solar. Se creía que, en total, habían entrado unas setenta y los desplazamientos de todas eran constantemente vigilados.

Eso era sólo el principio, y Max lo sabía. Tarde o temprano tendría que dar la orden de ataque contra las naves extranjeras. Vaciló un momento. Después de todo, ¿de dónde procedían? ¿quiénes eran? Nadie podía decirlo; ni siquiera la CIA. ¿Qué fuerzas eran capaces de desplegar? Nadie tampoco estaba en condición de determinarlo.

Por otra parte, habían surgido algunos problemas de carácter interno. A decir verdad, Unicefalón había

chapuceado con la economía, dirigiéndola cuando lo creía conveniente; había suprimido impuestos mediante medidas demagógicas, había reducido las tasas de interés...todo lo cual terminó por destruir el resolutor de problemas.

¡Jesús! —pensó Max con tristeza —. ¿Acaso sé algo sobre cuestiones de desempleo? Quiero decir, ¿cómo sé qué fábricas debo volver a abrir y cuándo hacerlo?

Se volvió hacia el general Tompkins que, sentado junto a él, examinaba el informe sobre las tácticas de defensa de las naves encargadas de proteger a la Tierra.

—Dígame ¿nuestras naves están

bien distribuidas? —preguntó a Tompkins.

—Sí, señor presidente —contestó el general.

Max se sobresaltó, a pesar de que el general no se había dirigido a él en tono irónico sino que había hablado con toda naturalidad, con respeto.

—Muy bien —dijo—; me alegro de eso y espero que la nube de cohetes esté bien planeada, de manera que no deje pasar ninguna nave, como sucedió con Unicefalón. No quiero que eso se repita.

—Desde las seis, hora local, está en vigencia el Defcon Uno —dijo el general Tompkins—. Estamos en pleno pie de guerra.

—¿Y qué sucede con esas naves

estratégicas? —Max ya había aprendido la expresión eufemística para referirse a la fuerza de ataque.

—Estamos capacitados para organizar un ataque en cualquier momento —dijo el general Tompkins, dirigiendo una mirada a lo largo de la mesa en espera de los cabeceos de asentimiento de sus colegas—. Somos capaces de aniquilar a los setenta invasores que han penetrado en nuestro sistema.

—¿Tienen un poco de bicarbonato? —preguntó Max con un gruñido.

El estado de cosas lo estaba deprimiendo. ¡Qué manera de sudar y trabajar! —pensó—. ¡Cuánta agitación! ¿Por qué esos microbios no se van de

nuestro sistema? Quiero decir, ¿es necesario que declaremos la guerra? No podemos saber qué hará el sistema de los invasores como represalia; nunca se sabe cómo reaccionarán ciertas formas vivientes antihumanas, no se puede confiar en ellas.

—Eso es lo que me preocupa —dijo en voz alta—; las represalias —y exhaló un suspiro.

—Es evidente que resulta imposible negociar con ellos —dijo el general Tompkins.

—¡Adelante, entonces! —dijo Max —. Denles una buena tunda.

Miró cerca suyo, buscando el bicarbonato.

—Creo que es la mejor decisión

que pueda haber tomado —afirmó el general Tompkins.

Los consejeros sentados en tomo a la mesa, movieron las cabezas en señal de asentimiento.

—Una extraña noticia ha llegado a nuestro conocimiento —dijo uno de los consejeros a Max, sosteniendo en la mano un despacho del teletipo.

—James Briskin acaba de presentar un recurso de mandamus contra usted, ante un tribunal de California. Afirma que usted no es el presidente legítimo porque no fue elegido para el cargo.

—¿Se refiere a que no me votaron? —preguntó Max—. ¿Sólo por eso?

—Sí, señor. Briskin ha pedido a

los tribunales federales que se expidan sobre el caso y entretanto, se ha declarado candidato.

—¿Queeé?

—Briskin no sólo afirma que usted debe hacer la campaña para ser electo, sino que debe correr contra él. Evidentemente piensa que con su popularidad...

—¡Caracoles! —exclamó Max—. Muy bien, entonces. Ya está decidido; ustedes, los muchachos del ejército, sigan adelante con sus planes y hagan pedazos a esas naves foráneas. Mientras tanto —y en ese momento tomó la decisión—,

ejerceremos ciertas presiones económicas contra los patrocinantes de

Jim-Jam. Nos ocuparemos de los de la cerveza Reinlander, de los electrónicos Calbest..., de todos, para tratar de que no se presente como candidato.

Todos los presentes asintieron. Hubo un crujido de papeles y los portafolios se cerraron. La reunión había terminado, al menos por el momento.

Es injusto —se dijo Max—, él me lleva ventaja. ¡Cómo presentarme contra él si no estamos en iguales condiciones! La televisión le ha dado fama, y a mí no. Eso no es justo, no puedo admitirlo.

Si lo desea, Jim-Jam puede presentarse como candidato; de nada le valdrá. No podrá derrotarme porque no vivirá el tiempo suficiente para conseguirlo.

Una semana antes de las elecciones, Telscan, la agencia interplanetaria de investigaciones de la opinión pública dio a conocer los resultados de las últimas encuestas. Al leerlos, Maximilian se sintió más deprimido que nunca.

—Fíjate en esto —dijo a su primo León Lait, el abogado a quien recientemente había nombrado fiscal general.

Le arrojó el informe.

El apoyo obtenido por Max era insignificante en realidad. Si se efectuaba la elección de inmediato, no había duda de que Briskin saldría ganador.

—¿Por qué será? —preguntó Lait.

Igual que Max, su primo era un hombre corpulento, barrigón y hacía años que desempeñaba el trabajo de suplente. No estaba acostumbrado a ningún tipo de actividad física, y su nuevo trabajo le resultaba bastante difícil, pero no renunciaba por lealtad hacia Max.

—¿Será porque tiene varias estaciones de televisión? —preguntó mientras sorbía cerveza directamente de la lata.

—No —repuso Max con sarcasmo —; es porque el ombligo le brilla en la oscuridad! Por supuesto que es por las estaciones de televisión, no seas imbécil. ¿No ves que todos los días machacan sobre lo mismo? Le están

creando una *imagen*. Es un payaso —concluyó malhumorado—; con esa peluca roja servirá para dar noticias, pero no para presidente.

Guardó silencio. Demasiado enfadado estaba para seguir hablando.

Cosas peores habrían de suceder.

Esa misma noche, a las nueve, como culminación de la campaña, Jim-Jam Briskin empezó una maratón de setenta y dos horas por televisión. Estaba destinada a llevar hasta el tope su popularidad, y asegurarle la victoria en las elecciones.

Max Flecher estaba sentado en la cama de su dormitorio especial en la Casa Blanca, con la bandeja de la cena ante sí, mientras miraba

melancólicamente la televisión.

¡Ese Briskin! —pensó furioso por millonésima vez.

—Mira —dijo a su primo, el fiscal general, sentado en un sillón—. Ahí está —y señaló la pantalla del televisor.

León Lait continuó mordisqueando su hamburguesa con queso.

—¡Qué abominable! —exclamó.

—¿Sabes desde dónde transmite? —le preguntó Max—. Desde uno de los lugares más lejanos del espacio, mucho más allá de Plutón. Está usando el transmisor del lugar más remoto que pudo encontrar. Tus tipos del FBI no podrán alcanzarlo nunca...

—Ya verás —dijo León, tratando de tranquilizarlo—; les dije que tenían

que alcanzarlo por orden especial de mi primo, el presidente.

—Pero pasará un buen tiempo hasta que logren alcanzarlo— dijo Max—. ¿Sabes León? Eres demasiado lento. Te diré un secreto. Tengo lista una de las naves de línea, la *Dwight Eisenhower.* Pienso dejarle caer un buen huevo de paloma encima, con mucho estruendo ¿sabes? En cuanto dé la voz de mando, entrará en acción.

—De acuerdo Max.

—No me gusta verme obligado a hacerlo —dijo Max.

El programa de televisión se estaba poniendo animado. Se encendieron grandes reflectores y avanzó en el escenario, con paso lento y ondulante, la

bonita Peggy Jones, envuelta en un vestido brillante que dejaba al descubierto uno de sus hombros, sobre el que caía su pelo radiante.

Ahora van a hacer un 'strip-tease' de primera calidad, por una chica bien bonita —pensó Max, acomodándose para ver mejor.

Debía reconocer una cosa; la oposición, sin necesidad de llegar al desnudo, tenía de su parte cierto atractivo sexual. Briskirt y su personal se habían encargado de que así fuera. En el otro extremo de la habitación, el primo de Max había dejado de mordisquear su emparedado; al menos por un momento no se escuchó el ruido de sus candios. Pero no por mucho

tiempo; poco después siguió masticando.

La linda Peggy entonaba una canción pegadiza desde la pantalla:

"Vote por Jim-Jam, es el mejor favorito de América, ayer y hoy.

Como Jim-Jam otro no hay, es el candidato superior."

Max gruñó exasperado.

—¡Dios mío! —exclamó.

A pesar de todo, cuando la muchacha entonaba el estribillo ondeando su cuerpo al ritmo de la música, sonaba muy agradable.

—Creo que no tengo otro remedio que ordenarle a la *Dwight D. Eisenhower* seguir adelante con la

consigna —dijo Max.

—Si tu lo dices, Max —dijo León —.puedes estar tranquilo; dictaminare que actuaste dentro de la ley, no te preocupes y procede.

—Pásame el teléfono rojo —pidió Max—. Es la conexión que usa el comandante en jefe para dar instrucciones ultra— secretas. No está mal ¿verdad? —dijo al recibir el teléfono de manos del fiscal general—. Estoy llamando al general Tompkins; él dará la orden a la nave. Lo siento mi estimado Briskin —agregó echando la última mirada a la pantalla—; tú lo has querido. No debías haber procedido como lo hiciste, ponerte en contra de mí y todo lo demás.

La chica del vestido plateado desapareció de la pantalla. Jim-Jam la reemplazó. Max bajó el teléfono por un momento, para mirar mejor.

—¡Hola, queridos-camaradas! —exclamó Briskin levantando los brazos para pedir silencio (a los aplausos grabados). Bien sabía Max que en aquel lugar remoto no había audiencia. Los aplausos fueron más fuertes al principio, luego un poco apagados.

Briskin sonrió fotogénicamente ante las cámaras, esperando que los aplausos terminaran.

—Es falso —gruñó Max—; es un público falso. El y todo su equipo son muy listos. Ya ha ganado popularidad entre la audiencia.

—Es cierto, Max —dijo el fiscal general—. Me dí cuenta de eso ya...

—¡Camaradas! —anunció Briskin sobriamente desde la pantalla—. Como ustedes saben, en un principio el presidente Maximilian Fischer y yo nos llevábamos muy bien.

Mientras tenía la mano apoyada en el teléfono rojo Max pensó que lo que decía Jim-Jam era cierto.

—Nuestras diferencias, que habrían de terminar en ruptura —continuó Briskin—, tuvieron origen en la cuestión del empleo de la fuerza; el uso del poder sin limitaciones. Para Max Fischer, el despacho presidencial es sólo una máquina, un instrumento que puede utilizar para satisfacer sus deseos

personales. Creo, honestamente, que en algunos sentidos tiene buenas ideas, hace lo posible por llevar a la práctica las políticas más positivas de Unicefalón. Ahora bien, con respecto a los medios que emplea..., eso es otra cuestión.

—Escúchalo bien, Leo —dijo Max.

No importa lo que dice —pensó para sí—; haré de todos modos lo que me he propuesto. Nadie se cruzará en mi camino. Cumpliré con mi deber; eso es todo. El cargo tiene ciertas responsabilidades, y si tú fueras presidente como yo, harías lo mismo.

—El presidente, como todos los demás, debe acatar la ley —decía Jim Briskin—; a pesar del poder que

detenta, no puede, de ninguna manera, ponerse por encima de la ley.

Permaneció en silencio unos instantes, luego continuó:

—Sé muy bien que en este mismo momento el FBI, siguiendo órdenes directas de León Lait, designado por Max Fischer, tratará de cerrar las estaciones de esta cadena para amordazarme. Una vez más, Max Fischer está abusando del poder mientras emplea la repartición policial para sus propios fines, convirtiéndola en una extensión...

Max levantó el teléfono rojo. Enseguida escuchó una voz que decía:

—Sí, señor presidente. Habla el general Tompkins, J. de C.

—Y eso...qué es? —dijo Max.

—Jefe de Comunicaciones, Ejército 600-1000 señor, a bordo de la *Dwight D. Eisenhower,* en transmisión por relé a través de la estación Plutón.

—¡Ah, sí! —dijo Max, moviendo la cabeza—. ¡Eh, muchachos, escuchen! Estén alerta ¿entienden? Permanezcan

atentos hasta cuando reciban mis próximas instrucciones.

Puso la mano sobre el receptor y miró a su primo, que había terminado el emparedado y estaba bebiendo un batido de fresas.

—León —dijo—, ¿Qué hago? Quiero decir, eso que Briskin está diciendo es verdad.

—Dale la orden a Tompkins —

repuso León y eructó; después se golpeó el pecho con el puno—. Perdón —dijo —

Jim Briskin continuaba hablando desde la pantalla.

—Mientras hablo con ustedes, mi vida corre peligro; el hombre que es nuestro presidente no vacilaría en emplear el crimen para lograr sus objetivos. Estamos soportando una verdadera tiranía política, que por primera vez aparece en nuestra sociedad, en un intento de reemplazar la vigencia de la razón. Es una tendencia completamente ajena a Unicefalón 40-D, nuestro resolutor automático de problemas, diseñado, construido y puesto en operaciones por nuestros

mejores cerebros, que siempre se han empeñado en la conservación de los valores de nuestras mejores tradiciones. La sumisión de un estado que fuera ideal a la tiranía de un solo hombre es, desgraciadamente, una triste experiencia.

—Ahora ya no puedo dar la orden —dijo Max con calma.

—¿Por qué no? —preguntó León —. Escucha Max, ¿por qué no puedes seguir adelante?

—No sé cómo explicarlo pero..., ¡qué diablos! Eso demostraría que tiene razón.

De todas maneras sé que tiene razón —pensó Max—, Pe ro ¿acaso ellos lo saben? ¿El pueblo está

enterado? No puedo correr el riesgo de que me descubran —admitió—. Es preciso que respeten a su presidente, lo honren y admiren. No me extraña que en las encuestas de popularidad saque una puntuación tan elevada. Con razón Jim Briskin se decidió a luchar contra mi cuando se enteró que yo estaba en el puesto. De alguna manera se dan cuenta de quién soy; lo sienten y también saben que Jim-Jam les está diciendo la verdad. No tengo pasta para presidente; no estoy capacitado para el cargo.

—Escucha León —dijo a su primo; a pesar de todo haré lo que tenía pensado con ese tipo Briskin, después renunciaré. Será mi último acto oficial.

Volviendo a tomar el teléfono,

continuó.

—Daré orden de aniquilar a Briskin; otro después podrá

ser presidente. Habrá que dejar que el pueblo decida. Podrá ser Pat Noble o tú; no me interesa —sacudió la horquilla del teléfono—. ¡Eh, Jefe de Comunicaciones! gritó—. Vamos, conteste —y volviéndose hacia su primo le dijo—: Oye, dame un vaso de batido, recuerda que la mitad es para mí.

—Por supuesto, Max —contestó el fiel León.

—¿Nadie contesta? — preguntó Max en el teléfono.

Esperó, pero no consiguió que le contestaran.

—Algo debe andar mal —explicó a

León—, no me sorprendería que hayan hecho volar todo el equipo de comunicaciones. Deben ser esas naves invasoras.

Miró la pantalla de televisión. Estaba en blanco.

—¿Qué sucede? —preguntó Max: —¿Qué me están haciendo? Quisiera saber quién se esconde detrás de todo esto.

No entiendo —concluyó, mirando asustado, en torno.

Como si estuviera ajeno a todo, León continuaba imperturbable bebiendo su batido. Se limitó a encogerse de hombros; él tampoco tenía ninguna explicación. Sin embargo, su cara rubicunda había empalidecido.

—Es demasiado tarde —admitió Max—; de todos modos ya es demasiado tarde —colgando el teléfono lentamente agregó—: León, tengo enemigos mucho más poderosos que yo, y ni siquiera tengo idea de quiénes son.

Quedó sentado, en silencio, frente a la televisión a oscuras, esperando.

De pronto se escuchó la voz del anunciante.

—Este es un boletín de noticias semi-autónomo. Atención, por favor.

Otra vez silencio.

Briskin miró a Ed Finneberg, a Peggy después, y esperó.

—Camaradas, ciudadanos de Estados Unidos —dijo la voz inexpresiva y monótona del anunciante

de televisión—. El interregno ha terminado. La situación vuelve a la normalidad, felizmente.

Mientras él hablaba, aparecieron algunas palabras en la pantalla monitora, grabadas en una cinta que pasaba lentamente ante las cámaras. En Washington DC. Unicefalón 40-D se había auto-reparado en la forma acostumbrada dentro del co-eje. Ocupó de inmediato el espacio en el aire, anulando el programa que se transmitía en esos momentos; por tradición tenía derecho a hacerlo. La voz era producida por el órgano verbalizador sintético de la estructura auto-

automática. Esto es lo que informaba Unicefalón 40-D:

—Artículo primero: Queda anulada la campaña para la elección.

—Artículo segundo: El presidente interino Max Fischer, cesa en su cargo.

—Artículo tercero: Estamos en guerra con las fuerzas foráneas que han invadido nuestro sistema.

—Artículo cuarto: James Briskin, cuya voz han estado escuchando...

Ahora viene —pensó Briskin. A través de los audífonos le llegó la voz chata e impersonal que continuaba diciendo:

—...a través de estas instalaciones, tiene orden de cesar en sus actividades y desistir de sus pretensiones. Se extenderá de inmediato un recurso de mandamus solicitándole que muestre

justa causa para continuar en libertad y proseguir con cualquier actividad de índole apolítica. En el interés público, le ordenamos que dé por terminadas sus actividades políticas.

—Ya está. Todo ha terminado —dijo Briskin sonriendo vacuamente a Peggy y Ed Finneberg—. Debo anularme políticamente.

—Puedes presentarte ante los tribunales —dijo Peggy decidida—; apela a la Corte Suprema, ya hay antecedentes de decisiones de Unicefalón 40-D que han sido anuladas.

Le colocó la mano en el hombro tratando de consolarlo, pero él se hizo a un lado.

—¿No te atreves a desafiarlo? —

insistió ella.

—Por lo menos me han cesado —dijo Briskin, cansado—. Estoy contento de que la máquina haya vuelto a funcionar. Es una vuelta a la normalidad. Creo que es preferible para todos —concluyó, tratando de inspirar confianza a Peggy.

—¿Qué piensas hacer, Jim-Jam? —preguntó Ed—. ¿Volverás a tu antiguo empleo con la cerveza Reinlander y electrónicos Calbest?

—No —murmuró Briskin—. Eso, por supuesto, queda descartado.

En realidad, no podía silenciar sus ideas políticas; de ninguna manera pensó en hacer lo que dijera el resolutor de problemas. Le era imposible desde un

punto de vista biológico; tarde o temprano, para bien o para mal, empezaría a hablar nuevamente. *Además* —pensó—, *estoy seguro de que Max tampoco puede hacer lo que le han dicho*. Ninguno de los dos somos capaces de cumplirlo. Tal vez, después de todo —siguió pensando— inicie alguna acción contra el recurso de manda mus. Puedo presentar una contrademanda... Me presentaré ante el tribunal y le haré un juicio a Unicefalón 40-D: querellante Jim-Jam; acusado, Unicefalón 40-D —sonrió para sí. Necesitaré un buen abogado; alguien mucho más capaz que el letrado principal de Max Fischer, su primo León Lait.

Sacó la chaqueta del armario que había en el pequeño estudio desde el cual hicieran la transmisión, y se la puso lentamente. Desde ese remoto lugar, había un largo viaje hasta la Tierra; estaba ansioso por ponerse en camino.

Peggy lo siguió.

—¿No piensas salir al aire *para nada?* ¿Ni siquiera vas a terminar el programa? —le preguntó ella.

—No —repuso Briskin.

—Piensa que Unicefalón pronto volverá a interrumpir la transmisión; después ¿qué nos restará? La nada; aire muerto. Eso no está bien. Jim, no sé cómo puedes abandonar todo así. No te creía capaz de algo semejante; no está de a— cuerdo con tu temperamento.

Antes de llegar a la puerta del estudio, se detuvo.

—Tú has oído lo que dijo, las instrucciones que impartió —trató Briskin de convencerla.

—Pero nadie deja el aire así, muerto —dijo Peggy—. Es el vacío, Jim; eso va contra la misma naturaleza. *Si tú no lo llenas, alguien lo hará por ti*. Mira, en este momento Unicefalón acaba su transmisión.

La cinta con palabras impresas había dejado de pasar y la pantalla, una vez más, estaba a oscuras, silenciosa, sin luz ni movimiento.

—No puedes desconocer la responsabilidad que tienes —dijo Peggy.

—¿Estamos transmitiendo nuevamente? —Jim le preguntó a Ed.

—Está fuera del circuito, al menos por el momento —dijo Ed mirando el escenario vacío que las cámaras de televisión y las luces parecían señalarle.

No habló. No era necesario. Con la chaqueta puesta se dirigió hacia el lugar enfocado por las cámaras. Sin sacar las manos de los bolsillos dio unos pasos hacia atrás para estar al alcance de las cámaras, y sonriente dijo:

—Queridos camaradas, creo que la interrupción ha terminado por ahora, de modo que podemos continuar.

El volumen de los aplausos grabados pareció aumentar, regulados por Ed Finneberg; Jim Briskin levantó

las manos pidiendo silencio al público imaginario del estudio.

—¿Alguien conoce a un buen abogado? —preguntó cáusticamente Jim-Jam—. Si es así, telefonéenme de inmediato, antes de que llegue el FBI.

Cuando terminó el mensaje de Unicefalón, Maximilian Fischer, que se hallaba en el dormitorio de la Casa Blanca, se volvió hacia su primo León y le dijo:

—Bueno, he perdido el puesto.

—Así parece, Max — dijo León.

—Y tú, también —le recordó Max —. Van a ser implacables, de eso puedes estar seguro. Cesado —repitió para sí, haciendo rechinar los dientes—.

Parece un insulto. ¿No podía haber dicho *'retirado'?*

—Es una manera de expresarse —dijo León—. No te preocupes Max, a ver si te hace mal al corazón. Además, todavía te queda el trabajo de suplente y ese es el segundo puesto máximo del país. Presidente interino de Estados Unidos, no lo olvides. Piensa que has tenido suerte en librarte de tanto esfuerzo y preocupaciones.

—Quisiera saber si me permitirán terminar la cena —dijo Max, picando un poco la comida que tenía en la bandeja.

No sabía porqué, pero ahora que estaba retirado, sentía un apetito feroz. Eligió un emparedado de pollo y le dio un buen mordisco.

—Estoy en mi derecho —dijo—; después de todo tienen la obligación de alojarme aquí y darme de comer todos los días ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! —afirmó León mientras hacía esfuerzos por pensar en algún argumento de tipo legal—. Eso figura en el contrato que el sindicato firmó con el Congreso. ¿Recuerdas esos tiempos Max? Por algo fuimos a la huelga.

—¡Qué época aquélla! —dijo Max, poniendo los ojos en blanco.

Terminó el emparedado de pollo y bebió unos cuantos sorbos de un espeso ponche de huevos. ¡Qué sensación de bienestar le proporcionaba no tener que tomar grandes decisiones! Dejó escapar

un suspiro de alivio profundo y prolongado, y se reclinó satisfecho en la pila de almohadones que lo sostenía.

Sus pensamientos no tardaron en tomar otra dirección. Sin embargo, me gustaba bastante tomar decisiones hizo un esfuerzo por agudizar su entendimiento —. Quiero decir, era muy distinto a ser un simple suplente o a cobrar el seguro de desempleo. Me daba cierta...satisfacción. Eso es: como si estuviera logrando algo.

Ya empezaba a extrañar esa sensación; de pronto se sintió vacío, como si la vida careciera de propósito.

—León —dijo, por fin—, pensar que pude haber sido presidente por un mes más. Me gustaba ese cargo.

¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que te entiendo —murmuró León.

—No, te equivocas.

—Hago lo posible por comprenderte —afirmó su primó te lo juro.

—No debí dejar que esos ingenieros repararan a Unicefalón —dijo Max—; hubiera sido mejor postergar el proyecto, por lo menos unos seis meses más.

—Ahora es demasiado tarde —refirmó León.

¿Lo crees? —se preguntó Max—, Después de todo, siempre puede sucederle algo a Unicefalón 40-D... Un accidente.

Mientras comía una porción de tarta de manzanas con queso, siguió dándole vueltas a la idea. Conocía a alguien que hacía esa clase de trabajo. Podía ponerse en contacto con él.

Un accidente importante, casi fatal —pensó Max—, En medio de la noche, cuando todos estén durmiendo y yo sea el único despierto en la Casa Blanca. Después de todo, para ser franco, los invasores nos enseñaron cómo hacerlo.

—Mira, Jim Briskin está otra, vez en la pantalla —dijo León, señalando el aparato de televisión.

Era verdad. La peluca roja volvía a estar en pantalla. Briskin estaba diciendo algo gracioso y al mismo tiempo profundo, algo como para hacer

pensar a uno.

—Escucha —dijo León—, se está burlando del FBI ¿Te parece posible que sea capaz de algo así? No le teme a nadie.

—No me molestes — replicó Max —, estoy pensando.

Extendió el brazo con cuidado y bajó el volumen del televisor. No podía permitir que nada interfiriera con lo que estaba pensando en ese momento.

MAS ALLA YACE EL WUB

Faltaba poco para terminar con la carga. El optus, de pie, estaba con el ceño fruncido y además, de brazos cruzados. El capitán Franco bajó tranquilamente por la planchada, siempre sonriente.

—¿De qué te quejas? —preguntó —. Después de todo te pagan.

El optus no dijo nada; recogió sus mantos y se volvió para irse. El capitán lo detuvo, pisándole el borde del largo manto.

—Un momento, no te vayas —le

dijo—; aún no he terminado.

—¿De veras? —replicó el optus enfrentándole ahora con una expresión más digna—. Vuelvo a la aldea para organizar nuevas cacerías.

Mientras hablaba, miró los pájaros y animales que en ese momento ascendían por la planchada.

—¿Por qué no? —dijo Franco encendiendo un cigarrillo—; después de todo, con sólo salir a campo abierto y rastrear los mismos ejemplares, ustedes no tienen problemas. Nosotros en cambio, cuando estemos entre Marte y la Tierra...

El optus se fue sin agregar nada y Franco se acercó al.primer piloto, que estaba al pie de la planchada.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó el capitán, mirando el reloj—. Hemos hecho un buen negocio ¿no le parece?

El piloto le dirigió una mirada cargada de rencor.

—¿Cómo puede explicarme eso? —preguntó, señalando los animales.

—Pero ¿qué le pasa a usted? Puede estar seguro que nosotros los necesitamos mucho más que ellos... Palabra.

Nos veremos después, capitán —dijo el piloto mientras trataba de entrar a la nave, abriéndose paso entre las zancudas aves marcianas que ocupaban la planchada.

Franco lo vio desaparecer en el

interior; empezaba a ascender tras el piloto en dirección a la portilla cuando lo sorprendió *eso*.

—¡Dios mío! —exclamó, llevándose ambas manos a la cabeza.

Peterson subía por la parte libre de la planchada tirando de una cuerda, con el rostro congestionado por el esfuerzo. Franco se le acercó.

—¿Qué es eso? —preguntó.

El wub pareció desplomarse; cuando trató de sentarse, su cuerpo enorme se expandió. Tenía los ojos entrecerrados; algunas moscas le zumbaban por el flanco, obligándolo a sacudir la cola.

Por fin, se sentó. Hubo silencio.

—Es un wub —dijo Peterson—. Lo

compré a un nativo por cincuenta centavos. Me dijo que es un animal muy raro y respetado por ellos.

—¿Esto? —preguntó Franco, aguijoneando el enorme flanco flácido de la bestia—. Esto es un cerdo, un inmundo cerdo grande.

—Sí señor, es un cerdo; los nativos lo llaman wub.

—Es enorme, debe pesar casi doscientos kilos —afirmó Franco, asiendo un mechón de hirsuto pelo del animal.

El wub jadeó y abrió los ojos pequeños y húmedos, le tembló la bocaza. Una lágrima se le deslizó por la mejilla y cayó al suelo.

—Tal vez sea comestible —dijo

Peterson, nervioso.

—Ya lo averiguaremos —respondió Franco.

Profundamente dormido en el casco de la nave, el wub sobrellevó estoicamente la operación de despegue. Cuando ya estaba en medio del espacio y todo funcionaba normalmente, el capitán Franco pidió a la tripulación que hicieran subir al wub para ver de qué clase de animal se trataba.

Dando gruñidos y resoplidos, el wub ascendió a duras penas por el angosto pasadizo.

—¡Vamos! —decía Jones, haciendo rechinar los dientes mientras tiraba de la cuerda.

El wub torcía su cuerpo voluminoso, rozando la piel contra las lisas paredes cromadas para poder pasar por el angosto corredor. Por fin apareció en la antecámara y se dejó caer formando un bulto impresionante.

Los hombres dieron un respingo.

—¡Santo cielo! —dijo French—. ¿Qué es esto?

—Peterson dice que es un wub. El es su dueño —respondió Jones, dando un puntapié al animal.

El wub se levantó sobre sus patas poco firmes, siempre jadeante.

—¿Qué le pasa? ¿Crees que se va a enfermar? —preguntó French, acercándose.

Se quedaron mirándolo. El wub

puso los ojos en blanco como quejándose, y después miró a los hombres que estaban a su alrededor.

—Creo que tiene sed —dijo Peterson, y fue a buscarle agua fresca.

French meneó la cabeza admirativamente.

—Con razón tuve tantas dificultades para el despegue —dijo—. Me vi forzado a revisar todos mis cálculos de lastre.

Peterson trajo el agua. El wub, agradecido, la lamió a grandes lengüetazos, salpicando a la tripulación.

En ese momento el capitán Franco se asomó por el vano de la puerta.

—Vamos a darle un vistazo —dijo mientras se acercaba, los ojos

empequeñecidos en una mirada escudriñadora—. ¿Y esto te costó cincuenta centavos?

—Sí señor. Tiene la ventaja de que come cualquier cosa; le di cereales y le gustaron, lo mismo sucedió con las patatas, el afrechillo y los restos de la comida. Tomó leche; le gusta comer, después se echa a dormir tranquilamente.

—Está bien —dijo el capitán Franco—. Me gustaría saber si tiene buen sabor. No creo que sea acertado seguir engordándolo; a mi juicio ya está bastante pesado. ¿Dónde está el cocinero? Llámenlo. Quiero preguntarle...

El wub dejó de tomar agua y miró

al capitán.

—¡Parece mentira, capitán! ¿No podemos hablar de otros temas? —dijo el wub.

La habitación quedó en completo silencio.

—¿Qué acabo de oír? —preguntó el capitán.

—Fue el wub, señor; le habló —le respondió Peterson.

Todas las miradas se concentraron en el animal.

—¿Qué dijo? ¿Alguno de ustedes entendió lo que dijo?

—Sugirió que cambiáramos de tema.

Franco se acercó al wub y caminó en torno al animal, examinándolo desde

todos lados. Luego volvió a reunirse con el grupo.

—Me pregunto si tendrá algún nativo adentro —dijo pensativo—. Quizá deberíamos abrirlo para ver lo que tiene.

—¡Dios mío! —exclamó el wub—. Díganme: ¿no saben hablar de otra cosa más que de matar y dar cuchilladas?

—¡Salga de ahí! Sea quien sea, salga inmediatamente de ahí —dijo French apretando los puños.

No se produjo ningún movimiento. Los hombres permanecían formando un corro apretado, mirando al wub sin ninguna expresión en los rostros. El wub movió la cola y después eructó.

—Disculpen —dijo el animal.

—No creo que tenga a nadie adentro —aventuró Jones en voz baja.

Se miraron entre ellos. En ese momento llegó el cocinero y se sumó al extraño cuadro.

—¿Me hizo llamar, capitán? —preguntó—. ¿Qué es esto?

—Es un wub —dijo Franco—, se puede comer. ¿Por qué no lo mide y trata de pensar la manera de...

—Primero sería mejor que habláramos —dijo el wub—. Si es posible capitán, quisiera discutir el asunto con usted. Por lo que veo, estamos en desacuerdo en algunos temas fundamentales.

El capitán tardó en contestar. El wub esperó pacientemente mientras se

secaba con la lengua el agua de las quijadas.

—Vamos a mi oficina —dijo finalmente el capitán. Se volvió y salió de la habitación.

El wub hizo un esfuerzo para levantarse y meneando lentamente su mole, salió tras de él. Los tripulantes lo vieron pasar ante ellos, y escucharon después el ruido que hacía al subir las escaleras.

—Quisiera saber en qué terminará todo esto —dijo el cocinero—. Bien, vuelvo a la cocina. Háganme saber cualquier novedad.

—No lo dudes —dijo Jones—; ya te avisaremos.

El wub se dejó caer en un rincón

con un suspiro de alivio, mientras Franco tomaba su lugar.

—Debe disculparme, estoy acostumbrado a otras formas de descanso —dijo cortesmente el animal —. Cuando se es tan grande como yo...

El capitán asintió dando muestras de impaciencia. Se sentó ante el escritorio y cruzó las manos.

—Muy bien —dijo—. Empecemos de una buena vez. De manera que usted es un wub, ¿no es así?

El wub se encogió levemente.

—Creo que sí; al menos ese es el nombre que nos dan los nativos. Es decir, nosotros tenemos nuestra propia denominación.

—Sabe hablar en castellano. ¿Ha

estado en contacto con terráqueos anteriormente?

—No.

—Entonces ¿cómo es que sabe hablar?

—¿Hablar? ¿Acaso hablo en castellano? No tengo conciencia de hablar en ningún idioma en particular. Me limito a indagar en su mente y...

—¿Mi mente?

—Sí; estudié el contenido, especialmente el archivo semántico, como yó le llamo.

—¡Ah, ya veo! Un caso de telepatía, naturalmente —dijo el capitán.

—Pertenecemos a una vieja raza, muy antigua y voluminosa —dijo el wub —. El menor movimiento nos cuesta

mucho esfuerzo. Como podrá darse cuenta, algo tan lento y pesado está a merced de otras formas vivientes más ágiles y rápidas. ¿Cómo podríamos ganar? Somos demasiado pesados para correr, demasiado blandos para pelear y demasiado buenos para cazar nuestro alimento.

—¿De qué viven entonces?

—De plantas, vegetales; podemos comer cualquier cosa. Somos muy católicos, tolerantes y ecléctico; vivimos y dejamos vivir. Tal vez por eso es que hemos podido sobrevivir...

El wub miró largamente al capitán.

—Eso explica mis vehementes objeciones a que me hagan hervir. Pude ver la imagen en su mente: una buena

parte de mi carne en el congelador, otra porción en la olla, un trozo para su gatito...

—¿De manera que es capaz de leer los pensamientos? ¡Qué interesante! —dijo el capitán—. ¿Alguna otra cosa? Quiero decir, ¿tiene alguna otra habilidad similar a esa?

—Algunas tonterías e insignificancias —respondió el wub distraído, mirando en torno a la habitación—. ¡Qué bonito departamento tiene usted, capitán! Lo mantiene muy ordenado. Siento admiración por los seres vivientes que son aseados. Hay algunas aves marcianas que son muy pulcras; arrojan los desperdicios del nido y los barren.

—Ya lo creo —dijo el capitán—. Pero volvamos al problema que estábamos tratando...

—Por cierto. Usted mencionó algo de hacer una comida conmigo. Según me han dicho, tenemos buen sabor. Somos un poco grasos quizás, pero muy tiernos. Pero ¿cómo logrará establecer usted un contacto perdurable entre su gente y la mía, si adopta una actitud tan bárbara? ¡Comerme! Debería discutir diversas cuestiones conmigo; hablar de arte, de filosofía...

—¡Filosofía! —exclamó el capitán, poniéndose de pie—. Tal vez le asombre saber que el mes próximo nos veremos en figurillas para encontrar algo de comer. Desgraciadamente, algunas

provisiones se han echado a perder...

—Lo sé —dijo el wub con un movimiento de cabeza—. Pero acaso ¿no estaría más de acuerdo con sus principios democráticos si lo echáramos a la suerte? Podríamos emplear papelitos numerados o algo parecido, después de todo ¿cuál es la función de la democracia sino proteger a las minorías de abusos semejantes? En cambio, mientras cada uno tenga derecho a un voto...

—¡Está loco! —afirmó el capitán.

Después que abrió la puerta permaneció rígido en la misma posición, sin cerrar la boca, la mirada perdida, con los dedos apretados en la maneta.

El wub lo miró. Finalmente salió

de la habitación y pasó meneándose delante del capitán. Se fue por el corredor, absorto en profundos pensamientos.

Todos estaban en silencio.

—Así como ven dijo el wub —, tenemos ciertos mitos comunes. En vuestra tradición hay algunos símbolos míticos familiares; Ishtar, Ulises...

Peterson permanecía en silencio, con la vista clavada en el suelo. Se movió, incómodo en la silla.

—Continúa dijo—; por favor, continúa.

—En vuestra Odisea hay un personaje común ala mitología de casi todas las i3zas concientes. Según

interpreto yo, Ulises deambula como un individuo conciente de sí como tal; corresponde a la idea de la separación: separación déla familia y del país, o sea un proceso de individuación.

—Pero Ulises regresa al hogar —dijo Peterson mirando por el ojo de buey las estrellas que ardían intensamente en el universo vacío—. Por último, regresa a su casa.

—Como todas las criaturas. La separación corresponde siempre a una época transitoria; es un breve viaje del alma. Empieza...pero un dio-debe terminar. El vagabundo retoma siempre a su propia tierra, a la raza que le pertenece...

La puerta se abrió. El wub dejó de

hablar y volvió la enorme cabeza.

El capitán Franco entro en la habitación; los tripulantes iban detrás. Todos vacilaron un poco al llegar.

—¿Estás bien?“-preguntó French.

—¿Te refieres a mí —dijo Peterson, sorprendido— ¿Por qué a mí?

—Ven aquí —dijo Franco, apuntándole con ti revólver—. Levántate y acércate.

Hubo silencio.

—Haz lo que te dice —dijo el wub —. Ya no importa.

—¿Para qué?-preguntó Peterson, poniéndose de pie.

—Es uná orden.

Peterson se acercó a la puerta y French lo cogió del brazo fuertemente.

—¿Qué pasa? —dijo, soltándose con un movimiento brusco—, ¿Qué le sucede?

Franco se acercó al wub. Este lo miró desde el rincón donde estaba echado, junto a la pared.

—Resulta interesante que continúe usted obsesionado con la idea de comerme —dijo el animal—. Me gustaría saber la razón.

—Levántate —ordenó Franco.

—Si así lo quiere... —contestó el wub, levantándose con un gruñido—. Tenga paciencia, me cuesta mucho.

Por fin logró ponerse de pie, jadeando, con la lengua agitada.

—Ahora tírale —dijo French.?

—¡Por amor de Dios! —exclamó

Peterson.

Jones se volvió rápidamente hacia su compañero, con los ojos abiertos de espanto.

—Tú no has visto cómo estaba el capitán, duro como una estatua, con la boca abierta. Si no hubiéramos bajado, aún seguiría en el mismo lugar.

—¿El capitán? —preguntó Peterson, mirando en torno—. Pero ya está bien.

Todos miraron al wub, que estaba parado en medio de la habitación respirando agitadamente.

—Vamos, vamos —dijo Franco—. Despejen el camino.

Los hombres se hicieron a un lado, arrimándose a la puerta.

—Usted tiene miedo ¿no es cierto? —preguntó el wub—. ¿Le hice algo malo? No tengo intención de hacerle daño a nadie, lo único que hice fue tratar de protegerme. ¿O pretende que espere la muerte con los brazos abiertos? Soy un ser sensible, como ustedes, y tenía curiosidad por conocer su nave, sus costumbres. Le sugerí al nativo...

El revólver vibró.

—¿Ves? —dijo Franco—; ya me parecía.,

El wub se echó, jadeando. Sacó una pata hacia adelante y enroscó la cola.

—Aquí hace demasiado calor —dijo el animal—; según tengo entendido estamos muy cerca de los eyectores.

Poder atómico. Desde un punto de vista técnico ustedes han logrado cosas maravillosas, pero por lo visto su saber científico no es capaz de resolver ciertos problemas éticos y morales...

Franco se volvió hacia los tripulantes, apiñados detrás de él; silenciosos, con los ojos abiertos.

—Yo me encargaré de hacerlo. Si quieren, pueden verlo —dijo el capitán. French asintió.

—Trate de darle en él cerebro. No sirve para comer. Evite tirarle al pecho porque si el costillar se destroza, tendremos que sacar los huesos mientras comemos.

—Escuchen —dijo Peterson, pasándose la lengua por los labios—.

¿Acaso ha hecho algo malo? ¿Qué daño ha causado? De todas maneras, es mío. No tienen derecho a matarlo porque no les pertenece.

Franco levantó el revólver.

—Yo me voy —dijo Jones, pálido, a punto de descomponerse—. Perdónenme..., no quiero, no puedo ver esto.

—Yo también —dijo French.

Los dos salieron trastabillando, murmurando entre ellos. Peterson permaneció junto a la puerta.

—Me estaba hablando de ciertos mitos —dijo—. Es incapaz de hacerle daño a nadie.

Se fue.

Franco se acercó al wub. El animal

miró hacia arriba y tragó saliva.

—Está por cometer una insensatez —dijo—. Lamento que quiera hacerlo. Recuerdo en este momento una parábola de su Salvador...

Calló, con la mirada fija en el revólver.

—¿Es capaz de mirarme a los ojos y disparar? —preguntó el wub—, ¿Es capaz de eso?

El capitán bajó la vista.

—Por cierto que puedo mirarlo a los ojos —contestó—; en la granja teníamos cerdos, sucios cerdos de lomo filoso. Ya lo creo que soy capaz de mirarlo.

Sin apartar la vista del wub, fija en el centro húmedo y brillante de los ojos,

apretó el gatillo.

Tenía un sabor excelente.

Todos estaban muy tristes sentados en tomo a la mesa. Algunos apenas comían. El único que parecía disfrutar era el capitán Franco.

—¿Más? —preguntó, mirando alrededor—. ¿Alguien quiere más? ¿Un poco más de vino?

—Yo no —dijo French—. Vuelvo al cuarto de mapas.

—Yo también —dijo Jones, que se puso de pie y empujó la silla hacía atrás —. Será hasta luego.

El capitán los vio irse. Algunos de los que quedaban también se excusaron.

—¿Qué les sucede a todos? —

preguntó el capitán, volviéndose hacia Peterson.

El otro permanecía con la vista clavada en el plato, en las patatas, en los guisantes, en el trozo de carne humeante y tierna.

Abrió la boca pero no le salió ningún sonido.

El capitán apoyó la mano en el hombro de Peterson.

—Ahora es simple materia orgánica —dijo—, la esencia de la vida ha desaparecido.

Siguió comiendo, mojando un trozo de pan en la salsa.

—Me encanta comer; es uno de los placeres de que puede disfrutar un ser viviente. Comer, descansar, meditar,

discutir ciertos temas...

Peterson asintió. Otros dos hombres se levantaron y se fueron.

El capitán bebió un poco de agua y dejó escapar un suspiro, satisfecho.

—Bien —dijo—; debo reconocer que fue una comida muy agradable. Todo lo que me habían dicho acerca del sabor del wub, resultó cierto. Es muy bueno..., no había tenido nunca la oportunidad de disfrutar de algo así.

Después de limpiarse los labios con la servilleta, se recostó contra el respaldo de la silla. Peterson seguía mirando la mesa con expresión desgraciada.

El capitán lo observó atentamente. Luego se inclinó hacia adelante.

—¡Vamos, vamos, anímate! —dijo —. Hablemos de cualquier cosa. Como estaba diciendo antes de que me interrumpieran, el papel de Ulises en los mitos...

Peterson, asombrado, saltó del asiento.

—Para continuar —dijo el capitán —, entiendo que el retomo de Ulises...

RECUERDOS AL POR MAYOR

Cuando despertó, tuvo un súbito deseo de estar en Marte. Pensó en los valles y se preguntó qué sensación se experimentaría al caminar trabajosamente por ellos. El sueño y el deseo se dilataron, confundiéndose en los minutos previos al estado de conciencia. Casi podía sentir la presencia envolvente de ese otro mundo, al que sólo tenían acceso los agentes del gobierno y los oficiales de alto rango. ¿Qué esperanzas podía tener un simple empleado como él? Un milagro, nada

más...

—¿Te levantas o no? —le preguntó entredormida su esposa Kirsten con la expresión de eterno disgusto que le era característica—. Cuando te decidas, aprieta el botón de la maldita cocina para calentar el café.

—Está bien —dijo Douglas Quail, y caminó descalzo desde el dormitorio hasta la cocina de su departamento cooperativo.

Apretó mecánicamente el botón para calentar el café y sacó una pequeña lata amarilla de buen rapé Dean Swift; inhaló con fruición, y la mezcla Beau Nash le cosquilleó la nariz, haciéndole sentir calor en la bóveda del paladar. Continuó inhalando hasta despabilarse

por completo. Entonces, sus sueños, sus deseos nocturnos y sus anhelos deshilvanados se condensaron en una apariencia de racionalidad.

Estoy decidido a ir —se dijo a sí mismo—. No quiero morirme sin hacer un viaje a Marte.

Naturalmente que era un sueño imposible; lo sabía muy bien, aún mientras soñaba. Y ahora, a plena luz del día, tanto los prosaicos ruidos mundanos como su mujer, que se cepillaba el pelo ante el espejo del dormitorio, parecían recordarle que era nada más que *un miserable emplea—ducho asalariado.* Se lo dijo para sí con amargura. Kirsten se encargaba de recordárselo por lo menos una vez al

día; en realidad no podía culparla, ya que la misión de toda esposa es hacer que su marido descienda a tierra. *Descender a la Tierra* —pensó sonriendo—. En este caso, la metáfora se adaptaba perfectamente a la realidad.

—¿A qué se debe esa sonrisa estúpida? —le preguntó su esposa, entrando con paso enérgico en la cocina, los pliegues de la bata arremolinados en torno a los tobillos—. Estoy segura de que has estado soñando. Es para lo único que sirves.

—Sí —dijo él, mirando el tránsito por la ventana de la cocina; los automóviles, las plataformas corredizas y toda la gente pequeña que se dirigía apresurada a sus lugares de trabajo y

entre cuyas filas él se perdería también dentro de algunos minutos, como ocurría todos los días.

—Debe tratarse de alguna mujer —dijo Kirsten, secamente.

—No —dijo él—; está relacionado con un dios, el de la guerra. Tiene unos maravillosos cráteres, y en sus profundidades crece una gran variedad de vida vegetal.

—Escucha —dijo Kirsten, de cuclillas ante él y con expresión ansiosa, la voz momentáneamente desprovista de aspereza—; el fondo del océano, *nuestro* océano, es infinitamente más bello que eso. Tú, como todo el mundo, lo sabes muy bien. ¿Por qué no alquilamos un equipo de bucear para los

dos? Te tomas una semana de vacaciones y nos vamos a la profundidad de alguno de esos hermosos parajes acuáticos que están abiertos todo el año. Además... —se interrumpió —. No me estás escuchando, y te lo digo por tu bien. Mi idea es mucho mejor que tu obsesión de ir a Marte ¡y ni siquiera me escuchas! ¡Santo cielo, Doug! ¿Qué va a ser de tu vida?

—Me voy a trabajar —dijo él, poniéndose de pie, olvidando desayunar —. Esa es la vida que me espera.

Ella lo miró de reojo.

—Te encuentro peor. Cada día estás más fanático. ¿A— dónde irá a parar todo esto?

—A Marte —respondió él mientras

abría el armario para sacar una camisa limpia.

Cuando bajó del taxi, Douglas caminó lentamente, atravesó tres plataformas abarrotadas de peatones y se dirigió hacia una moderna e invitante puerta de entrada. Se detuvo un momento, interrumpiendo el ajetreado tránsito matutino, y leyó con atención el aviso de luz fluorescente en colores cambiantes. No era la primera vez que leía ese letrero, aunque nunca había osado acercarse tanto. Pero hoy era diferente; tarde o temprano, debía ocurrir algo insólito.

CORPORACION REK-ORDAR

¿Encontraría allí la satisfacción de sus deseos? Después de todo una ilusión, por muy viva y poderosa que fuera, no dejaba de ser una ilusión. Objetivamente al menos era así, aunque desde un punto de vista subjetivo fuera todo lo contrario. De todas maneras, tenía cita para dentro de pocos minutos.

Aspiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire levemente envenenado por el *smog* de Chicago, y atravesó la policromía centellante de la puerta de entrada y caminó hasta el

mostrador de la recepcionista.

Lo atendió una rubia muy vivaz, bien atildada y con el busto al descubierto.

—Buenos días, señor Quail —le dijo en tono amable.

—¡Hola! —dijo él—.Vengo por el curso de Recordar. Usted debe saber.

—Ah, sí. Usted quiere decir Rek-ordar —le corrigió ella.

Levantó el receptor dél videofono, junto a su codo lustroso, y acercándolo a su boca dijo:

—Señor McClane, aquí está el señor Douglas Quail. ¿Puede pasar ahora o es temprano todavía?

—Prr... bla, bla, bla zm zm —furfulló el teléfono.

—Adelante, señor Quail —dijo la recepcionista—. Puede usted pasar, el señor McClane lo está esperando.

Al verlo caminar un poco inseguro, le aclaró en voz bien alta:

—Habitación D, señor Quail, a la derecha.

Primero se perdió en un laberinto de pasillos y puertas idénticas, pero enseguida, tras esa frustración inicial, llegó a la habitación indicada. La puerta estaba abierta y un hombre de aspecto afable lo esperaba sentado ante un gran escritorio de nogal legítimo. Era de mediana edad y vestía un traje a la moda, de piel de sapos marcianos, color gris. Su apariencia era toda una garantía de que se hallaba ante la persona

indicada.

—Siéntese, Douglas —dijo McClane, indicando con su mano regordeta una silla frente al escritorio —. De manera que desea haber hecho un viaje a Marte. Muy bien.

Quail se sentó, algo tenso.

—No estoy convencido de que valga la pena —dijo—. Creo que cuesta demasiado, y por lo que entiendo, no saco nada. *Cuesta casi tanto como un viaje verdadero* —pensó.

—Recibirá pruebas tangibles de haber realizado el viaje —afirmó McClane—; todas las pruebas necesarias. Veamos, déjeme mostrarle —dijo mientras buscaba algo en el fondo del cajón de su elegante escritorio

—. Este es el talón del boleto.

Hurgó luego en un sobre de papel madera y sacó un pequeño cuadrado de cartón grabado.

—Aquí tiene prueba de la ida y el regreso. Tarjetas postales —dijo alineando algunas sobre el escritorio para que Quail! las viera, cuatro fotos tridimensionales en colores, con los se los del correo.

—Aquí tiene algunas películas —continuó McClane—; secuencias que usted filmó del paisaje marciano con una cámara móvil alquilada. Además, una lista con los nombres de personas que usted ha conocido allá, *souvenirs* enviados directamente de Marte por un valor de doscientos poscreds. Y que

llegarán dentro de un mes. Asimismo le daremos su pasaporte, los certificados de las vacunas que le han inoculado y varias cosas más.

Mirando fijamente a Quail agregó.

—Pero además, y esto es lo verdaderamente importante, usted tendrá memoria de haber ido sin lugar a dudas —afirmó—. No me recordará a mí, ni haber estado jamás en esta oficina. En su mente quedará grabado un viaje verdadero; se lo garantizamos. Tendrá dos semanas enteras de recuerdos, hasta en sus detalles más ínfimos. Tenga presente lo que le voy a decir; si en cualquier momento usted tuviera alguna duda de haber hecho en realidad un extenso viaje por Marte se presenta aquí

y nosotros le devolveremos el total de los honorarios ¿está claro?

—Pero es que en realidad no fui —dijo Quail—; no habré ido, a pesar de todas las pruebas que ustedes me puedan proporcionar —dejó escapar un largo suspiro entrecortado—. Además, nunca habré sido un agente secreto para Interplán.

A pesar de todo lo que había oído al respecto, le parecía imposible que Corporación Rek-ordar, transplantes de memoria extra-reales, pudiera cumplir cabalmente con el trabajo que afirmaba hacer.

—Señor Quail —dijo McClane sin perder la paciencia—, de acuerdo con lo que nos explicó en su carta, usted no

tiene la menor posibilidad de llegar realmente a Marte; carece de los medios necesarios y, lo que es más importante aún, nunca llenaría los requisitos para ser un agente secreto de Interplán o de cualquier organización similar. Esta es la única forma en que usted podrá...ejem, lograr la realización del sueño de toda su vida. ¿Estoy en lo cierto? Usted no puede hacer lo que sueña ni convertirse en quien ambiciona, pero puede *haber estado* y *haber sido* —agregó con un chasquido—, Nosotros nos encargaremos de eso por una cantidad muy razonable. Piense que no tendrá ningún gasto imprevisto — concluyó sonriendo, para darle ánimo.

—¿Acaso una memoria extra-real

puede ser tan convincente? —preguntó Quail.

—Mucho más que la realidad —respondió McClane—, De haber ido verdaderamente a Marte como agente de Interplán, para esta fecha ya habría olvidado casi toda la experiencia. Según hemos podido comprobar analizando sistemas de memorias reales, recuerdos auténticos de hechos sobresalientes en la vida de las personas, hay una gran variedad de detalles que el individuo olvida rápidamente y para siempre. En cambio, parte de nuestra oferta consiste precisamente en un injerto de recuerdos tan profundo, que es imposible olvidarse de nada. Mientras usted se encuentre en estado de coma le introduciremos un

pequeño núcleo, inventado por técnicos especializados, muchos de los cuales han pasado varios años en Marte. Comprobamos celosamente todos los detalles en cada caso. Además, para serle sincero, usted ha elegido un sistema extra-real muy sencillo. Si hubiera elegido Plutón, o si deseara ser emperador del planeta interior Alianza, hubiéramos encontrado más dificultades y naturalmente, el precio sería también mucho más elevado.

Sacando la billetera del bolsillo Quail dijo:

—Está bien. Ha sido mi ambición de toda la vida y no

podré llevarla nunca a la práctica. Creo que me conformaré con esto.

—No lo encare con ese espíritu —dijo severamente el señor McClane—; no considere que se contenta usted con un mero sustituto. El recuerdo verdadero, con toda su vaguedad, omisiones y elipses, sin mencionar las inevitables distorsiones, resulta un sustituto de lo mejor.

Tomó el dinero y apretó un botón que había sobre su escritorio.

—Perfectamente señor Quail —dijo mientras se abría la puerta de la oficina y entraban dos hombres musculosos—. Ya está *en* camino a Marte como agente secreto.

Se levantó y acercándose a Quail, le estrechó la mano nerviosa y húmeda de transpiración.

—Es decir, ha estado en camino. Esta tarde, a las cuatro^ y treinta estará...hm...de regreso a la Tierra; un taxi lo llevará hasta la puerta de su departamento cooperativo y, como ya le he dicho, no recordará haber venido aquí ni haberme visto. En realidad, no recordará siquiera que existimos.

Quail salió de la oficina detrás de los técnicos, con la boca reseca por la nerviosidad. De allí en adelante, lo que pudiera suceder dependía de ellos.

¿Creeré de veras haber estado en Marte? —se preguntó— *¿...y que he logrado realizar la ambición de toda mi vida?* Lo inquietaba un vago presentimiento de que algo saldría mal. Pero no podía precisar de qué se

trataba.

Tendría que esperar para descubrirlo.

Se oyó el zumbido del intercomunicador que conectaba el escritorio de McClane con el área de trabajo de la firma, y una voz anunció:

—El señor Quail ya ha recibido la dosis indicada de sedante, señor. ¿Desea supervisar este tratamiento, o podemos seguir adelante?

—Es un caso de rutina —contestó McClane—. Siga adelante Lowe, no creo que tenga ningún problema.

Era una firma muy especializada y la programación de recuerdos artificiales de viajes a otros planetas se

repetía con monótona regularidad en la planilla de trabajo. *En un mes* —pensó rápidamente—, *debemos hacer por lo menos*

veinte viajes como éste... Los viajes interplanetarios sintéticos son nuestra gallina de los huevos de oro.

—Como usted ordene, señor McClane —dijo la voz de Lowe, y cerró el intercomunicador.

McClane se dirigió a la caja fuerte que estaba en la cámara, detrás de su oficina, y buscó entre el material un paquete número tres —viaje a Marte—, y un paquete número sesenta y dos correspondiente a Espía Secreto de Interplán. Separó lo que necesitaba y volvió con todo a su escritorio; se sentó

cómodamente y distribuyó el contenido de los paquetes para controlarlo. Se trataba de artículos que serían distribuidos en el departamento cooperativo de Quail mientras los técnicos se encargaban de injertarle los falsos recuerdos marcianos.

Lo más caro es el arma simulada pequeña, cuesta un poscred —reflexionó McClane—; *en eso perdemos*. Había un minúsculo transmisor en forma de píldora, que el agente podía tragar en caso de ser sorprendido. Un libro de código asombrosamente parecido a los verdaderos; los ejemplares distribuidos por la firma eran de una increíble fidelidad y, siempre que las

circunstancias lo permitieran, se basaban en textos militares en uso en Estados Unidos. Había además ciertos adminículos menores que de por sí, carecían de todo significado, pero quedarían mezclados en la urdimbre y la textura del viaje imaginario de Quail, cual hitos que señalan los recuerdos: una antigua moneda de plata de cincuenta centavos, varias citas de los sermones de John Donne escritas incorrectamente en trozos dispersos de papel transparente, varias cajitas de fósforos de bares marcianos, una cucharita de acero inoxidable con una leyenda: Propiedad de Cúpula-Marte, Kibutz Nacional, una bobina para interceptar cables de videofón que...

El intercomunicador sonó nuevamente.

—Señor McClane, siento molestarlo pero ha ocurrido algo extraño. Es mejor que venga aquí. Quail ya está bajo los efectos del sedante y ha reaccionado bien a la markidrina: se halla perfectamente inconciente y en estado receptivo, pero...

—Voy enseguida.

Presintiendo que había algún problema, McClane salió rápidamente de su despacho. Segundos después entraba al área de trabajo.

Douglas Quail estaba tendido en una cama higiénica, con los ojos cerrados. Respiraba lenta y regularmente; aunque en forma muy

vaga, parecía tener conciencia de la presencia de los técnicos, a su lado, y ahora también, de la llegada de McClane.

—¿No hay espacio para insertar esquemas de falsos recuerdos? —preguntó irritado McClane—. Simplemente tomen dos semanas de trabajo; es empleado de la Oficina de Emigración de la Costa Oeste, que es una repartición oficial y sin duda alguna, debe tener o tenía dos semanas de vacaciones en el último año. Con eso basta —dijo.

Le fastidiaba tener que atender los pequeños detalles. Siempre era lo mismo.

—El problema con que hemos

tropezado es completamente distinto —dijo Lowe en tono cortante e inclinándose sobre la cama le dijo a Quail—: repítale al señor McClane lo que acaba de decirnos —se volvió hacia McClane y le previno—; escuche con atención.

El hombre tendido en la cama enfocó sus ojos gris verdosos en el rostro de McClane, quien pudo observar que la mirada del otro estaba endurecida, tenía una cualidad lustrosa, inorgánica, parecida a la de las piedras se mi-preciosas. Lo intranquilizó. Era un brillo demasiado duro y frío.

—¿Y ahora qué pretende? —preguntó Quail con aspereza—. Me han quitado la protección. Salga de aquí

antes de que lo haga pedazos —miró fijamente a McClane—, Sé muy bien que usted está a cargo de esta contra-operación.

—¿Cuánto tiempo estuvo en Marte? —preguntó Lowe.

—Un mes —contestó Quail en tono quejoso.

—¿Y cuál fue el propósito de su viaje? —insistió Lowe.

Los labios delgados se retorcieron en un esfuerzo, pero Quail miró sin responder. Por último, como si le costara pronunciar las palabras, dijo con evidente hostilidad:

—Agente al servicio de Interplán, como ya le dije. ¿O acaso no graban todo lo que se dice? Pasen la cinta para

que el jefe pueda escuchar, y déjenme en paz.

Cerró los ojos. El duro brillo desapareció. McClane se sintió aliviado de inmediato.

—Este hombre es un caso difícil, señor McClane —manifestó Lowe, sereno.

—No por mucho tiempo —aseguró McClane—. Provocaremos una nueva pérdida de la secuencia de sus recuerdos,

y volverá a ser tan dócil como cuando llegó a las oficinas de Rekordar.

—¿De modo que para *esto* tenía tantas ganas de ir a Marte? —dijo.

—Yo no deseaba ir —contestó

Quail sin abrir los ojos—; me asignaron, simplemente. Me encargaron esa misión y tuve que ir; estaba atrapado. Eso sí, reconozco que sentía cierta curiosidad. ¿Quién no la tendría en mi lugar?

Abrió nuevamente los ojos y miró sucesivamente a los tres, especialmente a McClane.

—La droga de la verdad que emplean aquí es muy poderosa —observó—; me recordó ciertas cosas de las que ya no tenía memoria. Me gustaría saber qué pasará con Kirsten —se preguntó meditativamente—. ¿También estará envuelta en lo mismo? Tal vez sea un contacto de Interplán que tiene como misión vigilarme continuamente para asegurarse de que no recupero la

memoria. No me extraña que se haya mostrado tan despectiva con respecto a mis deseos de viaje.

Sonrió, como si de pronto hubiera descubierto algo, pero la sonrisa se le borró casi de inmediato.

—Créame señor Quail, hemos tropezado con esto de pura casualidad. En nuestro trabajo...

—Lo creo —dijo Quail con un dejo de cansancio.

La droga continuaba haciendo sentir su efecto, y él se sentía arrastrado hacia abajo, cada vez más profundamente.

—¿Dónde dije que estuve? ¿En Marte? —murmuró—. Cuesta recordarlo. Sé que me gustaría ir allí,

igual que a todo el mundo. Pero yo... —su voz se convirtió en un hilo—. Sólo un empleado, un triste empleado.

Lowe se incorporó, ansioso al descubrir la verdad.

—Desea que le inyecten el falso recuerdo de un viaje que en realidad hizo —explicó—, y que le demos una falsa razón, que es la verdadera. Dice la verdad, está bajo el efecto de la markidrina. El viaje se destaca nítidamente en su cerebro, pero parece que en circunstancias ordinarias no lo recuerda. Probablemente en algún laboratorio científico-militar han logrado borrar su memoria consciente. El sólo sabía que ir a Marte era algo muy especial para él, como también

convertirse en agente secreto. No lograron borrar eso que no era recuerdo, sino un deseo; el mismo que lo impulsó a presentarse como voluntario para la misión convocada por Interplán.

El otro técnico, de nombre Keeler, consultó a McClane.

—¿Qué hacemos? ¿Injertamos un patrón de falso recuerdo sobre el verdadero? No podemos predecir los resultados, puede ser que recuerde partes del verdadero viaje, de esa confusión resultaría un período psicótico. Deberá albergar en su mente dos premisas opuestas simultáneamente: que fue a Marte y que no fue. Que es un auténtico agente de Interplán y que es uno falso. Opino que debemos revivirlo

sin proporcionarle ningún falso recuerdo y sacarlo de aquí. Esto puede resultar muy peligroso —sentenció, por último.

—De acuerdo —dijo McClane, pero de súbito tuvo una idea. ¿Usted es capaz de predecir qué recordará cuando le pase el efecto del sedante?

—Es imposible —advirtió Lowe —. Ahora tendrá probablemente un débil, un vago recuerdo de su viaje real, y al mismo tiempo, tendrá graves dudas en cuanto a su veracidad; terminará creyendo que nuestra programadora salteó alguna perforación y recordará haber venido aquí. Eso no puede borrarse, a menos que usted lo desee expresamente.

—Dentro de lo posible, prefiero no

entrometerme demasiado con este hombre —dijo McClane—. No conviene jugar con un caso así; hemos sido bastante incautos o quizás hayamos tenido la mala suerte de dar con un auténtico espía de Interplán, con una cobertura tan perfecta que hasta ahora ni él mismo sabía lo que era...quiero decir, lo que es.

Pensó que cuanto antes se lavaran las manos con respecto a este hombre llamado Douglas Quail, tanto mejor.

—¿Va a seguir adelante con la distribución de los paquetes tres y sesenta y dos en su departamento cooperativo? —preguntó Lowe.

—No —repuso McClane—; además, le devolveremos la mitad de

nuestros honorarios.

—¿La mitad? ¿Y por qué la mitad?

—Me parece que es lo más correcto —dijo débilmente McClane.

Viajando en el taxi que lo llevaba de regreso a su departamerite en la zona residencial de Chicago, Douglas Quail se decía: *¡qué bien se siente uno de vuelta a la Tierra!*

El mes transcurrido en Marte empezaba a retroceder ya

en su memoria; le quedaba sólo el recuerdo de unos profundos cráteres, la omnipresente erosión de las colinas, una gran sensación de vitalidad y movimiento. Era un mundo a— pagado donde muy poco ocurría, salvo que uno

pasaba la mayor parte del día controlando una y otra vez la fuente portátil de oxígeno. Había además, simples formas vivientes: el modesto cactus grisparduzco, y los gusanos.

Había traído consigo varios ejemplares moribundos de la fauna marciana, que logró pasar de contrabando por la aduana. Después de todo no resultaban peligrosos, ya que no podían sobrevivir en la atmósfera terrestre.

Puso la mano en el bolsillo de la chaqueta para buscar la cajita con los gusanos de Marte. Pero en cambio encontró un sobre.

Al abrirlo, descubrió con asombro que contenía quinientos setenta y cinco

poscreds en billetes de baja denominación.

¿De dónde habré sacado esto? —se preguntó—. Acaso ¿no gasté en el viaje hasta el último cred que tenia?

Con el dinero había un trozo de papel que decía: *Devolución de media tarifa. McClane.* Y tenía la fecha de hoy.

—Recordar —dijo en voz alta.

—¿Recordar qué, señor o señora? —preguntó respetuosamente el robot conductor.

—¿Tiene usted una guía telefónica?

—Por supuesto, señor o señora.

Se abrió una ranura por la que salió en microcinta una guía del distrito de Cook.

—Lo que busco tiene una ortografía rara —dijo Quail, hojeando las páginas de la sección amarilla.

En ese momento tuvo miedo, un miedo escalofriante.

—Aquí está —dijo—. Lléveme aquí, a Corporación Rek— ordar. Cambié de parecer, no quiero volver a casa.

—Sí señor o señora, según sea el caso —dijo el robot.

Minutos más tarde el coche volvía a toda velocidad por el mismo camino.

—¿Puedo usar el teléfono? —preguntó al conductor.

—Con mucho gusto —fue la respuesta.

El robot conductor le pasó un

reluciente teléfono del nuevo modelo emperador, tridimensional en colores.

Marcó el número de su departamento cooperativo. Después de una pausa pudo ver en la pantalla la imagen en miniatura, pero muy natural, de Kirsten, su esposa, que ya le escuchaba con atención.

—Estuve en Marte —le anunció Douglas.

—Estás borracho —contestó ella torciendo la boca—, o quizás algo peor.

—Te lo juro.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—No sé —contestó, confundido—. Creo que fue un viaje simulado, a través de uno de esos lugares de recuerdos extra-reales o no sé qué. Pero no salió

bien.

—No hay duda que estás borracho —repitió Kirsten secamente, y cortó la comunicación.

F1 colgó también, mientras el rubor le cubría la cara. Siempre el mismo tono —se dijo para sí con vehemencia —. Siempre la réplica mordaz, como si ella lo supiera todo y yo en cambio, nada. ¡Qué matrimonio, Cristo! —pensó abatido.

Poco después el taxi se detenía junto a la acera de un moderno y muy vistoso edificio de color rosado, en el que un aviso policromático de luz fluorescente anunciaba: CORPORACION REK-ORDAR.

La elegante recepcionista, con el

busto desnudo, pareció algo sorprendida al principio, pero controlándose muy pronto, lo saludó.

—¡Hola señor Quail! —dijo un tanto nerviosa—, ¿C...cómo está usted? ¿Ha olvidado algo?

—La otra mitad de la tarifa, que deben devolverme ya —respondió él.

Recobrada la compostura, la recepcionista repitió: —¿Tarifa? Creo que debe estar equivocado señor Quail. Usted vino aquí a hablar sobre la posibilidad de un viaje extra-real, pero según tengo entendido —dijo encogiendo los hombros pálido y suaves —, el viaje no se realizó.

—Recuerdo todo perfectamente, señorita —dijo Quail—, Mi carta a

Rek-ordar, que fue el principio de todo este asunto. Recuerdo que vine aquí, y mi entrevista con el señor Melanie, los dos técnicos del laboratorio que me llevaron casi a la rastra y me inyectaron una droga para dormirme.

En ese momento comprendió porqué la firma le había devuelto la mitad de la tarifa. El falso recuerdo de viaje a Marte no había prendido —al menos no por completo—, como se lo habían asegurado.

—Señor Quail —dijo la chica—, si bien usted es sólo un empleado subalterno, tiene muy agradables facciones; no se las arruine enojándose. Para levantarle el ánimo tal vez le permita...ejem, que me invite a salir.

No pudo contener la furia.

—La recuerdo muy bien a usted —dijo—, con los pechos rociados de color azul; eso me quedó grabado. Asimismo recuerdo la promesa del señor McClane; que si tengo memoria de mi visita a Corporación Rek-ordar me devolverán todo el importe que aboné. ¿Dónde está el señor McClane?

Después de una demora —que fue prolongada lo más posible de parte del personal de la firma—, se encontró una vez más, sentado ante el imponente escritorio de nogal, en el mismo lugar que estuviera horas antes. La desilusión y el resentimiento de Quail no tenían límites.

—¡Buena técnica la de ustedes! —

dijo sarcásticamente— Lo que llaman 'memoria' de mi viaje a Marte como agente de Interplán, es vaga y nebulosa; además,-está plagaba de contradicciones. No crean que he olvidado los trámites que hice con ustedes. Me parece que voy a presentar una queja a la Oficina de Ética Comercial.

Ya en el colmo de la indignación, la seguridad de haber sido estafado se sobrepuso a su habitual aversión a verse envuelto en cualquier tipo de escándalo.

Muy a su pesar, pero aconsejado por su prudencia natural, McClane le dijo, resignado:

—Nos damos por vencidos, señor Quail. Le devolveremos el resto del

dinero. Reconozco que, en realidad, no pudimos hacer nada por usted.

Quail continuó enumerando una serie de acusaciones.

—Ni siquiera me proporcionaron los diversos artículos que según ustedes, serían una constancia de mi estadía en Marte. De toda esa pantomima que representaron ante mí no ha resultado nada. Ni siquiera el talón de un boleto, ni una tarjeta postal, ni el pasaporte. Tampoco tengo pruebas de las vacunas de inmunización, ni...

—Escuche Quail —dijo McClane —, supongamos que yo le dijera... —se interrumpió—. Es mejor que lo dejemos como está.

Apretó el botón del

intercomunicador y llamó a la recepcionista.

—Shirley, por favor reembolse quinientos setenta poscreds más; extienda un cheque de cajero a nombre del señor Douglas Quail. Gracias —liberó el botón y miró fijamente a Quail.

El cheque no tardó en aparecer. La recepcionista lo dejó ante McClane y volvió a su puesto, dejando solos a los dos hombres, separados por el gran escritorio de nogal.

—Permítame que le dé un consejo —dijo McClane mientras firmaba el cheque y se lo entregaba a Quail—. No mencione ante nadie su reciente viaje a Marte.

—¿Qué viaje?

—De eso se trata, precisamente —dijo McClane con timidez—; el viaje que recuerda sólo parcialmente. Actúe como si no recordara nada; haga de cuenta que nunca ocurrió. No me pregunte por qué; simplemente siga mi consejo. Será mejor para todos —había empezado a transpirar abundantemente —, Y ahora señor Quail, le ruego..., debo atender otros negocios, me esperan algunos clientes —y levantándose, acompañó a Quail hasta la puerta.

—Una empresa que demuestra tanta ineficacia no merece tener ningún cliente —dijo Quail mientras salía.

Cerró la puerta tras sí.

En el taxi de regreso a su casa, Quail trató de pensó los términos de la

carta de queja que enviaría a la Oficina de Ética Comercial, División Tierra. En cuanto pudiera sentarse a la máquina de escribir, pondría manos a la obra. Sentía el deber de prevenir a otros incautos sobre la manera de operar de la Corporación Rek-ordar.

Ya en su casa, se sentó en la mesita con la Hermes Rocket portátil, y abrió los cajones en busca de una hoja de papel carbónico... Encontró una cajita que le resultó familiar; la que contenía los ejemplares de la fauna de Marte, que había pasado subrepticiamente por la aduana.

Cuando abrió la caja, vio con asombro que había seis gusanos muertos, y varios ejemplares de formas

unicelulares de vida, de la que aquéllos se alimentaban. A pesar de lo secos y polvorientos que estaban los protozoarios, pudo reconocerlos; no en vano había pasado un día entero examinando todos los rincones y vericuetos entre extrañas rocas de gran tamaño para recogerlos. Había sido un maravilloso viaje de descubrimientos.

Pero yo no fui a Marte —pensó repentinamente.

Aunque, por otra parte...

Kirsten apareció en el vano de la puerta, los brazos cargados con paquetes de papel castaño llenos de productos de almacén.

—¿En casa a esta hora? —dijo en un tono uniforme y acusador.

—Escucha —dijo él—, ¿Fui a Marte? Tú debes saberlo.

—No, por supuesto que no fuiste. Eres *tú* quien debería saberlo, según creo. ¿Acaso no hablas siempre de que vas a ir al Planeta Rojo o algo así?

—¡Por Dios! Creo que fui —dijo él, y después de una pausa agregó—, y al mismo tiempo pienso que no fui.

—Por qué no te decides de una vez...

—No puedo —dijo él, impaciente —. Tengo grabadas en la cabeza, huellas de dos memorias distintas; una es real y la otra, no. Pero no logro diferenciar una de la otra. ¿Por qué no podré confiar en ti. A ti no te han hecho nada, nadie se ha entrometido con tus recuerdos.

Era lo menos que podía pedirle.

—Doug, si no logras controlarte, vamos a terminar mal. Me iré de casa —afirmó Kirsten con un tono parejo y controlado.

—Tengo problemas — dijo él con voz ronca.

Lo sacudió un temblor mientras agregaba,

—Tal vez esté a punto de entrar en un período de crisis psíquica; espero que no, pero es una posibilidad. Sería la única explicación.

Kirsten dejó las cosas del almacén sobre la mesa y se dirigió lentamente al armario de la ropa.

—No hablé en broma —afirmó tranquilamente.

Después de sacar su abrigo del armario, se lo puso y se fue hasta la puerta del departamento.

—Un día de estos, pronto, te llamaré por teléfono —le anunció sin ninguna expresión en la voz—. Adiós Doug, espero que algún día salgas de esto. Ruego que sea así, por tu propio bien.

—Espera —rogó Douglas—. Dime sólo una cosa, y consideraré que es la verdad absoluta. ¿Fui o no fui? Dime cuál es la verdad.

Súbitamente tuvo una idea: Son capaces de haber alterado también las huellas de tu memoria.

La puerta se cerró tras su mujer. Por fin se había ido.

En ese momento oyó una voz a sus espaldas,

—Arriba las manos, Quail. Vuélvase y mire hacia aquí.

Se volvió instintivamente sin levantar las manos. Se encontró frente a un hombre vestido con el uniforme de color ciruela de la División Policial de Interplán, que empuñaba un revólver aprobado por las Naciones Unidas. De alguna manera, el rostro del hombre le resultaba familiar, aunque en forma vaga e imprecisa, tanto que no le permitía determinar cuándo y dónde lo había conocido... Levantó los brazos con dos o tres movimientos espasmódicos.

—Usted recuerda su viaje a Marte —dijo el policía—, tenemos

conocimiento de todas sus acciones y pensamientos de hoy, particularmente los más importantes referentes a su viaje mientras volvía a su casa desde Corporación Rek-ordar. Hemos instalado en su cerebro un transmisor telepático que nos mantiene constantemente informados.

Se trataba del transmisor telepático hecho de plasma vivo que habían descubierto en la Luna. Tuvo un escalofrío de auto-repulsión. Llevaba algo vivo dentro de sí, instalado en su cerebro; algo que se nutría de él, escuchaba y transmitía. Según habían anunciado en los boletines internos, eran usados por la policía de Interplán. La sola idea lo deprimía, pero era muy

posible que fuera cierto.

—¿Por qué yo? ¿Acaso he cometido alguna mala acción? —preguntó Quail roncamente—. Y después de todo, ¿qué tiene que ver esto con Corporación Rek-ordar?

—En forma específica esto nada tiene que ver con Rek— ordar —aclaró el agente de Interplán—. Se traca de algo entre usted y nosotros. Aún continúo recibiendo las manifestaciones de su proceso emotivo-intelectual, a través de su transmisor —dijo, señalándose el oído con el índice; llevaba allí un taponcito blanco de plástico.

—Tengo que prevenirle que cualquier pensamiento suyo puede ser

empleado en su contra —y agrego sonriendo—, aunque mucho no importa, puesto que ya ha pensado y hablado lo suficiente como para condenarse por una eternidad. Lo más irritante es que, bajo los efectos de la narkidrina, usted habló de su viaje al propietario y a los técnicos de Rek-ordar. Les dijo adonde fue, y por cuenta Je quién, y algunas de las cosas que hizo. Créame que están asustados; a esta hora, lo único que desean es no haberle visto nunca la cara —y después de pensar un momento, agregó—. Razones no les faltan.

—Nunca hice tal viaje —dijo Quail—. Es una falsa cadena de recuerdos, implantada por los técnicos de McClane.

Recordó entonces la cajita con los ejemplares de vida marciana que había encontrado en su casa, y todas las penurias que había sufrido para conseguirlas. El recuerdo parecía real. La cajita con los ejemplares era real, sin lugar a dudas. Salvo que McClane la hubiera llevado subrepticiamente a su casa. Quizás esa era una de las 'pruebas' que McClane había mencionado en uno de sus alardes.

El recuerdo de mi viaje a Marte no me resulta convincente —pensó—, pero desgraciadamente ha logrado convencer a la policía de Interplán. Creen que en realidad estuve en Marte y piensan que, al menos en parte, soy consciente Je haber estado.

—No sólo nos consta que estuvo en Marte —afirmó el agente de Interplán siguiendo los pensamientos de Quail—, sino que recuerda lo bastante como para creamos problemas. Será inútil purgar su memoria conciente de todo esto, porque usted simplemente volverá a Corporación Rek-ordar y empezará otra vez todo el proceso. No podemos tomar medidas contra McClane y su organización porque están fuera de nuestra jurisdicción. De todas maneras, McClane no ha cometido ningún crimen —y echando una mirada a Quail agregó —; técnicamente, usted tampoco lo ha cometido. Nos damos cuenta que no fue a Corporación Rek-ordar para recobrar su memoria sino por las mismas razones

que llevan a otra gente a esa organización: la atracción que la aventura ofrece a las personas simples y descoloridas. Por desgracia —agregó —, usted no es nada simple ni descolorido y ya ha tenido su buena cuota de aventura; lo último que necesitaba era un curso de Corporación Rek-ordar. Nada podría resultar más funesto para usted o para nosotros, y por lo mismo para McClane.

—¿Qué dificultades puedo crearles al recordar mi viaje, o mi pretendido viaje, y lo que hice allá? —preguntó Quail.

—Porque lo que usted hizo —contestó el detective en servicio activo —, no está de acuerdo con nuestra

imagen del padre blanco todopoderoso. Usted hizo algo que nosotros nunca hacemos, como oportunamente recordará gracias a la narkidrina. Hace seis meses, desde la fecha de su regreso, que esa cajita con algas y gusanos muertos está en su escritorio. Durante todo este tiempo usted no demostró ninguna curiosidad por ello; ni siquiera sabíamos que la tenía, hasta que lo recordó en su viaje desde Rek-ordar hasta su casa. En ese momento decidimos venir a buscarlo de inmediato. Lamentablemente —dijo señalando lo que ya era obvio—, no tuvimos suerte; llegamos demasiado tarde.

Otro agente de Interplán se unió al

primero y cambiaron algunas palabras en voz baja. Entretanto, Quail trataba de pensar aceleradamente. En efecto, comprobó que podía recordar más detalles. El agente estaba en lo cierto en cuanto a la narkidrina. Posiblemente los de Interplán también la usaban. ¿Posiblemente? No le cabía la menor duda que lo hacían; había visto a un prisionero sometido a un tratamiento con narkidrina. ¿Dónde podía haber ocurrido? ¿En algún lugar de la Tierra? Ayudado por una imagen que surgía en su antes deficiente pero ahora mucho más efectiva memoria, llegó a la conclusión de que debía tratarse de la Luna.

Recordó algo más; la razón por la

que lo enviaron a Marte, el trabajo que había realizado. No le sorprendía que hubieran expurgado su memoria.

—¡Oh, Dios! —dijo el primer agente, interrumpiendo el diálogo con su compañero al interceptar los pensamientos de Quail—. Bueno, ahora el problema se complica; peor no puede ser.

Se dirigió hacia Quail, apuntándole con el revólver.

—Tenemos que matarlo sin pérdida de tiempo —dijo.

Su compañero, nervioso, trató de interceder,

—¿Por qué tan pronto? ¿No podemos mandarlo a Interplán de Nueva York *y* dejar que ellos...?

—El sabe muy bien por qué debe ser de inmediato —dijo el primer agente.

En ese momento también él daba muestras de inseguridad, si bien Quail notó que por razones diferentes. Había recuperado la memoria casi por completo. Comprendió muy bien por qué el oficial estaba tan tenso.

—En Marte maté a un hombre después de evadir a quince guardaespaldas —dijo Quail con voz ronca—, algunos, armados con pequeños revólveres simulados, como ustedes.

Interplán lo había entrenado durante cinco años para convertirlo en un asesino. Un asesino profesional, que

sabía la manera de sorprender a un adversario armado..., como estos dos policías. El que llevaba el auricular también lo sabía.

Si conseguía moverse con suficiente rapidez, tal ve/...

Se oyó un disparo, pero él alcanzó a hacerse a un lado y al mismo tiempo, con un golpe certero, logró que el oficial dejara caer su revólver. En un instante tuvo el arma en sus manos y apuntó al otro oficial, que parecía confundido.

—Interceptó mis pensamientos —dijo Quail, jadeando—. Sabía lo que iba a hacer, pero de todos modos lo logré.

Sentándose a medias, el oficial herido gruñó:

—No te preocupes Sam, no usará

el arma contra ti. También pude interceptar eso. Bien sabe que está listo y nosotros estamos enterados. Vamos Quail —hizo un esfuerzo para ponerse en pie, y temblando extendió la mano—. El revólver no podrá usarlo —dijo a Quail—. Si me lo devuelve, le prometo que no lo mataré. En Interplán le darán oportunidad para una audiencia y algún superior tendrá que decidir, yo no. Quizás consigan borrar su memoria una vez más, no lo sé. Pero usted sabe la razón por la que iba a matarlo; me fue imposible impedirle que la recordara. Así pues, mi razón para matarlo es ya cosa del pasado, en cierto sentido.

Sin soltar el revólver, Quail salió corriendo de su departamento

cooperativo hacia el ascensor.

Si me siguen —pensó—, *los mataré. Más les valdría no intentarlo.* Apretó con fuerza el botón del ascensor y segundos más tarde se abrieron las puertas. No lo seguían; evidentemente, habían interceptado sus precisos y parcos pensamientos y decidieron no correr ningún riesgo.

Entró al ascensor y empezó a bajar. Por el momento había logrado evadirse, pero luego ¿adonde iría?

Llegó a la planta baja. Poco después, Quail desaparecía entre los peatones apretujados en las plataformas circulantes. Le dolía la cabeza y se sentía muy mal, pero al menos había salvado su vida. En su departamento

habían estado a punto de matarlo.

Posiblemente volverán a intentarlo —pensó—. Lo harán en cuanto me encuentren, y con este transmisor que llevo dentro no-tardarán mucho en lograrlo.

Pensó en la ironía de la situación; después de todo, había obtenido lo que pidiera a la Corporación Rek-ordar: a—ventura, peligros, una misión como agente secreto de Interplán, un viaje secreto a Marte lleno de riesgos para su vida..., todo lo que había deseado tener como falso recuerdo. Pero en esos momentos se hubiera sentido mucho más aliviado si se hubiera tratado de simples recuerdas, y nada más...

Sentado en un banco del parque

miraba estúpidamente una bandada de aves, en especial un semi-pájaro, importado de las dos Lunas de Marte, que podía volar muy alto, a pesar de la poderosa gravedad de la Tierra.

Tal vez podría encontrar la manera de volver a Marte —pensó.

Pero una vez allí ¿qué le sucedería? Estaría en una situación aún peor. En cuanto descendiera de la nave, la organización política cuyo líder había asesinado lo descubriría. Entonces no sólo lo perseguiría Interplán sino también los otros.

¿Podrán captar lo que pienso? —se preguntó—. Acabaré paranoico, con toda seguridad.

Mientras estaba solo, sentado, era

capaz de percibir cómo lo sintonizaban, grababan, discutían su caso... Tuvo un temblor. Se puso de pie y empezó a caminar sin rumbo fijo, las manos hundidas en los bolsillos. *Vaya donde vaya, siempre estarán junto a mi* —pensó—, *mientras tenga este aparato instalado en la cabeza.*

Haré un trato con ustedes —pensó para sí y para ellos—. ¿Podrían volver a injertarme una placa de falsos recuerdos, como lo hicieron antes,.pero esta vez como si nunca hubiera ido a Marte y llevara una vida rutinaria y simple, como si jamás hubiera tenido ante los ojos un uniforme de Interplán, ni empuñado un revólver?

Una voz dentro de su cerebro le

contestó:

—Tal como le explicáramos anteriormente, desgraciadamente eso no bastaría...

Se detuvo, asombrado.

—Ya nos habíamos comunicado otra vez por este medio, cuando usted operaba en Marte —continuó la voz—. Hace meses que no habíamos vuelto a intentarlo, casi estábamos convencidos que en realidad, nunca más sería necesario. ¿Dónde está?

Camino a mi muerte —les transmitió Quail—, *que me espera en el caño del revólver que le quité a sus oficiales.* Pero ¿cómo es que aseguran que no bastaría la implantación de una nueva memoria? ¿Acaso la técnica de

Rek-ordar no resulta?

—Como ya le hemos explicado, si le damos un cúmulo de recuerdos normales, corrientes, empezará a sentirse...inquieto, y tarde o temprano solicitará los servicios de Rek-ordar o alguna firma competidora. No podemos volver a caer en el mismo proceso.

—Supongamos entonces que después de cancelar mis recuerdos auténticos ~?dijo Quail—, me injertaran algo más vital y excitante que recuerdos comunes. Algo que satisfaga mis deseos. Ya quedó demostrado que eso puede hacerse, y posiblemente esa fue la razón por la que me emplearon. Me parece que ustedes son capaces de imaginar algo nuevo, de la misma potencia... Por

ejemplo, que yo era el hombre más rico de la Tierra y donaba mi fortuna a fundaciones de carácter educativo. O que era un explorador espacial; algo de esa índole. ¿No creen que algo así resultaría eficaz?

Silencio.

—Hagan la prueba —demandó con desesperación—. Llamen a uno de sus genios militares de psiquiatría, exploren mi mente, descubran cuál es mi ilusión más dilatada (trató de pensar...) Mujeres, muchas mujeres, como Don Juan. Podría ser un galán interplanetario, con una amante en cada ciudad de la Tierra, Luna y Marte..., si bien he renunciado a eso, por demasiado fatigoso. Por favor —rogó—, hagan lo

posible.

—Entonces ¿estaría de acuerdo en rendirse por su voluntad? —preguntó la voz dentro de su cabeza—. ¿Lo haría si fuera posible encontrar una solución?

Vaciló por un momento, después respondió:

—Sí. Correré el riesgo —se dijo —, con tal de que no me maten. Es eso, simplemente.

—La iniciativa queda de su parte —dijo enseguida la voz—. Primero entréguese, ya investigaremos la posibilidad de una solución como la que nos ha propuesto. No obstante si no lográramos nuestros propósitos, si los recuerdos auténticos vuelven a aflorar, como ya ha sucedido, entonces...

Hubo un prolongado silencio, después la voz continuó:

—Como comprenderá, en ese caso nos veremos ante la obligación de destruirlo. Y bien, Quail. ¿Desea entonces hacer la prueba?

—Sí —resolvió, eligiendo entre esa alternativa y una muerte cierta e inmediata.

—Preséntese en el cuartel central de Nueva York, queda en la Quinta Avenida, número cincuenta y ocho, piso doce —continuó la voz del agente de Interplán—. En cuanto se

entregue, nuestros psiquiatras se harán cargo de usted. Les encargaremos que preparen un perfil de su personalidad, y trataremos de

determinar el supremo, precioso sueño-fantasía que usted alberga. Después lo volveremos a traer a Corporación Rekordar, haremos que ellos colmen ese deseo con retrospecciones sustitutivas. Le deseamos suerte. Estamos en deuda con usted, pues en su momento nos fue un útil instrumento la voz parecía desprovista de malicia.

En todo caso ellos, los de la organización, demostraban cierta simpatía hacia él.

—Gracias dijo Quail, y empezó a buscar un taxi-robot.

—Señor Quail — dijo el psiquiatra de Interplán, con el rostro grave—, usted tiene un interesante sueño-fantasía por satisfacer. Es posible que en el

plano conciente usted no imagine ni suponga nada semejante. Así son por lo general las cosas. Espero que no lo perturbe mucho enterarse de qué se trata.

El oficial superior de Interplán que se hallaba presente, lo interrumpió con brusquedad.

—Será preferible que no se inquiete demasiado, si quiere que no lo matemos —dijo.

—En forma casi opuesta a su fantasía de convertirse en un agente secreto de Interplán —continuó el psiquiatra—, que era bastante explicable puesto que es un producto de la madurez, la otra manifestación es un sueño grotesco de su niñez; por eso, no se asombre de no lograr recordarlo. Su

deseo es aproximadamente el siguiente: usted es un niño de nueve años que camina por un rústico sendero. Una nave espacial de extraño diseño, perteneciente a otro sistema estelar, aterriza frente a usted. Ningún habitante de la Tierra excepto usted, señor Quail, la ve. Las criatura que viajan en la nave son muy pequeñas e indefensas, parecidas a ratones de campo..., aunque están realizando un intento de invasión a la Tierra. Una vez que este grupo de avanzada dé la señal correspondiente, miles de naves similares se lanzarán hacia nuestro planeta.

—Me imagino que trato de detenerlas —dijo Quail entre divertido y disgustado—. Posiblemente solo, sin

ayuda, logro liquidarlos a todos. Quizá los pisoteo uno a uno.

—No —dijo el psiquiatra, con paciencia—. Logra detener

la invasión, pero sin intentar destruirlos. Todo lo contrario; por telepatía, que es el sistema de comunicación de los invasores, les demuestra bondad y misericordia, a pesar de que usted sabe bien a qué han venido. Nunca se ha testimoniado sentimientos tan humanitarios de parte de organismos conscientes, y para demostrarle su agradecimiento, llegan a un acuerdo con usted.

—Mientras yo viva no invadirán la Tierra — dijo Quail.

—Exacto. Como ve —dijo el

psiquiatra al oficial de Interplán—, condice con su personalidad, a pesar de su aparente sarcasmo.

—Entonces, por el mero hecho de vivir —dijo Quail, experimentando un creciente placer—, simplemente por existir impido que la Tierra caiga bajo dominio extranjero. Me convierto en efecto, en la persona más importante de la Tierra, sin necesidad de levantar siquiera un dedo.

—Así es, señor —dijo el psiquiatra—, y eso está arraigado en su psiquis; es su fantasía infantil de toda la vida. Por supuesto, sin la ayuda de drogas o terapia profunda, jamás habría podido recordarlo. Estuvo siempre dentro de su ser, nunca dejó de estar allí.

Dirigiéndose a McClane, que escuchaba en silencio, el oficial de policía dijo;

—¿Se siente usted capaz de injertarle un patrón de recuerdo real de características tan extremas?

—Tropezamos con todo tipo de ensueños-fantasías —dijo McClane—; francamente he oído casos peores que éste. Ya lo creo que somos capaces de hacerlo. Dentro de veinticuatro horas no sólo *deseará* salvar a la Tierra sino que creerá sin ninguna duda que lo ha hecho en realidad.

—Puede empezar su trabajo entonces —dijo el oficial superior de policía—. El ya está preparado, pues hemos borrado otra vez el recuerdo de

su viaje a Marte.

—¿Qué viaje a Marte? —preguntó Quail.

Nadie le contestó. Aunque le costó gran esfuerzo, no repitió la pregunta. De todas maneras, había aparecido un vehículo policial. McClane, el oficial y él apenas pudieron entrar. En pocos minutos se hallaban camino a Chicago, hacia la Corporación Rek-ordar.

—Es mejor que esta vez no cometa usted ninguna equivocación —previno el policía al robusto y nervioso McClane.

—No se me ocurre qué es lo que puede salir mal —murmuró McClane, transpirando. Esto nada tiene que ver con Marte ni con Interplán; se trata de detener una invasión a la Tierra desde

otro planeta, sin ninguna ayuda. ¡Las cosas que un chico puede soñar! —dijo meneando la cabeza—; a— demás, empleando la virtud, no la fuerza. Es extraño.

Se secó la frente con un gran pañuelo de hilo.

Nadie hizo comentario alguno.

—En realidad, resulta conmovedor —dijo McClane.

—Y también muy pedante —afirmó secamente el oficial de policía—, puesto que cuando él muera vendrá la invasión. Con razón no la recordaba; es la fantasía más ambiciosa que haya encontrado nunca —dirigió a Quail una mirada de reproche y concluyó—. ¡Pensar que este hombre figuraba entre

nuestro personal!

Cuando llegaron a Rek-ordar los recibió Shirley, la pizpireta recepcionista.

—Es un placer tenerlo nuevamente por aquí, señor Quail —dijo casi sin aliento, mientras sus pechos en forma de melón se mecían suavemente, ese día pintados en un a— tractivo tono anaranjado—. Lamento que las cosas hayan salido mal la otra vez, pero estoy segura de que hoy todo resultará mejor.

Siempre secándose la frente con el pañuelo de hilo, McClane coincidió.

—Será mejor que sea así.

Moviéndose con rapidez llamó a Lowe y a Keeler y con ellos acompañó a Quail hasta la sección de trabajo.

Regresó después a su oficina con Shirley y el oficial superior de policía, dispuesto a esperar.

—Señor McClane, ¿tenemos algún paquete preparado para esto? —preguntó Shirley, que en su agitación chocó con su jefe y se ruborizó.

—Creo que sí —contestó él, tratando de recordar. Pronto abandonó sus esfuerzos y consultó la lista impresa.

—Lo más aproximado sería una combinación de los paquetes ochenta y uno, seis y veinte —resolvió en voz alta.

Fue hasta la caja fuerte, en la cámara detrás de su escritorio, y extrajo los paquetes correspondientes, que se dispuso a examinar. Del paquete ochenta y uno sacó una varilla mágica curativa,

que los seres del otro planeta entregaron al señor cliente, en este caso Douglas Quail, como prueba de gratitud.

—¿Funciona? — preguntó curioso el oficial de policía.

—En un tiempo tenía poderes — contestó McClane—.Pero él..., ejem, la usó hace muchos años curando a unos y a otros, ahora sólo es un símbolo. Pero recuerdo que funcionaba a las mil maravillas — chasqueó los labios y abrió el otro paquete.

—Este contiene un documento del Secretario General de las Naciones Unidas, dándole las gracias por haber salvado a la Tierra. Esto no es muy adecuado, ya que parte del sueño de Quail es que nadie está enterado de la

invasión, excepto él, pero para reforzar la verosimilitud, lo incluiremos con lo demás.

Inspeccionó enseguida el paquete número seis.

—¿Qué había en éste? —dijo con el ceño fruncido tratando de recordar, mientras Shirley y el oficial de Interplán miraban con atención.

—Es una escritura en un lenguaje extraño —afirmó Shirley.

—Aquí se relata quiénes eran y de dónde venían —dijo McClane—. Incluye un mapa estelar detallado con las indicaciones correspondientes al trayecto que hicieron hasta aquí, y su ubicación en el sistema de origen. Naturalmente es un escrito de ellos,

Quail no podrá interpretarlo... Aunque recuerda que le fue leído en el lenguaje de los invasores.

Colocó los tres objetos en el centro del escritorio.

—Es preciso llevar esto al departamento cooperativo de Quail —dijo al oficial de policía—. Así, cuando llegue a su casa los encontrará. Serán una confirmación de su fantasía. Es nuestro PCO, procedimiento común de operación —dijo, y dejó escapar un chasquido de aprehensión, preguntándose cómo les iría a Lowe y a Keeler.

De pronto zumbó el intercomunicador.

—Señor McClane, lamento

molestarlo —dijo la voz de Lowe.

Al reconocerla, McClane quedó paralizado, mudo y completamente rígido.

—Ha ocurrido algo imprevisto y sería conveniente que usted viniera aquí para supervisar la operación. Como en la vez anterior —dijo la voz—, Quail reaccionó bien a la narkidrina, está inconciente y relajado, pero...

McClane salió a la carrera hacia la sección de trabajo.

Tendido en la cama higiénica, Douglas Quail, los ojos cerrados, respiraba lenta y acompasadamente, conciente a— penas de aquéllos que lo rodeaban.

Lowe estaba intensamente pálido.

—Empezamos a interrogarlo —dijo—, para saber exactamente dónde colocar su recuerdo-fantasía de haber salvado a la Tierra sin ninguna ayuda, y aunque parezca extraño...

—Me dijeron que no lo revele —masculló Douglas Quail con una voz saturada de drogas. Hicimos un compromiso; yo no debía recordarlo siquiera, pero ¿cómo olvidar un acontecimiento de tal magnitud?

Opino que serta muy difícil —reflexionó McClane—. Pero hasta ahora había, podido conseguirlo.

—Incluso, me dieron un pergamino de agradecimiento —murmuró Quail—; lo tengo escondido en mi departamento cooperativo. Se lo mostraré.

—Bien, lo único que puedo sugerirles —dijo McClane—, es que no lo maten. De lo contrario, vendrá la invasión.

—También me dieron una varilla mágica indestructible —susurró Quail con los ojos completamente cerrados—. Fue así como maté a ese hombre que ustedes me ordenaron dominar en Marte. Todo está en mi cajón, junto con los gusanos y los ejemplares secos de vida vegetal.

Sin decir palabra, el oficial de policía Interplán se volvió y salió de la zona de trabajo.

Será mejor deshacerse de esos objetos de prueba —pensó resignado McClane—, incluyendo la mención del

Secretario General de las Naciones Unidas. Después de todo...

Probablemente la auténtica no tardaría en aparecer.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

18/03/2013

notes

Notas a pie de página

[1] Pieza de hierro provista de púas o cuchillas que se diseminaban Por el terreno para entorpecer el paso de la caballería enemiga (mil) (N. de la T.)